

Igual te echo de menos que de más

2^ºEDICIÓN



OLGA
SALAR

**Igual te echo de menos que de más, Olga
Salar.**

Igual te echo de menos que de más

© Olga Salar.

Primera edición 2016

Segunda edición 2018

Fotografía de portada: Lorraine Cocó. Adobe Photostock.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

Todo empieza siempre por alguna parte.

Un cambio que asimilar.

Así soy yo.

El invitado sorpresa.

Waiting for a friend.

Tú, otra vez.

El día después.

Sin mirar atrás.

Crazy in love.

Cambios importantes

Revelaciones.

Dos rombos.

Más difícil.

Un paso necesario.

Poco ortodoxo.

Una completa locura.

¿Trabajo o placer?

Con mucho azúcar.

Nuevos y viejos amigos.

Verdades verdaderas.

A la búsqueda del tesoro.

Un fin de semana para olvidar.

Dos medias verdades no hacen una.

Duelo de Titanes.

Risotto de pollo y champiñones.

Estableciendo rutinas.

En el asiento contiguo de un tren.

Tropezar con la misma piedra

Aislamiento voluntario.

Un sentimiento inevitable.

Algunas cosas mejoran. Otras no.

Sin retorno

Igual te echo de menos que de más.

Para siempre.

No es el tiempo el que pasa, somos nosotros.

Sobre Olga Salar

Otras obras de la autora

Todo empieza siempre por alguna parte.

Olimpia estaba nerviosa y muy emocionada. Era su primer día en la facultad y no conocía a nadie. Sus amigos se habían matriculado en otras carreras y ni siquiera se encontraban en el mismo campus. Siempre había sentido cierta fascinación por el ojo humano y el funcionamiento de las lentes que permitían a gente con problemas recuperar la visión. Por ese motivo se encontraba allí sola, matriculada en el grado de óptica y optometría, afrontando un nuevo reto, con la certeza de que aquel era el comienzo de todo lo que estaba por llegar.

Con paso decidido se adentró en la inmensa aula, con pupitres de madera oscura que formaban gradas, y buscó con la mirada un lugar en el que sentarse y hacer suyo durante los próximos tres años. Tras unos segundos de vacilación se dirigió hacia la primera fila. Lo más cerca que pudo de la mesa del profesor. Era su primer día en la universidad y, aunque no conocía a nadie, sabía que para dar con las personas adecuadas, las más estudiosas y responsables, debía moverse por las primeras filas.

No pasaron ni cinco minutos cuando una chica morena con el cabello muy corto, a lo paje, se sentó a su lado. La miró por el rabillo del ojo, no queriendo ser demasiado directa, y se topó con que ella también la estaba

observando.

—Hola —saludó la recién llegada con una sonrisa que dejaba a la vista sus incisivos separados—, me llamo Lola.

—Yo soy Pía —se presentó, mirando sus ojos marrones que mostraban a una persona amable y cercana.

—Pía, ¿de Piadosa? —inquirió Lola con una curiosidad mal disimulada.

La aludida bufó. No había creído posible que existieran otros nombres más feos que el suyo propio.

—Pía de Olimpia.

Lola agrandó los ojos por la sorpresa.

—¡Qué nombre más bonito! Tiene mucha personalidad.

Si ya le caía bien la morena, tras el comentario no pudo caerle mejor.

—¡Gracias!, pero prefiero Pía.

—Yo en realidad me llamo Dolores, así que sé perfectamente cómo te sientes. —rio la chica con complicidad al comprender la opinión que la pelirroja tenía de su nombre.

—Dolores está bien. Creo que te gano; de hecho, estoy segura. Olimpia es demasiado... pomposo.

—De acuerdo, Pía, esta vez ganas tú, pero solo porque estoy un poco frenética y no tengo la cabeza para rebatirte —dijo sonriendo—. Por eso me

he sentado contigo. Me aterra quedarme sola el primer día. —Rio con un deje histérico—. Por eso, y porque me has parecido la más normal —contó sin tapujos.

Ante el comentario, Olimpia paseó la mirada por el aula para observar a los alumnos que habían entrado y se habían ido sentando en los bancos. Esbozó una sonrisa antes de hablar.

—Me alegra que te hayas sentado conmigo, tú también eres la más normal y eso me tranquiliza. —Lola volvió a ofrecerle una sonrisa. Al parecer no se había equivocado porque era una chica muy simpática—. Por cierto, yo también estoy frenética —confesó devolviéndole el mohín al tiempo que enrollaba su pelo largo y rojo en su dedo índice, gesto que hacía siempre que estaba nerviosa.

Como si se hubieran propuesto hacerlo a la vez, las dos chicas se dieron la vuelta en sus asientos para comprobar si el aula seguía llenándose.

—¿Crees que habrá mucha gente en este curso? —inquirió Olimpia.

De repente, una voz que no procedía de su nueva amiga, puesto que era ronca y masculina, respondió a su pregunta.

—Hay noventa y tres matriculados en primero. Puedes estar segura que habrá mucha gente.

Olimpia se giró hacia adelante para toparse con los ojos más negros que había visto en su vida. Tenía una sana obsesión con los ojos, de ahí que

hubiera elegido los estudios de óptica, fascinada por todo lo que podía aprender sobre ellos. Siempre había sido capaz de calar a las personas tan solo con mirarlos a los ojos. Por ese motivo le desconcertó tanto no poder deducir nada de ese chico, a pesar de su mirada directa.

Y es que, aparte de lo obvio y que se veía a simple vista, que era alto, moreno, que vestía muy bien y que olía de maravilla, no hubo nada que le dijera la clase de persona que era. Hasta que habló y todo quedó aclarado.

—Deberías saber esas cosas —criticó él—. Solo había que fijarse en la lista de admitidos.

—Supongo que tienes razón —aceptó con poca convicción. No es que no la tuviera, que la tenía, es que no tenía ningún deseo de estar de acuerdo con él.

—¿Sabes?, creo que lo mejor será que le dejéis la primera fila a los que realmente están interesados en aprender. —E hizo un gesto con la mano para que se levantaran.

El carácter indomable de Olimpia hizo acto de presencia en ese momento. Nunca había sido capaz de aceptar órdenes de nadie y no tenía pensado comenzar a hacerlo solo porque un tipo engreído y demasiado guapo se lo dijera. Quizás estaba acostumbrado a que le hicieran caso, porque parecía muy seguro de que ellas se levantarían y se marcharían.

—No pienso irme a ninguna parte. Tú no eres nadie para mandarnos.

—De acuerdo —aceptó sin inmutarse.

Media hora después. Olimpia se arrepentía de no haberse cambiado de asiento cuando tuvo la oportunidad. Martín, que así se llamaba el chico, no había dejado de dar golpes a su silla, molestándola sin descanso. Cuando creía que por fin se había cansado de incordiar, volvía a zapatearla.

Una pena que fuera tan atractivo como imbécil.

Al día siguiente, Pía se sentó con Lola en la segunda fila. Por su culpa, había tenido que ver la reacción de Marisa Vidal, una de las catedráticas más importantes de la universidad, torcer el gesto al ver su reubicación.

La rabia la consumía por dentro, pero el día anterior apenas pudo concentrarse en las clases o hacer algo más que odiar a Martín por haberla tomado con ella. Lo peor era que con el resto del mundo se mostraba encantador, simpático e incluso amable. Hasta con Lola parecía otra persona.

—Me alegra comprobar que por fin has descubierto cuál es tu lugar —comentó este con una sonrisa indolente cuando la vio claudicar.

—¿Perdona?

—La segunda fila. Siempre detrás de mí.

—Te odio. Eres horrible.

Él no pareció interesado en su inquina, por lo que Olimpia prosiguió

con su discurso.

— Eres la persona más insufrible que conozco. Te voy a odiar siempre.

—¿Me lo prometes?

Unas horas después...

¡Es insoportable! Le odio, no entiendo porque la ha tomado conmigo de esa manera. Y es que no contento con echarme de la primera fila también se ha propuesto alejarme de la segunda. No deja de moverse y de impedirme ver la pizarra o al profesor y, lo peor de todo es que estoy tan cabreada que aquí ando escribiendo sobre él en medio de mis apuntes de Anatomía ocular y del sistema visual.

No puedo creer que me pareciera guapo la primera vez que lo vi. Bueno hasta que abrió la boca, después de eso perdió todo el encanto. ¡Dios mío! Espero no tenerlo en todas las clases, pero sobre todo espero que vuelva pronto mi sentido común y deje de parecerme el chico más guapo de la clase.

¡Madre mía, qué pelo más bonito tiene!

Aunque a veces me doy miedo a mí misma...

El globo ocular está formado por tres capas:

Capa externa

Formada por una membrana elástica de soporte que en su parte más anterior es transparente, la córnea, siendo el resto opaca, la esclera. La parte más anterior de la esclera está cubierta por la conjuntiva que se refleja hacia los párpados para tapizar la cara interna de éstos.

Capa media

Es la úvea o capa vascular del ojo, está constituida por la coróides a nivel posterior y el cuerpo ciliar y el iris a nivel anterior.

Capa interna

La retina "órgano sensorial", es la prolongación del sistema nervioso central.

Definitivamente le odio.

Un cambio que asimilar.

Diez años después...

Tengo que dejar de escribir mis pensamientos en notas. Esta mañana Gerardo ha estado a punto de enterarse de que Arturo me ha pedido ayuda para la celebración de aniversario que está organizando. Menos mal que me he dado cuenta antes de que abriera el papel donde lo había escrito. ¡Voy a tener que compararme una libreta! O a aprender a ser lo suficientemente constante para escribir en un solo lugar.

Garabatear mis pensamientos en las facturas y en los papeles de promoción es demasiado peligroso para mi salud mental.

La radio sonaba de fondo en la tienda mientras Olimpia intentaba organizar el lío de documentos que se amontonaba en su zona de trabajo. Además de los catálogos de monturas para la nueva temporada, tenía que ordenar los albaranes y las tarjetas de los clientes habituales. Y por supuesto, deshacerse de las peligrosas notas que se dejaba a sí misma.

Fue a los ocho años cuando empezó a plasmar sus pensamientos en el

papel. De niña era muy habladora y preguntona, y su padre se quejaba de que era incapaz de concentrarse en su propia casa, por lo que se quedaba la mayor parte de su tiempo libre en la biblioteca de la facultad de matemáticas, en la que trabajaba dando clase, corrigiendo exámenes o intentando descubrir los grandes misterios de las ciencias exactas. Para evitar que tuviera que marcharse de casa, la madre de Olimpia decidió darle un diario y un consejo, que ella guardó como un tesoro: hay pensamientos que es mejor escribirlos para uno mismo que compartirlos con los demás. Desde aquel momento escribió todo lo que pensaba o le preocupaba. Cualquier superficie blanca era una vía de escape digna.

La voz del locutor anunció una canción y Olimpia aplaudió la elección con una sonrisa.

—¡Bien hecho, Nico! —canturreó—. “Echo de menos la cama revuelta, ese zumo de naranja y las revistas abiertas...”.

Gerardo asomó la cabeza por la puerta de su pequeño despacho, situado a unos cuatro metros a la izquierda del mostrador de venta.

—A Arturo le encanta esta canción —comentó sonriendo y perdiendo el hilo de lo que iba a decir—. Es de nuestros tiempos. Todavía me acuerdo cuando nos escapábamos a disfrutar de la “movida madrileña”.

—Sí que eres viejo —se burló con una mueca—. Una vieja gloria.

—Ni tan viejo ni tan gloria —comentó él, aunque era evidente que le

había complacido ser llamado “vieja gloria”.

—No te preocupes, te conservas muy bien para la edad que tienes —
volvió a pincharle.

Gerardo cabeceó, dando a entender que estaba de acuerdo.

—Es lo que tiene disponer de buenos genes.

—En ese caso lo siento mucho por Nico, porque mi padre tiene unas
entradas más grandes que las puertas de los jardines de Viveros. —Se rio al
imaginarse a su hermano con poco pelo y entradas—. Aunque es muy listo.
Supongo que la naturaleza se esfuerza en equilibrar los dones.

Gerardo disimuló una carcajada, seguramente al visualizar la imagen
que Olimpia había plantado en su cabeza.

—Bueno, corazón, en realidad he salido porque necesito hablar
contigo. Ven al despacho —pidió de repente con el semblante que usaba solo
cuando quería hacer notar que era el dueño de la óptica en la que Olimpia
trabajaba desde que terminó sus estudios.

Normalmente siempre la trataba como a una compañera; como una
colega más. Solo usaba esa expresión cuando pretendía que le tomara en
serio.

Olimpia se tensó. Llevaba el último mes temiendo que su jefe le dijera
lo que sabía que le iba a decir: que cerraba la óptica y que tenía que buscarse
un nuevo trabajo.

Algo que la dejaría completamente destrozada, y no solo por tener que rehacer currículos y demás, sino porque se sentía muy cómoda trabajando con Gerardo. De hecho, él había sido su único jefe, casi como un padre para ella, y lamentaba mucho que se viera obligado a cerrar. No obstante, sus problemas de salud y la insistencia de su marido, Arturo, habían terminado por inclinar la balanza en favor del cierre.

Si cerraba, ya podía decir adiós a sus planes de mudarse a un piso para ella sola. Llevaba años ahorrando para comprarse una casa, nada de hipotecas de por vida, ella anhelaba tener algo que sentir como propio. Por ese motivo vivía con su hermano, para ahorrarse medio alquiler y seguir guardando dinero.

Si se quedaba en el paro tendría que seguir viviendo con Nico, su hermano mayor, y sufriendo las largas noches de insomnio que comportaba vivir con alguien con un trabajo tan nocturno y una vida social tan activa.

—¿Se puede? —inquirió asomando la cabeza por la puerta.

La sonrisa de Gerardo logró que se relajara un poco. Después de todo, si fuera a decirle que cerraba el negocio no lo haría con tanta alegría. ¿No?

—Pasa y siéntate. A ver si nos da tiempo a hablar tranquilamente antes de que venga alguien. ¿No iba a pasarse Natalia, la amiga de Nico, para probarse unas lentillas? —preguntó, olvidando el motivo de que Olimpia estuviera allí.

—Esta semana no. ¿Va todo bien? ¿Para qué me has pedido que entre?

—Más que bien, corazón. Verás Pía, mi sobrino regresa de Nueva York. Ya te he contado que hace cinco años se embarcó en un proyecto y abrió varias ópticas en Estados Unidos. El caso es que el negocio ha ido mejor que bien y ahora planea ampliarlo y que llegue a Europa. —Hizo una pausa dramática para que su amiga comprendiera que lo que seguía iba a ser algo grande—. Y esta va a ser la primera parada. Vamos a convertirnos en la primera franquicia de PG Eyecare en España. —Gerardo se calló a la espera de que Pía compartiera su entusiasmo.

—¡Estupendo! Me alegro mucho. ¡Enhorabuena!

Gerardo la conocía lo bastante como para adivinar lo que le preocupaba, así que intentó calmarla.

—Tu trabajo está garantizado, corazón. La única diferencia será que yo ya no seré tu jefe y que vamos a modernizar la tienda para adaptarnos a la estética de las tiendas americanas. Si todo funciona, mi sobrino estará aquí un par de meses, para ponerlo todo en marcha, y después se irá a Paris a seguir con el proyecto de ampliar la cadena. Lo siguiente serán más tiendas en España y Europa.

—¿Y quién llevará esta tienda cuando él ya no esté al cargo? —preguntó Pía asustada.

Gerardo sonrió y arqueó una ceja.

—¿Yo? ¿Quieres que la dirija yo? —Ahora estaba asombrada.

—Así es. Además, podrás contratar a otra persona para que te ayude.

Yo voy a retirarme y a convertirme en un socio capitalista en la sombra.

Pía soltó una carcajada.

—¿Voy a ser la jefa?

Él asintió de muy buen humor.

—Lo único que le he exigido a mi sobrino para apoyarle en el negocio es que te mantenga en el puesto. Tú eres irremplazable, corazón. Para Arturo y para mí eres como la hija que nunca tuvimos.

Pía sonrió.

—¿Y qué pasa con Kiara? —pinchó. Estaba tan emocionada que, o se metía con él o terminaría llorando como una boba.

—Ella es demasiado *peluda* para ser nuestra hija —le siguió el juego. Los dos sabían lo mucho que la pareja adoraba a su perrita—. Somos padres guapos.

Contenta por las noticias, se levantó y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Gracias, gracias! —Salió de la oficina canturreando, pero en lugar de regresar a su mesa se detuvo en la puerta del despacho—. Por cierto, yo también te quiero.

—Ya lo sabía —rio Gerardo—, pero me encanta oírlo.

Pía estaba encantada. Había creído que se iba a quedar sin trabajo y, en cambio, estaba cerca del ascenso. Lo único que le preocupaba era que el sobrinísimo fuera un problema. No estaba acostumbrada a trabajar con nadie más que con Gerardo, quien la dejaba a su aire y apenas le mandaba que hiciera nada. Y es que Olimpia tenía ciertos problemas con la obediencia.

¡Bien! Ole, ole y ole.

Ahora solo me queda buscarme un piso cerca del trabajo y mi vida mejorará mucho. Quiero a mi hermano, pero hay demasiadas mujeres que le adoran. No necesita una más.

Estaba tan contenta por la noticia que se escapó a la pastelería y regresó con dos lenguas de vaca, las preferidas de Gerardo.

—Toma, para ti. —Le tendió una y una servilleta.

El hombre la miró con suspicacia. Desde que le habían detectado diabetes y se veía obligado a inyectarse insulina, Pía había hecho desaparecer incluso el azúcar para el café de la tienda, por lo que resultaba sospechoso que le llevara un pastel.

—¿Estás tratando de sobornarme? —preguntó apartando un mechón de cabello oscuro, ya con algunas hebras blancas, de su frente.

—No. Para nada. Mira que eres mal pensado. —Y antes de que pudiera decir nada recuperó el pastel.

—¡Oye! Que es mío.

—Te lo doy con una condición.

Gerardo frunció el ceño.

—Ya sabía yo que había algo más.

Ella esbozó una expresión inocente.

—Solo iba a decirte que no se lo contaras a Arturo. Se supone que tengo que vigilarte para que no comas dulces, no suministrártelos.

—Así que eres su espía —acusó con diversión.

—Para nada. Te vigilo por devoción, yo voy por libre. —Le guiñó un ojo y salió para disfrutar de su pastel.

Antes de salir del trabajo, a las dos, llamó a su amiga Lola para ver si quería quedar con ella para comer juntas. Después de todo, tenía algo importante que contarle, no era ninguna excusa para sacarla de casa. Sin embargo, como venía siendo habitual durante el último mes y medio, Lola se negó a salir, y a cambio la invitó a comer, tentándola con que tenía canelones de su madre en el congelador.

Cuando llamó al timbre de Lola, Pía tenía un discurso preparado para hacerle ver a su amiga que haber tenido un bebé no tenía por qué convertirla

en ermitaña. Así y todo, cambió de parecer en cuanto Lola le abrió la puerta.

Su mejor amiga, la misma persona que se gastaba un cuarto de su sueldo en revistas de moda, iba vestida con una camiseta gris y sin forma, que seguro que había pertenecido o pertenecía a Mario, su marido; unos pantalones de chándal y una coleta medio deshecha. Todo ello rematado con unas ojeras negras que le daban una idea aproximada de las horas que dormía al día.

La imagen que tenía delante desentonaba con el recuerdo de la mujer elegante y atractiva que había sido su mejor amiga desde el día en que se sentaron juntas en su primer día de Universidad. Incluso embarazada con una barriga enorme e hinchada por la retención de líquidos, se veía estupenda, nada que se acercara a ese aspecto descuidado que lucía en ese momento.

—Hola, cariño. Pasa —pidió, apartándose de la puerta.

—¿Cómo está Adrián?

—Se acaba de dormir. —Suspiró y le dio dos besos en las mejillas—.

No hables muy fuerte, por favor. Tengo los pezones en carne viva, necesito que me dé un respiro o se me caerán a pedazos.

Pía disimuló una risita. Lola se había empeñado en darle el pecho a Adrián, consciente de que era mucho más sano para el niño, ya que le evitaba los temidos cólicos. A pesar de todo, ya no parecía tan contenta con su decisión. Aunque, conociéndola, Pía estaba segura de que se le pasaría en

cuanto se acostumbrara.

—Te he traído una crema que la chica de la farmacia me ha dicho que te calmará las molestias. —Y añadió antes de que Lola protestara—: Me aseguré que es inofensiva para Adrián. Ni siquiera notará que la usas.

Los ojos de Lola brillaron por las lágrimas contenidas. De un tiempo a esta parte le resultaba más difícil no llorar por casi cualquier cosa.

—Gracias. Te quiero mucho —lloriqueó—. Se queda dormido en cuanto le enchufo el pecho, con lo que cada media hora tiene hambre.

Pía la abrazó, sabiendo que las hormonas seguían haciendo de las suyas en el cuerpo de Lola.

—Yo también te quiero. De hecho, te quiero tanto que he decidido vigilar a Adrián mientras tú te das un baño relajante y te cambias de ropa. ¿Qué te parece?

—¿De verdad?

—Claro que sí. Es mi deber como madrina cuidar de ti para que tú puedas cuidar de él.

—Suena maravilloso, pero en lugar de un baño me daré una ducha. Y mientras lo hago tú puedes pedir comida china. En la nevera está el menú del restaurante. Los canelones de mi madre te los he puesto en una fiambra para que te los lleves para mañana —explicó dejando las lágrimas atrás.

—Eres un sol —alabó Olimpia.

—Ya lo sé. —Sonrió—. Vamos a ponernos en marcha que si no Adrián se despertará y ya no podremos comer con tranquilidad.

—¡Oído cocina! Ahora vete, que yo me encargo de todo.

A pesar de lo que había dicho, Pía dio gracias al universo cuando Adrián siguió durmiendo y le evitó tener que enfrentarse al terrorífico mundo de los bebés llorones. Para entretenerse mientras esperaba a que Lola estuviera lista, se ocupó de recoger el comedor y los pocos cacharros que había en la cocina.

Desde el nacimiento de Adrián, Lola no había tenido mucho tiempo para dedicarse a sí misma; con todo y con eso, la casa estaba impecable. Con toda seguridad porque su madre pasaba por allí para echarle una mano, pero también porque su amiga era una maniática del orden.

Diez minutos más tarde, la morena volvió a reaparecer con una camiseta rosa y unos vaqueros muy ajustados. Todavía llevaba el pelo mojado, que le ondulaba a la altura de los hombros. Era la vez que más largo se lo había visto. Normalmente no dejaba que le creciera más allá de las orejas.

—Le doy la bienvenida a la verdadera Lola —bromeó con guasa.

—De un tiempo a esta parte la única Lola que existe es la que te ha abierto la puerta. Además, mira lo apretados que me quedan los pantalones —se quejó, levantándose la camiseta para que viera lo ajustados que los

llevaba.

—Qué exagerada eres. Es normal que tengas menos tiempo con un bebé recién nacido en casa, de lo demás te veo estupenda.

Lola suspiró con exageración.

—¡Qué buena amiga eres! Igual que el pobre Mario, primero la cuarentena y ahora Adrián que no duerme y yo que no tengo tiempo ni de peinarme... A este paso se me va a cerrar el agujero.

Pía se tragó una carcajada. Su amiga parecía abatida.

—Lo dicho, eres una exagerada. Eso no se cierra, no te preocupes.

—No lo soy. Y te aseguro que se cierra porque me cosieron. No dudes que hay que volver a hacerle sitio para que recupere el tamaño normal.

—Te hicieron una episiotomía, como a la mayoría de mujeres que dan a luz. Eso no es cerrar el agujero, cariño. —Le palmeó la espalda con afecto.

—¿Estoy siendo muy dramática?

Olimpia asintió con la cabeza.

—Menos mal que todavía me queda el recurso de echarle la culpa a las hormonas. Así Mario no puede divorciarse de mí, todavía —apuntó antes de que dos lagrimones le empañaran la visión.

—Cariño, Mario te adora. No seas tonta. —La abrazó con cariño—. No llores, que tengo que darte una buena noticia.

—No estoy llorando son...

—Las hormonas —interrumpió la pelirroja con una sonrisa—. Lo sé.
Son unas fastidiosas.

—Espera y verás cuando tengas hijos... —lloriqueó de nuevo Lola.

—Para eso falta mucho.

Más afligida por el comentario de su amiga, la morena alzó la cabeza para mirarla y lloró con más intensidad.

—Pobre, Pía —se lamentó—, estás tan sola sin novio ni nadie que te quiera como te mereces...

—Serán mamonas esas puñeteras hormonas —dijo Olimpia, debatiéndose entre la risa y la mala uva.

Así soy yo.

Olimpia estaba demasiado emocionada como para poder dormir. Por eso se había tumbado en la cama, cansada de los programas que emitían en televisión, y se dedicaba a descargar su cabeza en una vieja libreta de su época de estudiante que encontró en un cajón de su dormitorio. Como norma general escribía en cualquier hueco en blanco que encontrara, por lo que la libreta que acababa de descubrir terminaría en el fondo del mismo cajón del que había salido.

Nico acaba de llegar a casa. Como siempre, cierra la puerta con tanto cuidado que me entero, porque tengo un oído muy fino y estoy pendiente de lo que hace mi hermano mayor que si no... (Ja. Parece una apisonadora. Lo mismo le da que sean las diez de la mañana que las doce de la noche). Cuando tenga mi casa podré vivir sin tanto sobresalto. Disfrutar del silencio...

Porque mira que me cabrea que no tenga el detalle de pensar en mí. Es hora de que esté durmiendo, que no lo estoy, pero eso él no lo sabe. En fin... voy a tener que contarle lo del nuevo trabajo y lo cerca que estoy de poder comprarme un piso y esta es una ocasión tan buena como cualquier

otra para decírselo.

Por un lado me pone triste mudarme, pero por otro estoy segura de que hacerlo será bueno para los dos. Nico necesita replantearse su vida y conmigo aquí no tiene esa necesidad. Para qué va a preocuparse de aprender a usar la lavadora o el lavavajillas si ya estoy yo para hacerlo. Lo malo es que el que me vaya le va a facilitar los asuntos del corazón... Justo lo que menos necesita. No tal vez todo lo contrario porque yo soy su excusa perfecta para no intimar con nadie lo suficiente como para traerla a casa.

Pía soltó el bolígrafo y miró el despertador de su mesilla de noche. Tal y como había supuesto, pasaban las doce de la madrugada. Seguramente Nico había doblado turno en *Ti amo FM*, la emisora de radio en la que trabajaba como presentador y Dj, una de las tres más importantes del país que, además, estaba vinculada a un periódico, a una emisora de televisión y vaya usted a saber qué más.

No obstante, a pesar de los horarios de locura que tenía en la emisora, era gracias a su trabajo por lo que se había dado a conocer y le contrataban para bolos por todas las ciudades de España. Su trabajo le había permitido hacerse un nombre como Dj y ahora también comenzaba a hacer sus *pinitos* como presentador de eventos musicales.

Porque, a pesar de que vivían en Valencia, los programas de su hermano se retransmitían en todo el país, detalle que le hacía conocido por la gran mayoría de los jóvenes asiduos a la radio y a las discotecas.

Olimpia estaba muy orgullosa de él. Siempre lo había estado. A pesar de llevarse casi dos años, Nico no había sido el típico hermano mayor que ignoraba a su hermana pequeña. La había protegido desde que fue consciente de ella, y nunca se había avergonzado de hablarle en el instituto o incluso de salir a tomarse unas copas con ella y sus amigas en la universidad.

Nico estaba demasiado seguro de sí mismo como para que le preocupara lo que nadie pensara de él. Y esa seguridad estaba más que justificada; no solo por su imponente físico, sino por su capacidad para ganarse a la gente con su encanto. Olimpia dejó sobre la almohada la libreta en que andaba garabateando y salió al comedor.

Su hermano estaba estirado en el sofá, y cambiaba de cadena con el mando a distancia tan deprisa que Olimpia dudaba que viera algo de lo que emitían. Su cabello cobrizo, unos tonos más oscuros que el de pía, estaba desordenado como si se hubiera pasado los dedos por él. Por lo demás, aparte de quitarse los zapatos, seguía vestido con la ropa de calle.

—¿No tienes sueño?

Nico se giró para mirarla sin dejar de presionar los botones del control remoto de la televisión.

—No mucha. ¿Y tú? Creía que ya estarías durmiendo.

—Tampoco, tengo una buena noticia y me está quitando el sueño —
explicó, y se sentó en el sofá, a sus pies.

Su hermano se incorporó un poco.

—¿Por qué te quita el sueño si es buena? A ver, cuéntame y yo
decidiré si es buena o mala.

Pía le puso al día enseguida de su conversación con Gerardo y de las
posibilidades que le veía a ser la próxima jefa.

—Podré contratar a Lola —apuntó entusiasmada—. ¡Será fantástico!

—Lola ya tiene trabajo. Solo está de baja por maternidad.

—Lo sé, pero estoy dispuesta a ofrecerle más ventajas para que se
venga conmigo.

Nico se rio de ella sin tapujos.

—¡Estás loca! Todavía no tienes el puesto y ya estás haciendo cábalas
con él.

—¡Gracias! Yo también te quiero.

—Lo sé. Pero vamos a lo importante. ¿Y si no te cae bien tu nuevo
jefe? Los dos sabemos que llevas muy mal eso de acatar órdenes —expuso
mientras arrugaba el ceño al recordar alguna situación tensa entre ella y su
madre, momentos en los que se veía obligado a intervenir para limar
asperezas mientras su padre, ajeno a todo, seguía enfrascado en sus

ecuaciones.

—Solo va a ser mi jefe por unos meses. Estoy segura de que voy a poder aguantarlo. Es familia de Gerardo, no puede ser tan malo.

Nico se encogió de hombros.

—No estoy de acuerdo contigo. Míranos a nosotros. No podemos ser más diferentes.

—Pero los dos somos buena gente —insistió Olimpia.

—Puede que tengas razón. ¡Tengo hambre! —anunció poniéndose en pie de un salto y huyendo a la cocina sin parar a calzarse.

—Tu fe en mí me conmueve —gritó para que la oyera.

No podía dormir, así que volvió a dar otra vuelta en la cama. Cada vez más nerviosa y molesta. Lo suyo era el colmo de los despropósitos. Acababan de darle una de las mejores noticias de los últimos meses y no podía quitarse de encima la sensación de que algo malo iba a suceder. Y todo porque Nico había estado más negativo que nunca.

Confiaba en Gerardo, era como un padre o incluso como un hermano mayor más, aunque pasara de los cincuenta. Sin embargo, su carácter y su constante buen humor la habían llevado a adoptarlo como parte de su familia. Igual que le sucedía con su verdadero hermano, también tenía que estar pendiente de Gerardo, porque era tan despistado que perdía las llaves de la

óptica si Olimpia le dejara que las tuviera.

Durante los primeros meses de trabajar para él, la tienda abría tres cuartos de hora más tarde del horario establecido, y solo gracias a que Arturo siempre podía escaparse unos minutos de clase para llevarle las llaves de repuesto. Después de eso, Arturo delegó en Olimpia la misión de llevar unas llaves de repuesto de la tienda, otras del coche de Gerardo y una copia de las del piso que ambos compartían en la calle Colón.

Sin embargo, aunque no dudaba de la palabra de su amigo, el que hubiera otra persona involucrada en su ascenso le quitaba el sueño, de un modo metafórico y literal.

¿Y si no se llevaba bien con el sobrino de Gerardo? No sabía nada de él. ¿Cuántos años tenía? ¿Los suficientes para saber lo que hacía, o aquello solo era un experimento de niños *bien*?

Además, tal y como había apuntado Nico, llevaba muy mal que le mandaran. De hecho, su imposibilidad de seguir a la autoridad le había provocado algún que otro dolor de cabeza.

Por otro lado, se animó, iban a ser solo unos pocos meses... Tal vez le saliera una úlcera de estómago, pero sería por una buena causa y, sin duda, compensaría el sacrificio.

“¡Seré la empleada perfecta!”, decidió con una sonrisa, sintiéndose muy satisfecha de sí misma. “Lo único que tengo que hacer es fingir que

acato sus órdenes mientras hago lo que me viene en gana”.

El invitado sorpresa.

Por lo que parece, el sujeto es moreno y de ojos marrones (muy corriente). Hijo de la hermana de Germán, una mujer muy simpática que conocí en la boda de mi jefe, por lo que ya hay dos familiares que me caen bien y, por lo tanto, el doble de posibilidades de que el sujeto se parezca a alguno de ellos y cuente con mi aprobación.

Aunque tiene otro punto en contra, y es que habla muy mal de él que no asistiera a una celebración tan importante para Gerardo y Arturo. No le conozco y ya me parece un desconsiderado de narices.

En cualquier caso, está claro que el sujeto no se merece el cariño con el que los dos hablan de él.

Olimpia interrogó con sutileza (demasiada, a juzgar por el resultado) a Gerardo sobre cómo era su sobrino. En sus pesquisas descubrió muy poco, porque no quería ser muy evidente y que su jefe se diera cuenta de su interés. Ya que, de hacerlo, sus preguntas se quedarían en una mera entrevista superficial al lado de su tercer grado.

Con intención de descubrir algo más del tipo misterioso que estaba a punto de trastocar su vida, probó la misma táctica con Arturo, con quien salió

a tomar un café el miércoles a la hora del almuerzo para hablar de la fiesta sorpresa que estaba organizando para celebrar su aniversario de bodas. Así y todo, solo llegó a enterarse del menú del *catering* que había contratado para esa noche, porque Arturo era incapaz de centrarse en otra cosa que no fuera la fiesta sorpresa.

—Voy a necesitar que el sábado a mediodía te lleves a mi marido a comer después de cerrar la tienda, para que me dé tiempo a prepararlo todo sin que se entere.

—¿Y qué excusa le pongo? Seguro que me propone que te invitemos.

—Eso me lo dejas a mí, yo me encargo de esa parte. Le pondré algún pretexto, tú solo tienes que convencerle para que te acompañe y entretenerlo hasta las ocho, hora en que me lo traerás de vuelta.

—De acuerdo, pero voy a tener que cambiarme. No puedo ir a una fiesta vestida con la ropa con la que voy a trabajar —se quejó. Si tenía que distraer a Gerardo hasta casi la hora de cenar, no iba a tener tiempo para arreglarse.

—¡No puedes! Se dará cuenta de que pasa algo y la sorpresa se irá al garete —exclamó Arturo, horrorizado por la idea de que su plan se fuera a pique por un ataque de vanidad—. Ya sabes lo curioso que es.

—De acuerdo, no te pongas nervioso. Ya se me ocurrirá una solución —apuntó, calmando a su amigo.

Y así había sido.

El jueves por la mañana, cuando llegó al trabajo, se aseguró de dejar caer ante Gerardo que estaba harta de su corte de pelo y del *look* de “señorita buena” con que vestía. Añadió el detalle de que hacía más de seis meses que no tenía una cita, y el resultado fue el que había esperado: su amigo se ofreció para asesorarla y hacer de estilista. Concertaron una cita para comer el sábado, ir de compras y al salón de belleza.

De hecho, Gerardo solo salía de su despacho cuando escuchaba a alguna clienta preguntarle a Pía qué montura le quedaba mejor o el color que potenciaba su tono de piel. Su jefe adoraba a los clientes indecisos porque con ellos podía dar rienda suelta al buen gusto que le caracterizaba.

—El problema es que hace años que no te cortas el pelo —la regañó—, el color es sensacional, pero el corte...

—¿Sensacional? ¿Te has vuelto daltónico? Es rojo.

—Lo sé, y es precioso. Además, tendrías que alegrarte de no ser una pelirroja al uso, con la piel llena de pecas.

—Eso es cierto. Pese a mi pelo rojo no tengo tantas pecas.

Gerardo parecía perdido en sus propios pensamientos.

—A lo mejor un flequillo lograría que te vieras más actual... —Asió la coleta de Olimpia para mirarle las puntas—. Necesitas sanearlo.

Antes de que ella pudiera volver a quejarse, se dio la vuelta y se metió

en su despacho para organizar la sesión de renovación que acaba de decidir que Pía necesitaba.

A la hora de comer ya lo tenía todo planeado, y no lo hacía solo porque disfrutara con ello, sino porque eso de que no hubiera tenido una cita en seis meses le había dejado muy impactado.

—¿Sabes? Podrías pedir cita para ti también —apuntó Olimpia tras hacer una pausa dramática—. Tu piel está un poco cetrina.

—¿Tú crees? —inquirió Gerardo pasando la palma de la mano por su mejilla—. Será el estrés.

—Sin duda. Deberías hacerte un *peeling* o algo así.

—Bueno, supongo que podemos arreglarlo para que Toni nos atienda a los dos.

—Eso sería perfecto —aceptó con una sonrisa satisfecha—. Así será más divertido.

Olimpia aplaudió mentalmente. La primera parte de su plan estaba en marcha. Aunque la idea de cortarse el pelo, que siempre había llevado largo y sin flequillo, no terminaba de convencerla.

De acuerdo que era una adicta de las tendencias y que el flequillo estaba de moda, pero arriesgarse tanto sin conocer el resultado de antemano no era lo que tenía pensado cuando planeó cómo pasar la tarde del sábado. Lo único que había pretendido al proponerle ir a la peluquería y de compras era

encontrar una excusa creíble para poder ir arreglada a la cena de aniversario de su amigo sin que este sospechara.

Por ese motivo estaba tan preocupada cuando por fin llegó el día y Gerardo la arrastró hasta el salón de estética de su amigo Toni, ya que lo que inicialmente era una tarde de compras se había convertido en un estilismo completo.

Gerardo se empeñó en cerrar la óptica a la una y, un cuarto de hora después, los dos entraban en la peluquería. No tuvieron que esperar porque les esperaban. Según supo Pía, su jefe había llamado para avisar que iban de camino, y Toni estaba tan impaciente por atenderlos que prácticamente se abalanzó sobre ellos en cuanto entraron.

—Tienes toda la razón, Gerardo. El color es maravilloso —comentó el peluquero en cuanto los vio entrar.

—¡Gracias! —aceptó Olimpia con una sonrisa, aunque por dentro pensara que debía de haber una epidemia masculina que afectaba a la percepción de los colores.

Una vez que le lavaron el cabello y la sentaron en el sillón frente al enorme espejo, fue como si ella hubiera dejado de existir. Ni Toni ni Gerardo hicieron caso a ninguna de sus objeciones sobre cortarse el pelo.

—Tienes un color muy bonito y por lo que veo tienes muy buen gusto para vestir, pero... Te falta algo —apuntó Toni, repasándola de arriba abajo

—. Siento tener que decírtelo, pero te ves *sosa*. Corriente —explicó y, como si con eso lo hubiera dicho todo, centró su atención en las propuestas de su amigo común.

—¿Qué te parece un *long bob* con un flequillo largo y ladeado? —inquirió Gerardo, aunque no fue a la interesada a quien le hizo la pregunta.

—Muy adecuado —aceptó el estilista.

—¿Te parece bien, corazón? —la preguntó a través del cristal.

—¿Ahora me preguntas? ¿Cuándo ya lo habéis decidido todo? —protestó, mirándoles también a través del espejo que tenía delante.

—Eso es un sí —zanjó Gerardo con seguridad.

Pía resopló con fuerza, pero no dijo nada. Después de todo, sabía que no iba a servir para nada.

De modo que, una hora y media después, salía del salón de belleza con un nuevo *look* y muerta de hambre. El corte le encantaba; a pesar de eso, no tenía ninguna intención de admitirlo ante aquellos dos, que ya se sentían bastante satisfechos consigo mismos a la vista del resultado.

Tras la comida entraron en casi todas las tiendas del centro comercial, en algunas hasta dos veces, y, aunque la idea inicial de Olimpia había sido comprarse un vestido para la fiesta, terminó con el maletero de su coche lleno de bolsas y pensando en ahorrar para comprarse el fabuloso bolso de Guess que había visto.

—¿Me esperas en la cafetería? —le pidió, acercándose a Gerardo para darle un beso en la mejilla—. Tengo que ir al baño.

—Puedo esperarte aquí.

—Mejor en la cafetería. Voy a tardar. Después de dejarte en casa voy a una fiesta y tengo que arreglarme —explicó con una sonrisilla traviesa.

—Entonces te haré caso y me pediré un café. —Hizo una pausa—. Con sacarina. —Y añadió, antes de darse la vuelta y caminar hasta una de las mesas libres—: Si quieres un consejo, ponte el vestido negro. El escote es perfecto para lucir tu nuevo corte de pelo.

—Era lo que tenía en mente —aceptó, ampliando su sonrisa.

Cuando salió del cuarto de baño del centro comercial, debidamente maquillada y ataviada con el vestido negro, Gerardo ya se había terminado su café y estaba pendiente del móvil. Lo dejó sobre la mesa en cuanto la vio aparecer. Su expresión de concentración cambió por una sonrisa de aprobación.

—Estás preciosa. Ningún hombre podrá dejar de mirarte.

—Gracias. Tú también estás muy guapo. Tu piel tiene un color fantástico —dijo con un guiño.

Gerardo asintió con la cabeza, dando a entender que pensaba lo mismo que ella.

—¿Sabes? Creo que voy a entrar contigo en casa para que Arturo vea lo que me he hecho. A ver qué le parece.

—Le va a encantar. Ya lo verás —aceptó, asiéndola por la cintura mientras se dirigían al aparcamiento del centro comercial.

“Segundo paso superado”, pensó. Ya tenía la excusa perfecta para subir con él al piso. Ahora solo tenía que encontrar la manera de enviarle un mensaje a Arturo para avisarle de que iban de camino y la maquinaria se pondría en marcha. Y lo hizo antes de entrar en el coche y arrancar, camino de una fiesta para la que, gracias a su ingenio, estaba absolutamente preparada. O casi.

La suerte hizo que encontrara aparcamiento a solo unos metros de la casa de la pareja. Caminó junto a Gerardo, quien no sospechaba nada, por lo que cuando las luces se encendieron y una multitud gritó “¡SORPRESA!”, le pilló completamente desprevenido.

Después de besar a su marido, Arturo se lanzó a los brazos de Pía para agradecerle toda la ayuda que le había brindado.

—¡Pásalo genial esta noche! Estás preciosa —dijo pasando los dedos por su nuevo peinado—. Y hay chicos guapos por todas partes —le dijo guiñándole un ojo—. No puedes quejarte de la variedad que he invitado expresamente para ti.

Olimpia soltó una carcajada divertida.

—¡Qué detalle! Muchas gracias.

—No hay de qué. —El guiño que le ofreció hizo que ella sonriera más ampliamente.

Estaba muy contenta porque todo hubiera salido tal y como esperaban, así que decidió que había llegado el momento de disfrutar de la fiesta. Se adentró entre los invitados para charlar y servirse algo de comer del bufé del que tanto había escuchado hablar. No obstante, a pesar de lo bien que había ido la noche hasta el momento, sentía un peso extraño en el estómago y la sensación de que alguien la estaba observando.

Con disimulo, dio una vuelta sobre sí misma buscando algo extraño, pero todo parecía bastante anormal. Había gente conocida y amigos de Gerardo y Arturo a los que no había visto nunca, pero nada que justificara la extraña sensación que le oprimía el estómago. Hasta que una voz masculina la llamó por su nombre completo.

Algo que ya de por sí era insólito, porque había muy poca gente que lo usara. Sus padres, su hermano cuando se enfadaba con ella y algún que otro conocido que lo hacía posiblemente porque sabía lo poco que a ella le gustaba que la llamaran de ese modo.

—¿Olimpia? —preguntó de nuevo la voz.

Se dio la vuelta hacía el lugar de donde procedía la voz y su corazón se detuvo durante un instante. Parpadeó para ver si la imagen desaparecía,

pero el hombre seguía allí, plantado delante de ella para cubrir su huida.

—No, no puedes ser tú —musitó ella sin dejar de mirarle—. No eres tú.

El sujeto arqueó una ceja y la miró con una sonrisa sardónica en los labios, lo que aumentó su malestar.

—Me alegro de verte.

—¡Pues yo no! Y no me da la gana que seas tú —zanjó de muy mal humor.

Waiting for a friend.

Nico entró en la emisora sonriendo, como hacía siempre, fuera la hora que fuera e hiciera el tiempo que hiciera. Su buen humor era parte de su identidad. Lamentablemente, la persona que terminaba turno y que le daba el relevo a su retransmisión era Melissa, por lo que la sonrisa se le quedó atascada en la cara, a medio camino entre la expresión de miedo y una mueca de horror.

De haber sabido que se iba a encontrar con ella su humor hubiera sido otro distinto.

Con educación, pero sin un atisbo de interés, dio las buenas noches a la mujer, que había salido con prisas de la cabina y le miraba fijamente, y se encaminó hasta su mesa, para dejar la mochila y revisar su plan de programa de esa noche.

Ya tenía confeccionada una lista con las canciones que iba a pinchar y solía revisarlas antes de entrar en cabina para ir preparando la entradilla. Sin embargo, en ese momento, ninguna de las escogidas le parecía adecuada para el tétrico humor que se respiraba aquella noche en la redacción.

Solo se relajó al pasar por delante de la mesa de Natalia, su técnico de sonido y una de sus mejores amigas.

La conocía desde hacía cinco años, cuando ambos entraron a trabajar en la emisora, y desde ese primer encuentro la conexión entre ellos fue inmediata.

La morena le miró por encima de sus gafas de pasta mientras trataba de disimular la tensión que había en la sala cuando Melissa y Nico estaban dentro.

—Buenas noches, Nico.

—Hola, Nat.

No era un secreto para nadie que la locutora le había perseguido hasta la extenuación y, aunque Nico solía disfrutar del interés que despertaba en las mujeres y no se negaba a dejarse querer por ninguna, también era cierto que nunca había dado muestras de desear nada más que aventuras fugaces. La única que parecía no enterarse de ello era Melissa, quien no quiso darse por enterada cuando Nico finalizó sus encuentros. Después de aquello pidió el cambio de provincia, y mientras antes eran solo compañeros de emisora, ahora eran compañeros de trabajo a tiempo completo.

Natalia estaba segura de que Nico se arrepentía cada día más de haber asistido a la cena de Navidad de la empresa, donde conoció a Melissa. Desde ese momento la rubia no había hecho otra cosa más que aparecer allá a donde

iba, hasta que consiguió lo que buscaba.

—No va a darse por vencida —susurró Natalia con diversión en la voz—. Vas a tener que comenzar a ser más selectivo en tus conquistas.

—Tengo la sensación de que te estás divirtiendo con esto —comentó Nico frunciendo el ceño.

—Mucho. Gracias por hacer que venir a trabajar sea tan interesante —se mofó ella—. Estaba empezando a plantearme buscar un nuevo trabajo más... entretenido.

Nico miró con disimulo a la causa de sus actuales desvelos, y vio con qué furia observaba a Natalia, que casi se había pegado a su costado para hablar con él sin que nadie les escuchara.

—Búrlate lo que quieras, pero estoy seguro de que ahora mismo te odia más a ti que a mí —contestó en el mismo tono.

—Lo superaré. A mí no me interesa que todas las mujeres me adoren —siguió pinchando.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. —Suspiró con cansancio—. El caso es que esta mujer en particular me pone de los nervios. Ya ha terminado su turno, ¿por qué no se va a su casa?

—Querrá hacer horas extra. —Se rio—. No te preocupes demasiado, seguro que se le pasará cuando tengas novia —aventuró Natalia—. Suponiendo que llegue a suceder algún día.

La expresión de Nico se volvió calculadora durante un instante. Paseó la mirada por la sala de redacción y se fijó en las personas que estaban allí esa noche. Quizás podía solucionar su problema con mucha más facilidad de lo que suponía al principio.

—No te asustes, ¿de acuerdo? —pidió mirando a su amiga a los ojos.

—No veo por qué iba a hacerlo, es a ti a quien persigue. —La confusión era evidente en la cara de la morena.

—Mi petición no tiene nada que ver con Melissa, sino con esto — apuntó Nico, abalanzándose sobre ella para asirla por la cintura y sentarla en sus rodillas.

Antes de que Natalia pudiera asimilar lo que sucedía, Nico posó sus labios en los suyos, presionando con insistencia para que abriera la boca. Si el beso no parecía real, Melissa jamás creería que había algo más que una amistad entre ellos. Con ese fin le puso las manos en las nalgas, redondas y prietas por el ejercicio, para empujarla más contra su pecho. Tal y como había esperado, Natalia abrió la boca para protestar y él aprovechó la ocasión para introducir la lengua y besarla de verdad.

Los brazos de ella le rodearon el cuello y, aunque un momento antes se había mostrado aturdida, ahora estaba totalmente entregada al beso. Nico podía sentir cada pulgada de su pecho pegada a su torso y se sorprendió a sí mismo olvidando el motivo por el que había decidido besarla delante de una

parte de sus compañeros de trabajo.

Con la mente obnubilada, apenas era capaz de recordar otro momento en que un beso le hubiera dejado tan desconcertado y excitado. Paseó las manos por la espalda de Natalia y presionó para profundizar el beso.

El único motivo por el que se separó de ella fue porque estaba seguro de que si seguía besándola la escena terminaría con los dos desnudos en el suelo.

—Me encantas —le susurró, asombrándose a sí mismo cuando comprendió que era completamente cierto. Nunca, desde que se conocían, se le había pasado por la mente besarla. Aunque Natalia era atractiva, inteligente y divertida, no se había sentido atraído de ese modo por ella. Quizás porque nunca se lo permitió... Fuera como fuera, tras el beso se sentía confundido y desconcertado a partes iguales.

Sus sentimientos por ella iban más allá de una amistad, aunque en ese instante no fuera capaz de delimitar cuanto más. En ese momento se daba por satisfecho con ser capaz de meter oxígeno en sus pulmones.

Debería haber sabido que besarla no era una buena idea, pero estaba tan cansado de la persecución de Melissa que no pensó en nada más que en alejarla.

Natalia sonrió y se acercó más a él para susurrarle al oído.

—Voy a matarte —dijo con la voz ronca por el beso—. Podrías

haberme avisado.

—Si te lo hubiera dicho te habrías negado —afirmó. Necesitaba quitarse de encima la sensación de que se había metido en un problema mucho más importante que el que tenía con Melissa.

—Eso ya no lo sabrás nunca —rio Natalia levantándose de su regazo—. Vamos, cariño. Tenemos un programa que hacer.

Nico estuvo seguro de que el ruido que atronó en medio del silencio en ese instante fue el rechinar de dientes de Melissa.

Tú, otra vez.

Conversación de WhatsApp:

No me lo puedo creer. Esto es una catástrofe.

Lola: ¿Qué sucede, Pía? Contesta. Me estás asustando.

A pesar del *shock* que supuso para Olimpia tenerlo frente a ella, no pudo evitar darle un buen repaso. En un primer momento se sintió conmocionada, ya que nunca esperó volver a tenerlo tan cerca. De hecho, él era la última persona a la que había esperado encontrarse. Sin embargo, en ese instante, la agitación que sentía en su pecho y estómago estaba motivada por algo distinto a la sorpresa.

Había cambiado. Mucho. Ya no era ese muchacho desgarbado y atractivo que recordaba; el chico había desaparecido para dar paso a un hombre elegante y *sexy* que la miraba con el mismo interés con que ella lo observaba a él.

Sus hombros eran más anchos de lo que los recordaba, y su rostro también había madurado. Los músculos que años antes no existían se le marcaban ahora en los brazos, a través de la camisa que llevaba puesta,

contrayéndose y estirándose cada vez que los movía. Lo único que seguía igual eran sus ojos, oscuros e intensos. Y clavados en ella, igual que la última vez que se vieron.

—Siento llevarte la contraria, pero aquí estoy —comentó el hombre moreno plantado frente a Olimpia.

—No mientas. Te encanta hacerlo. De hecho estoy segura de que lo estás disfrutando.

La expresión de él se volvió cautelosa.

—Puede que haya cambiado en estos años, Olimpia. Me merezco el beneficio de la duda. —Y añadió con una sonrisa arrebatadora—: Estás muy guapa. Los años te han sentado bien.

Olimpia sintió el comentario como un puñal que se habría pasado en su pecho.

—No te mereces nada, Martín. ¿Por qué demonios no te quedaste donde sea que te hayas metido estos años? —Sentía el cuerpo tenso y un dolor que le martilleaba la cabeza apareció en el mismo instante en que lo vio parado frente a ella.

Él la miró con fijeza unos segundos antes de volver a hablar.

—Ya no soy la misma persona. Han pasado muchos años, y he madurado.

—Es posible, pero no has cambiado nada.

—¿Cómo lo sabes? —No se le escapó el tono dolido de su pregunta.

¿Cómo se atrevía a sentirse ofendido después de lo que le había hecho?

Consciente de que debía responder, tomó aire hasta llenar por completo sus pulmones y abrió la boca.

—Sigues usando mi nombre completo, sabiendo lo mucho que me molesta, y crees que halagándome me voy a ablandar, lo que demuestra lo poco que me conoces.

Él rio y su sonido calentó la sangre de Olimpia como no la había calentado nada ni nadie en mucho tiempo. Se suponía que esa noche iba a ser tranquila y agradable, y, en cambio, su pasado le daba una bofetada en la cara.

—¿Bailamos? —pidió él, alargando la mano para que se la asiera.

Estaba tan aturdida que ni siquiera se había dado cuenta de que hubiera música sonando de fondo hasta el instante en que lo mencionó. La voz rasgada de Rod Stewart cantaba *Stay with me*. “Qué poco acertada”, pensó Pía.

Tardó más de lo esperado en cogerle la mano. No tenía ninguna gana de bailar con él como si fueran amigos, como si no le hubiera desgarrado el corazón nunca, pero si se negaba le daría munición para que la usara en su contra. Diría que era una cobarde, o más probablemente que no quería bailar

con él porque todavía le afectaba tenerlo tan cerca. Y tampoco iría muy desencaminado; solo de pensar en tocarle de nuevo el terror se adueñaba de ella. No podía permitirse creerle. Sería un desastre.

Puede que él dijera que había cambiado, pero Olimpia no podía fiarse.

Consciente de que estaban rodeados de gente, a los que no les importaba su pasado en común, aceptó su mano y permitió que le rodeara la cintura con su otro brazo. Maldijo en su cabeza al inglés por escribir una canción que le recordaba tanto a su propia historia, y se negó a hacer aspiraciones profundas para no tener que oler su perfume masculino.

—Bueno, ¿vas a decirme qué estás haciendo aquí? ¿De qué conoces a Gerardo y a Arturo?

No pudo responder, porque antes de que lo hiciera apareció el homenajado con una sonrisa de oreja a oreja y se paró a su lado:

—¡Qué contento estoy de que os hayáis conocido por fin! Dos de mis personas favoritas bailando juntas. No podíais darme mejor regalo.

Olimpia le miró sin comprender mientras Gerardo abrazaba a Martín, que se había apartado de ella al verle aparecer, y le decía lo mucho que le había echado de menos.

—¿Qué... qué está pasando aquí?

—Es mi sobrino. —Y añadió con una sonrisa—: Tu próximo jefe. Te hablé de él —comentó confuso.

—¿Que es qué?

—Mi sobrino. ¿No te lo ha dicho?

Ella negó con la cabeza. No se sentía muy segura de que fuera a salirle la voz si intentaba hablar.

—Olimpia y yo nos conocemos porque estudiamos juntos. Creía que ella ya sabía el papel que juego en su nuevo trabajo.

Olimpia clavó la mirada en Martín con los ojos brillantes de rabia. Él sí que lo sabía. Sabía que trabajaba con su tío. Estaba al tanto de todo. Desde el principio.

—Bueno, corazón, si ya os conocíais tendrías que haberlo imaginado.

—Gerardo se señaló a sí mismo con el dedo índice—. Gerardo García —dijo, y después de señalar a su sobrino, añadió—: Martín Prieto García.

—¿De verdad? ¿García? Ni que fuerais los únicos García del mundo. Además, nunca, jamás de los *jamases*, me dijiste su nombre —aseguró, fulminando a su actual jefe con la mirada y saliendo a toda prisa de allí.

—Lo siento, tío, pero es muy posible que renuncie a trabajar con nosotros ahora que sabe que va a verme cada día.

El aludido lo miró sin entender.

—¿Por qué? ¿No has dicho que estudiasteis juntos? Sois amigos, ¿no?

—No, ya no somos amigos; y sí, estudiamos juntos. El problema es que, además de compañeros de clase, fuimos... algo más. Olimpia me odia

desde entonces.

—Pues arréglalo, Martín. Esa chica es muy importante para Arturo y para mí. Y si le hiciste daño quiero que lo arregles —explicó Gerardo frunciendo el ceño, antes de marcharse para buscar a Pía y consolarla.

Conversación de WhatsApp:

Pía: No te preocupes. Estoy bien. Ha sido un bajón momentáneo.

Lola: Dime la verdad. No ha sido un bajón, has puesto “catástrofe”, y solo usas ese término cuando la ocasión lo requiere.

Pía: Eres un sabueso. Me he encontrado con Martín Prieto en la fiesta de mi jefe.

Lola: ¿Qué Martín Prieto?

Pía: ¿A cuántos conoces?

Lola: ¡Madre mía!

Pía: Pues espera a que te diga que durante los próximos meses va a ser mi jefe.

Tras descubrir el motivo por el que Martín regresaba a su vida, Olimpia se acercó hasta la barra que habían montado los del *catering* y se pidió un *gin-tonic* doble. Después, con la habilidad de alguien que conoce a la perfección la casa, se escurrió entre los invitados y se escondió en el despacho de Gerardo. Se sorprendió cuando Kiara decidió acompañarla,

porque rara vez se separaba de Arturo. Imaginó que el animalillo estaba incómodo entre tanta gente y le permitió que la acompañara e incluso que la usara de almohada. Con mucho más tacto del que hubieran demostrado algunos humanos, se estiró a sus pies y la dejó a solas con sus pensamientos.

Si alguien le hubiera preguntado qué era lo más improbable que le podía suceder, estaba casi segura de que hubiera respondido que encontrarse con Martín. Hasta donde ella sabía, se había marchado fuera de país y le iba muy bien. Olimpia supuso que se habría casado y que a estas alturas ya tendría hijos; en definitiva, que estaría establecido en alguna parte lejos de ella y sin posibilidad de encuentros.

Verle había sido un golpe a su estabilidad, y descubrir que iba a ser su jefe un atentado a su cordura. Casi sin ser consciente de que lo hacía, le dio un gran sorbo a su bebida. El sabor amargo y fuerte le hizo poner una mueca de asco. ¿Por qué narices se había pedido algo tan amargo? Ella era de mojitos y de bebidas dulces.

—Apareces de nuevo y me trastocas hasta el buen gusto —dijo en voz alta, enfadada consigo misma por permitirselo—. ¿Qué voy a hacer ahora?

Kiara movió las orejas al escucharla, pero no se movió de donde estaba.

Un segundo después, Gerardo abrió la puerta de su despacho y la buscó con la mirada. Se relajó en cuanto la encontró sentada en su sillón.

—Llevo un rato buscándote. ¿Qué haces aquí escondida?

—Yo no me escondo —protestó.

—Tienes razón. ¿Qué haces aquí descansando?

Olimpia le miró de mal humor.

—No seas condescendiente conmigo.

Gerardo abrió la boca para protestar, pero se lo pensó mejor.

—¿Tan malo fue?

—Sí. —Suspiró con tristeza—. Pero eso ya no importa.

—No es propio de él. ¿Qué pasó?

Ella se encogió de hombros antes de hablar.

—Lo normal, supongo. Yo estaba muy enamorada y creía que él sentía lo mismo. Me equivoqué y lo descubrí de la peor manera. —Y añadió en un tono que pretendía restarle importancia al asunto—: Debería haberlo imaginado, porque la primera vez que nos vimos discutimos. —No se dio cuenta de la media sonrisa que asomó a sus labios al recordarlo.

—Ambos tenéis un carácter fuerte —dijo Gerardo. Se habían juntado el hambre con las ganas de comer, con lo que verlos juntos tenía que ser apoteósico.

Ya le había llamado poderosamente la atención verlos bailar, de manera que verlos pelear tenía que poner los pelos de punta a cualquiera.

—También discutimos las cincuenta siguientes veces que nos

encontramos. Puede que más. Después... Dejamos de hacerlo.

—¿Quieres contármelo, corazón?

—No sería justo. Lo único importante es que hasta que conocí a Martín nunca me había sentido, y estoy segura que jamás me sentiré, tan humillada como cuando decidió dejarme.

—No parece la misma persona que yo conozco.

—Quizás es porque no conocemos a la misma persona. Ya te he dicho que no me parece justo contártelo —insistió. A pesar de todo lo sucedido, una parte de ella quería protegerle.

Gerardo disimuló una sonrisa al darse cuenta de que recelo de Olimpia se tornó en mueca cuando pensó en las posibilidades que el encuentro podía acarrear.

—Dime que no me vas a abandonar —pidió, acariciándole la mejilla—. Tú también eres mi familia.

Olimpia ladeó la cabeza para mirarle con una expresión que dejaba claro que dudaba de la capacidad intelectual de Gerardo.

—Por supuesto que no me voy a ir. ¿No has escuchado decir aquello de que “la venganza es un plato que se sirve frío”? Pues ahora es mi turno para servir la ensalada.

El día después.

Era poco más de las once cuando Olimpia abrió los ojos el domingo. Y lo hizo por obligación, porque el timbre del portal no dejaba de sonar. Maldijo a su hermano por ser capaz de dormir aunque una bomba atómica cayera a su lado y se levantó de mala gana, sin ponerse siquiera las zapatillas.

“Por favor, que no sean mis padres”, rogó, al tiempo que cruzaba el salón para ir a abrir. Por si acaso Dios hacía oídos sordos a sus súplicas, revisó que todo estuviera en su sitio y que no hubiera trastos por encima del sofá o de la mesa.

Suspiró tranquila cuando vio que el salón estaba en orden. Seguro que Nico había llegado tarde de la emisora y no había tenido ganas de tumbarse en el sofá a ver la televisión, porque de haberlo hecho la casa tendría otro aspecto menos... civilizado.

Por primera vez en mucho tiempo sus súplicas fueron escuchadas, y la voz que respondió por el telefonillo fue la de su mejor amiga.

Mientras Lola subía, se metió a toda prisa en el cuarto de baño, se lavó los dientes, la cara y se peinó. Cuando salió, su amiga estaba entrando en el piso sin el carro de Adrián.

—Madre mía, sí que me quieres —dijo acercándose para abrazarla—. No puedo creer que mis problemas te hayan hecho salir de casa. ¡Y te has puesto vaqueros! ¿Dónde has dejado a mi ahijado?

—Con su padre. Y claro que te quiero, eres mi mejor amiga y acabas de reencontrarte con Martín. No podía quedarme en casa como si nada. Pero antes de que me cuentes lo que pasó anoche, necesito una buena dosis de cafeína. Adrián duerme fatal.

—¿No se supone que...?

—Ni se te ocurra decirlo —la amenazó.

—Café. Por supuesto. Yo también necesito uno porque acabas de despertarme.

Lola puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza, preparada para regañarla, pero antes de que pudiera hacerlo su amiga habló de nuevo:

—Vas a ser una madre estupenda. Has conseguido acojonarme solo con la postura —se burló. Sin dejar que le replicara, se dio la vuelta para meterse en la cocina y preparar el café.

Diez minutos más tarde las dos estaban sentadas en el sofá del salón, cada una con una taza de café de Superbritánico. Ambas con una declaración ochentera de intenciones impresa: *I will be your bandit lover* solo con mucha leche para Lola y *Uh! Ah! Girls are warriors!* solo y con mucho azúcar para Olimpia.

—Ha sido una sorpresa. Sinceramente, creí que no volvería a verle nunca.

—Bueno, si te sirve de consuelo yo esperaba que fuera así.

—Lo peor fue que me impactó más de lo que me conviene. Yo... —
Se calló para tomar aliento, pero se quedó en silencio.

—¿No quieres hablar de ello? —adivinó la morena—. No tenemos por qué hacerlo ahora.

Negó con la cabeza.

—Me he pasado años cabreada con él por lo que me hizo. Durante mucho tiempo planeé lo que le diría si volvía a verlo. Tenía las palabras perfectas para él; sin embargo, cuando lo tuve frente a mí todo quedó en un segundo plano. Fue horrible, porque no me lo esperaba y porque está más guapo que nunca. Y lo peor fue que, en cuanto le vi, supe que había alguien más con quien estaba enfadada, y era conmigo misma. De repente todo lo que pasó entre nosotros volvió a abofetearme en el rostro.

—Si lo hubiera visto yo, la bofetada se la habría llevado él. Puedes estar segura.

—No voy a decirte que estuve tentada de pegarle porque la violencia está mal y nunca es la solución.

—De acuerdo, no me lo digas —aceptó sin necesidad de más palabras.

—Lola, ¿por qué me hizo eso? ¿Fue culpa mía? Creía que me quería.

—Claro que no fue culpa tuya. Tú eres maravillosa y él no es más que un idiota. —La abrazó con fuerza—. Guapo, pero idiota al fin y al cabo.

Olimpia soltó una risilla nerviosa.

—¿Por qué mi vida no puede ser de color de rosa?

—No lo sé, cariño. Ojalá encontraras a tu príncipe azul para compartir con él amaneceres naranjas y amarillos.

Olimpia entrecerró los ojos al escuchar las palabras de su amiga, aunque en sus labios se adivinaba una sonrisa divertida.

—¿Y qué te parece si los vemos sentados sobre una mullida hierba verde mientras nos cubren las copas de los árboles con sus hojas marrones por el otoño?

—¡Me gusta mucho! Suena mejor que una vida de color de rosa.

—¿Por qué tengo la sensación que mi vida, de repente, se ha llenado de demasiados colores?

—Bueno... —Lola se encogió de hombros—. Como odias el rosa, he pensado en darle unas tonalidades que te gusten más. Para que no te deprimas. —No pudo evitar reírse con picardía—. No te faltan motivos.

Olimpia, en cambio, parecía indignada y no precisamente por el último comentario.

—Yo no odio el rosa. ¡Me encanta el rosa! Lo que odio es que me quede fatal por culpa de mi maldito color de pelo.

Lola asintió con la cabeza.

—Ya decía yo que tenía que haber alguna razón para que no tuvieras

nada de ese tono en el armario —comentó al tiempo que cabeceaba con suavidad.

Y quizás fue porque la conversación era absurda, o tal vez porque ambas lo necesitaban, el caso es que no pudieron evitar mirarse la una a la otra y estallar en carcajadas que aligeraron un poco las preocupaciones de ambas.

Más relajadas, Lola le dijo a Olimpia que el corte de pelo le quedaba muy bien, y que al verla, seguro que Martín se había arrepentido por dejarla.

Había estado tan preocupada que no había tenido tiempo para decírselo. Por su parte, Olimpia la puso al día de lo que había sucedido en la fiesta. Hablaron de muchas cosas, interrumpiéndose solo cuando a Lola le entraba un ataque de nervios y llamaba a su marido para comprobar que Adrián estaba bien.

—He tenido que sacarme leche para venir —explicó para justificar sus nervios—. Estaba preocupada por si dolía, pero ha ido bien.

—No quiero saberlo.

—Algún día tendrás que hacerlo, no veo por qué te molesta que te lo cuente.

Como respuesta, la pelirroja apretó los dientes haciendo una mueca.

—Creo que voy a pasar palabra.

Una hora y media después apareció Nico por la puerta, con el pelo

revuelto y con unos calzoncillos como único atuendo.

—Lola, no sabía que estabas en casa —comentó con una sonrisa al tiempo que se acercaba a ella para besarla—. ¿Qué tal tus chicos? ¿Te cuidan como te mereces?

—Ya se ve, ya —apuntó Olimpia entre dientes.

—Y yo que me alegro de que no lo supieras. El recibimiento no podía ser mejor. —Lola se rio sin apartar los ojos de los abdominales de Nico—. Y eso que no me quejo de mis chicos.

—¡Oye! Que estás casada —la amonestó su amiga riendo.

—Casada sí, pero ni ciega ni tonta. Hay que aprovechar las ocasiones que la vida nos ofrece de disfrutar de las vistas.

—Qué filosófica estás hoy —se burló Olimpia.

Nico sonrió con picardía.

—Qué pena que Mario se te llevara. No sé cómo pude dejarte escapar.

—Y no lo hiciste. Era la única de mis amigas que no se moría por tus huesitos.

—Me acuerdo. En lugar de enamorarse del más guapo se quedó con uno de sus amigos —corroboró Nico con una fingida expresión de absoluta desolación, pero sin perder la oportunidad de guiñarle un ojo a la morena.

Cuando Nico se metió en el cuarto de baño para darse una ducha y vestirse, Lola aprovechó para interrogarla de nuevo.

—No se lo has dicho a tu hermano —la acusó.

—No, y de momento no voy a hacerlo.

—Supongo que es lo mejor. Nico es demasiado protector contigo y Martín se irá pronto. Quizás nunca lo sepa.

Olimpia sintió cómo se le contraía el estómago, y no era por la preocupación de que Nico se enterara de que Martín estaba de nuevo en la ciudad, sino por la certeza de que volvería a marcharse.

¿Qué voy a hacer mañana? Nunca me he considerado una cobarde, pero juro que estoy tentada de llamar a Gerardo y decirle que estoy enferma, que mañana me tomo el día libre para recuperarme.

El problema es que hacerlo no va a evitar que me vuelva a encontrar con Martín y sí que le va a dar la satisfacción de saber que verle me ha afectado.

No puedo derrumbarme. Tengo que asumirlo.

Durante los próximos meses va a ser mi jefe. El mismo hombre que durante un tiempo creí que era el amor de mi vida. El mismo que rompió conmigo de la manera más rastrera posible, va a tener mi futuro en sus manos. Es gracioso que ese sea el mismo lugar en el que hace unos años tenía mi corazón. Espero que no sea cuestión de tiempo que también me lo haga pedacitos.

Sin mirar atrás.

Olimpia llevaba diez minutos delante del armario. La noche anterior, como cada día, se había preparado la ropa con la que ir a trabajar. Pero al levantarse por la mañana, lo que había escogido ya no le parecía tan apropiado, motivo por el que seguía con la toalla envuelta alrededor el cuerpo y sin haberse decidido por nada.

Tras varios minutos más pasando perchas, escogió un vestido azul marino con un estampado de florecitas amarillas y rojas, con botines y bolso a juego en marrón chocolate. Tampoco es que se le fuera a ver el modelito con la bata puesta, pero ir arreglada lograba que se sintiera más segura de sí misma. Lo mismo que usar ropa interior *sexy* que nadie más que ella iba a ver.

Se vistió a toda prisa para recuperar el tiempo que había perdido en escoger modelito y se metió en la cuarto de baño para peinarse y maquillarse. El corte de pelo y sus ondas naturales se lo pusieron muy fácil. El maquillaje tampoco le dio problemas, por lo que quince minutos después salía de casa camino del Metro.

Los nervios se le arremolinaban en el estómago cuando entró en el vagón y se sentó en uno de los pocos sitios libres. Intentando acallar sus

pensamientos, se puso los auriculares del iPhone y subió el volumen mientras Banks cantaba *Waiting Game*.

A pesar de haberse pasado el día anterior mentalizándose de que iba a volver a encontrarse con Martín, la certeza le provocaba náuseas y sudor de manos. Volvió a subir el volumen de la música y se concentró en cantar, en su cabeza, la canción que sonaba en ese momento.

Bajó en su parada y caminó los pocos metros que la separaban del trabajo, ensimismada, esforzándose porque la música que sonaba fuera su único pensamiento.

Cuando llegó se encontró con que la tienda ya estaba abierta e incluso sonaba de fondo el hilo musical. Circunstancia poco habitual, ya que siempre era ella la primera en llegar y, por tanto, la encargada de abrir.

Notó cómo regresaba el revoltijo en el estómago, respiró profundamente varias veces y se decidió a entrar. Antes de que abriera la boca para dar los buenos días y alertar de su presencia, se topó con Gerardo saliendo de su despacho ya con la bata puesta.

—Buenos días, corazón.

—¿Has abierto tú?

—Debería ofenderme porque parezcas tan asombrada.

—No puedes culparme. —Se encogió de hombros—. Siempre llegas tarde.

—Tienes razón. ¿Quieres un café?

—Claro, y que me cuentes por qué estás aquí tan pronto. —Arrugó el ceño ante una idea poco alentadora—. No me digas que estabas preocupado por mí.

Gerardo la miró por el rabillo del ojo.

—En realidad, me preocupa más Martín.

—Te aseguro que de él es de la última persona por la que tendrías que preocuparte. —Aunque pretendía sonar indiferente, no lo logró. Muy consciente de que había revelado más de lo que deseaba, se puso la bata sin mirar a German y se acercó hasta la cafetera por hacer algo con las manos.

—¿Vas a contarme alguna vez lo que sucedió entre vosotros dos?

Olimpia suspiró sonoramente antes de hablar.

—Supongo que he de hacerlo si quiero que vuelvas a ser tú, pero si veo en tu expresión un atisbo de lástima o compasión quiero que sepas que me iré de aquí. Para siempre.

Gerardo la miró con el pánico pintado en el rostro. No podía evitar preocuparse por ella; la quería, era su amiga y formaba parte de su carácter preocuparse por la gente a la que quería. Por lo que iba a ser imposible no empatizar con lo que le hubiera sucedido.

No obstante, Olimpia debió de ver algo en su expresión, porque antes de que pudiera protestar comenzó su relato:

—Nos conocimos en la universidad, pero eso ya lo sabías. El caso es que comenzamos mal. De hecho, yo le odiaba y él tampoco me apreciaba mucho más. El último año las cosas cambiaron entre nosotros o quizás, siempre estuvieron ahí, debajo de esa inquina. Sin saber muy bien cómo, empezamos a salir. Todo iba muy bien; tanto, que estaba convencida que era el hombre de mi vida. —Hizo una pausa para sonreír con tristeza—. Martín no estaba de acuerdo con mi apreciación, y yo era tan ilusa que ni siquiera me di cuenta. Una tarde que quedamos no apareció por la cafetería. Me preocupé, no contestaba a mis llamadas y Martín ya vivía solo. Temí que le hubiera sucedido algo porque nunca me había dejado plantada, y yo estaba tan enamorada que jamás hubiese pensado mal de él. Así que, me acerqué a su casa.

Gerardo ni siquiera pestañeaba, pero Pía no se daba cuenta. Mientras hablaba, miraba al infinito con cierto aire melancólico.

—La suerte hizo que la mujer que limpiaba el portal estuviera allí con el mocho —continuó Pía—, de modo que ni siquiera tuve que llamar. Subí a toda prisa, cada vez más preocupada porque no contestara a mis mensajes. —Volvió a guardar silencio unos segundos—. Cuando llamé a la puerta, una rubia impresionante me abrió con una de sus camisetas como único atuendo. Lo demás puedes imaginártelo.

El color había abandonado el rostro de su jefe cuando Olimpia

encontró las fuerzas para mirarle. Se sentía tan humillada como lo había estado ocho años atrás cuando llamó al timbre de Martín.

—¡Dios mío, corazón!

—Te dije que nada de lástima —exigió.

—Sí. —Se irguió—. ¿Qué explicación te dio?

—Eso es lo mejor. No me dio ninguna. Un par de semanas después, cuando pude salir de mi cuarto sin llorar, fui a verle y él ya no estaba. El piso estaba vacío, con un cartel en la puerta anunciando que se alquilaba.

—Debió de ser cuando se marchó a los Estados Unidos. A toda la familia le pilló por sorpresa, nadie se lo esperaba.

—Supongo que ambos podemos certificar que se le dan bien las sorpresas —dijo, fingiendo estar más tranquila de lo que en realidad estaba.

A lo largo de la mañana la tensión de Olimpia se fue disolviendo. Tranquilizándose a cada minuto que pasaba sin que Martín hiciera acto de presencia en la tienda. Era poco más de la una y media cuando llamaron al timbre y Olimpia salió del despacho de Gerardo para abrir. Se quedó parada a medio camino entre el interruptor de abrir la puerta y la huida.

Resignada, se encaminó hacia el mostrador donde estaba el interruptor. Sabía que, si volvían a llamar, Gerardo descubriría su momento de cobardía, por lo que apretó el botón con la misma fuerza con la que apretó

los dientes.

Martín entró con unos vaqueros oscuros, una camiseta gris y un chaquetón de paño. No parecía incómodo por su presencia allí cuando la saludó como si fuera lo más normal del mundo. Tampoco tardó mucho en meterse en el despacho de su tío y cerrar la puerta tras él.

Relajó la postura envarada que había mantenido mientras estaba en la habitación y se dedicó a recoger sus cosas para irse a comer. Normalmente, como era la que abría el negocio, Gerardo le permitía que se fuera a las dos menos cuarto, y aunque ese día en concreto no hubiese sido así, tenía toda la intención de desaparecer cuanto antes de allí.

Ya se había quitado la bata cuando la puerta del despacho se abrió y Martín y Gerardo salieron por la puerta.

—¿Ya te vas a comer? —preguntó este último.

—Sí. Nos vemos esta tarde —se despidió colgándose el bolso del hombro.

—Olimpia, espera. Tenemos que hablar de algunos temas de trabajo y no voy a poder regresar esta tarde a la tienda. Si no tienes otros planes, podemos comer juntos y te pongo al día de lo que esperamos de ti.

Lo había dicho con tanta naturalidad y de un modo tan directo, que le costó más tiempo del esperado reaccionar. Por eso, cuando fue capaz de abrir la boca, decidió que sería poco creíble que se excusara diciendo que había

quedado para comer.

—Quieres hablar de trabajo.

—Por supuesto.

—De acuerdo. Entonces, vamos.

La expresión de Martín pasó del asombro al desconcierto antes de recomponer su expresión neutra y profesional. La conocía demasiado bien, por eso había esperado que se negara a tener con él más trato del estrictamente laboral. Le habría resultado más previsible que le mandara al infierno antes de que aceptara aquella invitación con tanta tranquilidad.

—Tío, te llamo esta noche y te digo si se ha solucionado el asunto — se despidió.

—Perfecto. ¡Hasta luego, Pía!

Ella asintió con un toque de cabeza y salió detrás de Martín. Sin embargo, este se detuvo en la puerta y a punto estuvo de chocar con él.

—¿Todavía te gusta el *sushi*?

—Sí.

—Entonces comeremos en un japonés —decidió sin ser consciente de cómo Olimpia apretaba los dientes, molesta porque ni siquiera se hubiese molestado en pedir su opinión.

En silencio, le siguió por la acera hasta que se detuvo al lado de un Audi negro. Martín pulsó la llave que llevaba en la mano y abrió la puerta del

copiloto para que entrara Olimpia. Entonces dio la vuelta y entró él, arrancando el motor en cuanto se puso el cinturón de seguridad.

—¿Te molesta si pongo música?

—No —respondió. La música era mejor que el silencio, y tal vez ayudaría a que dejara de obsesionarse con el aroma a colonia masculina que invadía el vehículo.

—¿Tienes intención de responderme siempre con monosílabos? —inquirió al tiempo que pulsaba el botón para que el reproductor funcionara. *Mute*, de Youth Lagoon, invadió el interior del vehículo.

—No.

—Pues para no tener intención, es eso exactamente lo que haces —criticó mientras salían del aparcamiento.

Olimpia se mordió la lengua. Aunque tuviera ganas y motivos para soltar algún que otro impropio, el sentido común le decía que Martín ya no era solo un exnovio, sino también su jefe. La persona de la que dependía el maravilloso futuro laboral con el que había estado fantaseando.

El restaurante al que la llevó Martín tenía un *parking* subterráneo en el que aparcaron, lo que hizo más incómodo el camino. Al menos en el coche la música había impedido que el silencio se impusiera. Como si estuviera pensando lo mismo, fue Martín el primero en hablar:

—Espero que seas más habladora durante la comida. Hay algunas

cosas de las que me gustaría hablar contigo teniendo en cuenta de que en breve serás mi empleada. —Se mordió la lengua con fuerza al ser consciente de que había sonado demasiado brusco.

—No te preocupes. Para eso he venido. Prometo responderte cada vez que se haga necesario —apuntó con una falsa sumisión.

Salieron del aparcamiento y entraron en el ascensor. Segundos después las puertas se abrían a un *hall* adornado en tonos rojos dorados y negros. Una suave música asiática de fondo les daba la bienvenida.

—Es bonito —comentó Olimpia.

—Y se come mejor. Vamos —pidió, y al hacerlo la tomó con suavidad por el codo. Lo que ninguno de los dos había supuesto fue que el gesto les afectara tanto.

Olimpia sintió sus dedos como fuego marcándole la piel, y para Martín fue como una corriente eléctrica zumbando en su mano. Olimpia iba a separarse cuando se les acercó una camarera asiática ataviada con un kimono tan llamativo como elegante, para acompañarles hasta una mesa.

El local por dentro era mucho más impresionante de lo que parecía desde el recibidor. Las paredes estaban revestidas con cañas de bambú, y entre ellas se colaban largos rollos de papel con letras de trazos gruesos que parecían dibujos.

Las lámparas estaban recubiertas por mamparas rojas y negras en

consonancia con el cromatismo del local. Las mesas y las sillas eran de un color entre negro y gris oscuro y solo el color blanco brillante de las servilletas lo rompía, captando la atención del comensal en los detalles.

La camarera se alejó y volvió dos minutos después con las cartas y una botella de sake.

Olimpia esperó a que se marchara para hablar.

—¿Vas a esperar al postre para decirme lo que sea que nos ha traído aquí?

Martín alzó la mirada de la carta para clavarla en ella.

—Me alegra comprobar que has terminado con los monosílabos.

Olimpia esbozó un puchero lastimoso.

—Una pena que tú encanto se haya evaporado con los años.

Se sintió complacida consigo misma por el golpe, pero el buen humor le duró poco porque Martín, lejos de ofenderse, se rio a carcajadas.

—¡Menos mal! Creía que habías desterrado a la vieja Olimpia.

Ella puso una mueca poco femenina.

—Para nada. Es solo que la dejo salir cuando estoy con gente que me gusta y me cae bien. Tú ya no perteneces a esa categoría.

—Lo que nos lleva al motivo por el que te he invitado a comer. Quiero pedirte disculpas por todo lo que sucedió la última vez que nos vimos. Fui un cretino.

—¿Te refieres a la fiesta? Un poco sí que lo fuiste, pero creía que íbamos a hablar de trabajo.

Él volvió a sonreír.

—Me refiero a esa vez hace ocho años. No te pido que me perdones, sé que te hice daño. Lo que necesito es que nos comportemos como adultos y no permitamos que nuestro pasado afecte al trabajo que tenemos entre manos. Así que, sí, en cierto modo vamos a hablar de trabajo.

—No te preocupes por eso, para mí también es importante que nos limitemos a tratarnos como jefe y empleada.

—Sabes que no me estaba refiriendo a eso.

Ella le miró arqueando una ceja.

—¿Lo sé?

—Estoy seguro de que sí.

—Que así sea, jefe —dijo, y puso énfasis en la última palabra.

—Fantástico —sonrió con él sorna—. Gracias por estar de acuerdo conmigo —dijo antes de dedicarle su atención a la carta que tenía en las manos—. ¿Qué vas a pedir? Te aconsejo el Tepanyaki de vieiras. Está delicioso.

*¡Le odio! ¿Cómo puede ser tan supermegarracional en este asunto?
¿Cómo ha podido pedirme disculpas por lo que me hizo y sonar tan sincero y*

maduro?

No, espera. Ni siquiera me ha pedido que le perdone porque comprende que me hizo polvo, lo que viene siendo peor.

¡Le odio, le odio y le odio!

Crazy in love.

Cuando Nico entró a las ocho de la mañana en la cocina de la emisora, Natalia ya estaba allí, sirviéndose un café. Llevaban dos días fingiendo que eran pareja y no podía desaprovechar la oportunidad de hacerlo más público todavía, dado lo concurrida que estaba la cocina en ese momento.

Como cada mañana, en la diminuta sala de recreo se congregaban la mayoría de sus compañeros a la caza del café que lograra despejarles. Aunque la tercera planta correspondía exclusivamente a la emisora de radio, los compañeros de prensa escrita y de televisión del grupo italiano para el que trabajaban también se colaban para disfrutar del café de mezcla especial que compraban los de la emisora, previa recolecta semanal en la que al final entraba casi toda la empresa.

Por ello se acercó a la morena y le dio un beso en el cuello. Natalia debía de haberle visto entrar porque no se inmutó ante su contacto, sino que se dio la vuelta y le saludó con una sonrisa que, unida al perfume que emanaba de ella, lograron que las partes menos nobles de Nico se despertaran y dieran los buenos días al mundo.

—Hola —saludó Natalia con una sonrisa—. Tenemos que hablar —

susurró.

—¿Qué sucede?

—Hace quince minutos se me ha acercado Hugo, el de *Dando la nota*, y me ha aconsejado que tenga cuidado contigo, que tú no eres de los que se comprometen con una sola mujer —explicó en un tono bajo y con los labios casi pegados a su oreja.

Para cualquier espectador interesado, la escena pasaría por la de dos enamorados que flirteaban, aunque la realidad fuera otra.

—¿A qué santo te dice eso? No sabía que fuerais tan amigos.

Natalia se lo pensó antes de responder.

—Suele llegar tan pronto como yo, y siempre nos tomamos un café mientras charlamos, aunque tampoco diría que somos amigos.

—Entonces es que le gustas y quiere deshacerse de la competencia —gruñó Nico, más enfadado de lo que hubiera sido lógico, dado que lo suyo con Natalia no era más que una farsa.

Él jamás la había mirado de un modo romántico. De hecho, estaba seguro de que si no la hubiera besado unos días antes, nunca se le hubiera pasado por la cabeza pensar en ella como en una chica o en una posible cita. Por eso había controlado su teatro de manera que, tras aquel beso, no había vuelto a acercar sus labios a los de ella. La tomaba de la mano, la besaba en el cuello, pasaba su brazo posesivamente por encima de sus hombros... Pero

nada demasiado íntimo.

—Estoy segura de que no es eso.

—Pues te equivocas —insistió, recorriéndola con la mirada desde la punta de sus bailarinas hasta su pelo oscuro—. La verdad es que eres muy guapa. Es normal que esté interesado.

Natalia se sonrojó.

—¿Qué ibas a decir tú? Si eres mi novio —bromeó para disimular lo mucho que le había gustado su comentario.

Antes de que pudiera contestarle con una réplica ingeniosa, Natalia se dio la vuelta y siguió con la conversación que estaba manteniendo con algunas compañeras antes de que él llegara.

Su actitud le desconcertaba. No era que se sintiera irresistible o que creyera que todas las mujeres tenían que caer rendidas a sus pies. En realidad se trataba de algo más personal; del hecho de que besarla hubiera supuesto tanto para él y, al parecer, no hubiera sido más que una anécdota para ella.

Quizás le estaba dando más importancia de la que tenía. Tal vez todo se había debido al momento. A besarla por sorpresa. A lo mejor si lo hubiera meditado más, si hubiera estado preparado para hacerlo, el beso no habría sido más que un roce de labios. Una caricia un poco más íntima entre dos buenos amigos que se conocen y se quieren de un modo no romántico.

A lo mejor si la besaba ahí mismo, delante de todos... Si se permitía

verlo como un experimento, la percepción cambiaría y podría dejar de sentirse extraño e incluso culpable por desear a Natalia de un modo que nunca hubiese imaginado.

Decidido a probarse a sí mismo su teoría, asió a su novia falsa por la cintura y, con un solo movimiento, le dio la vuelta y la envolvió entre sus brazos.

—Voy a besarte. Te lo digo porque la otra vez te quejaste porque no te avisé de que iba a hacerlo —dijo en un susurro, como si Natalia no hubiera adivinado sus intenciones por el modo en que la abrazaba o en el brillo de sus ojos.

Y, aunque sabía que iba a ser besada, la sorpresa de sentir sus labios sobre los de ella le produjo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

Nico se coló entre sus labios entreabiertos y la presionó para que le devolviera el beso. Su lengua se metió en su boca y comenzó a jugar con la suya, a acariciarla, a desafiarla, a imponerse. Sus dientes entraron a formar parte del juego. Mordisquearon su labio inferior, presionándola, y Natalia no pudo hacer otra cosa más que aceptar el reto.

El sonido de los aplausos y los gritos a su alrededor quedaron amortiguados por el rugido de la sangre en las venas y el escandaloso latido de su corazón. La realidad se impuso cuando Nico terminó el beso, con la respiración agitada y la sensación de que el experimento había resultado

fallido, certificado por el bulto en sus pantalones.

Besar a Natalia sí que había supuesto algo para él y ya no podía excusarse en que había sido por la sorpresa o la impulsividad. Iba a tener que afrontar que entre ellos había algo que iba más allá de la amistad o de su sentido común.

—Tenemos que hablar —dijo al verla sonrojada y tan excitada como él.

—De acuerdo.

—Después. Cuando termine nuestro turno.

Natalia asintió. Aunque el beso había finalizado, los murmullos de los espectadores seguían entre ellos.

—Hasta luego, Nat.

Nico se metió en la cabina con la lista de canciones preparada y se concentró en hacer bien su trabajo. La parte buena de todo era que ya no tenía que pasarse el día pendiente de Melissa y de sus atenciones. Su relación con Natalia había conseguido marcar unas distancias que él por sí mismo no fue capaz de marcar. El problema era que esa relación que había empezado como una mentira estaba tomando demasiados visos de realidad para los que todavía no estaba preparado.

Se puso los cascos, abrió el micro, saludó a sus oyentes y durante las dos horas que duró el programa desconectó de todo lo que le rodeaba. Incluso

de sí mismo.

Nico tenía bastante claro lo que iba a ofrecerle a Natalia, lo que no sabía era si ella aceptaría o, en cambio, le abofetearía solo por planteárselo.

Por fin había aceptado que estaba interesado en ella. La deseaba como un loco solo con besarla. Imaginarse a sí mismo acariciándola y recorriendo cada pedazo de su piel con los labios le ponía en un estado de taquicardia. En sus planes más inmediatos no entraba una novia, aunque una amiga especial sí. Algo más serio que eso quedaba fuera de toda consideración.

Pero antes de plantearle su propuesta tenía que estar seguro de que lo deseaba aún a riesgo de que su amistad nunca volviera a ser la misma. Por ello, cuando terminó su turno salió a toda prisa de la cabina, con *Marian* de The Sisters of Mercy a todo volumen en su iPod y, sin siquiera despedirse, se marchó a casa. Gracias al trabajo, disponía de tres días para pensar en su propuesta.

Esa misma tarde viajaba a Barcelona para hacer varios programas en directo desde la facultad de periodismo de la Universidad de Barcelona y desde la Autónoma de Barcelona. Y el viernes también estaría en la ciudad condal, presentando junto a una famosa cantante la V Gala de los Premios Ti Amo, donde la emisora y la prensa premiarían a los mejores del ámbito musical europeo.

Tiempo más que suficiente para decidir qué hacer con Natalia y con

sus labios.

Cambios importantes

Tal y como había dicho, el lunes, tras la comida con Olimpia, Martín no regresó a trabajar. Y tampoco lo hizo el martes. No obstante, el miércoles, el jueves y el viernes, cumplió con el horario laboral. Cuando Olimpia llegó a la tienda, él ya estaba allí y había preparado la cafetera.

Ese primer día en que Martín se presentó en la óptica, Olimpia fue informada de la decisión que sus jefes habían tomado respecto a la tónica de trabajo durante el tiempo en que la tienda estuviera asaltada por las obras. De modo que, durante las próximas semanas, la óptica seguiría funcionando y atendiendo a sus clientes, al menos hasta que se hiciera imprescindible cerrarla. En ese momento, Olimpia tendría que acudir al curso de formación que Martín impartiría para que estuviera al día de la nueva política de empresa, conocer a los proveedores y a los laboratorios con los que trabajarían y, en definitiva, aprender lo que significaba formar parte de PG Eyecare.

Los primeros cambios visibles en la óptica se dieron en la indumentaria. La bata blanca llevaba un nuevo logo en un bolsillo y era más corta que la que había estado usando hasta el momento, lo que sin duda la hacía más cómoda.

Lo difícil fue que, aunque el cambio en el lugar de trabajo estaba yendo poco a poco y casi sin que fuera una molestia para Olimpia, el tener que ver a Martín cada día durante ocho horas estaba siendo más complicado de lo que había esperado. Verle le recordaba uno de los peores momentos de su vida; y lo fue no solo porque el hombre al que amaba la hubiera traicionado, sino por cómo la traicionó.

—No empecemos con eso, Pía —la regañó Lola mientras hablaba el jueves por teléfono con ella.

Al *shock* de volver a ver a Martín y de descubrir que era su jefe, tenía que añadir el hecho de que Nico se hubiera ido de viaje y que se encontrara sola en casa, sin nadie con quien hablar o discutir, lo que potenciaba más su sensación de derrota.

—No te preocupes por mí, seguro que son las hormonas —dijo con sorna.

—¿Las hormonas? Perdona, bonita, pero tú no puedes echarle la culpa a esas *mamonas*.

—¿Cómo qué no? Está a punto de venir de visita “la del traje rojo”.

Tras el comentario las dos rieron como crías y la conversación se fue volviendo menos dramática. A pesar de eso, cuando el viernes a las doce Lola hizo su entrada en la óptica, con Adrián durmiendo en la canasta de su carrito de bebé, Olimpia supo que su amiga no se había quedado satisfecha y quería

comprobar con sus propios ojos que estaba bien.

Eso, y el interés de darle un repaso a Martín, al que no había visto en muchos años.

En cuanto le abrió la puerta con el interruptor, salió de detrás del mostrador para sostenérsela y ayudarla a entrar.

—¡Qué sorpresa! —susurró, después de comprobar que su ahijado dormía.

—Necesito unas gafas de sol, y tú siempre me haces buenos descuentos —explicó con expresión inocente.

Olimpia la miró con el ceño fruncido, buscando la respuesta verdadera en su rostro. Tuvo que optar por creerla porque no vio nada que la delatara. Aun así quemó su último cartucho.

—Trabajas en una óptica.

—Ya sabes que nosotros no trabajamos con marcas externas, solo vendemos la nuestra.

—Eso es cierto —aceptó, y añadió con aire profesional—: ¿Buscas algo en concreto?

—Pues sí, quiero unas gafas que estén de moda, que me queden de muerte y que sean el complemento perfecto para cualquier *look*. ¿Tienes algo así?

—Nosotros no, pero quizás en Lourdes puedan hacer algo por ti —se

burló.

—¿Lourdes? —inquirió Lola, desconcertada—. No me suena esa marca. ¿Es nueva?

Olimpia se tragó una carcajada.

—Eso es porque no es una marca, sino una ciudad francesa famosa por sus milagros.

—¡Oye! —se quejó, aunque no podía negar que le había hecho gracia la pulla—. Puede que tenga unos kilitos de más, pero sigo estando estupenda.

Olimpia asintió con vehemencia, le siguió el juego y le enseñó a Lola el surtido en gafas de sol de la tienda. Después de probarse casi todas las que tenían, se decidió por un modelo en pasta negra de Michael Kors.

—Llama a Martín, quiero saludarlo.

—¿Perdona?

—¿Qué pasa? Es un viejo compañero de estudios —se justificó Lola—. Y ya que estoy aquí...

—Eres una traidora —acusó, y antes de que Lola pudiera defenderse Olimpia se dio la vuelta y se acercó hasta el despacho en el que, en ausencia de Gerardo, Martín usaba como propio.

Dio un par de golpecitos en la puerta al tiempo que fulminaba a Lola con la mirada y, cuando escuchó la voz desde dentro diciendo que pasara, abrió la puerta y le pidió que saliera un momento, que había una cliente que

quería hablar con él.

Después, con la misma actitud indolente, regresó al mostrador y se dedicó a preparar las gafas y el recibo de compra para Lola.

—No veo por qué te pones así. Solo quiero saludarle, mi lealtad está contigo. Me ofende que lo dudes.

Olimpia alzó la mirada para clavarla en su amiga, con una expresión burlona.

Antes de que alguna de las dos pudiera decir nada, una voz masculina las interrumpió.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó Martín, acercándose por detrás de Lola.

La morena se dio la vuelta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, Martín, ¿tanto he cambiado que ya no te acuerdas de mí?

El aludido miró a la mujer que le hablaba y que le resultaba familiar. Todavía confuso, volvió la mirada para buscar los ojos de Olimpia. Tras un segundo de vacilación, y al ver la expresión impasible de esta, dio con la respuesta que buscaba.

—¿Lola Calvo? ¿Eres tú? —inquirió con una sonrisa sorprendida.

Aunque ella asintió con la cabeza, fue su sonrisa lo que le ofreció la respuesta.

—Estás estupenda —dijo acercándose a ella para besarla en las

mejillas y abrazarla—. Te has dejado el pelo largo y por un segundo me has confundido —dijo al tiempo que dirigía su mirada al carrito de bebé que Lola tenía delante—. ¿Tienes un hijo?

Ella volvió a asentir, orgullosa.

—Es precioso —alabó mirando al niño—. Y dime, ¿te casaste con Mario? —inquirió de repente. La pregunta hizo que tanto Lola como Olimpia se tensaran.

El motivo por el que Martín conocía a Mario era porque el marido de Lola era uno de los mejores amigos de Nico, y Martín lo había conocido en la época en la que él y Olimpia habían sido novios. El error de Martín fue no darse cuenta de que aquella sencilla pregunta era capaz de remover el pasado.

—Sí, me casé con él —comentó Lola un poco menos sonriente.

—Me alegra mucho haberte visto y haber conocido a tu hijo. — Consciente del cambio, se estaba despidiendo a toda prisa para regresar al refugio del despacho. No es que no fuera verdad que se alegrara de verla, sino que era consciente de que como mejor amiga de Olimpia, Lola no le tendría en mucha estima.

Por ello le sorprendió cuando Lola le invitó a cenar en su casa esa misma noche. Hizo extensible la invitación a su novia, seguramente para averiguar si esta existía.

—Estoy aquí solo. No hay novia —apuntó con una sonrisa.

—En ese caso os espero a Pía y a ti a las nueve. Haremos antes un pequeño aperitivo. ¿Cerráis a las ocho, verdad?

—¿A mí? —preguntó Olimpia, que hasta el momento se había mantenido en absoluto silencio.

—Por supuesto. Tienes que traerlo tú a casa, él no sabe dónde vivo.

—Aunque su tono era amable, la regañó con la mirada.

—Pues le mandas tu dirección —se envaró ella.

—No seas ridícula. Es una reunión de antiguos compañeros de clase, eres imprescindible en ella.

Olimpia bufó antes de responder.

—De acuerdo. Toma, tus gafas. —Le tendió una de las nuevas bolsas para la tienda.

—Me encanta el nuevo logo. Es muy colorido y muy bonito.

—Gracias —aceptó Martín con una sonrisa.

Divertido por la pequeña discusión de la que estaba siendo testigo, estaba claro que Olimpia no tenía ningunas ganas de tener nada que ver con él, y mucho menos compartir una cena. Quizás en otro momento su caballerosidad se hubiera impuesto y habría alegado una excusa para no asistir y evitarle a la pelirroja el mal trago; sin embargo, le podía la curiosidad y, por qué no aceptarlo, las ganas de estar con su exnovia, una de las mujeres más importantes de su vida.

La idea de recuperar el afecto que algún día se tuvieron también le tentaba. Nada a un nivel romántico, se dijo. Solo quería recuperar a la amiga que un día fue.

—De nada. Nos vemos esta noche.

—Espera, te ayudo a salir —se ofreció él, empujando el carro de Adrián.

Lola le sonrió encantada y le siguió fuera, no sin antes mirar a Olimpia, que había fruncido los labios en una línea blanca. Le guiñó un ojo a modo de despedida.

Martín volvió adentro en cuanto vio que Lola se alejaba por la acera con su hijo.

Se acercó hasta el mostrador y puso los codos encima con las manos cruzadas por delante.

—Te recojo a las nueve menos cuarto en tu casa —anunció con seguridad—. No lloves nada, compraré un par de botellas de vino.

Olimpia alzó la mirada para encontrarse con sus ojos oscuros que la observaban con interés.

—Si tú llevas vino, yo compraré unos pasteles. No pienso ir con las manos vacías, ni mucho menos dejar que lleves el vino como si fuésemos una pareja a la que han invitado a una cena.

Martín frunció el ceño.

—Es que nos han invitado a una cena.

—Cierto, pero no somos pareja. Ni siquiera somos amigos.

Revelaciones.

Cuando Martín llamó al timbre de Olimpia a la hora convenida, ella se encontraba lista y sentada, haciendo tiempo en el sofá mientras veía la televisión. Había empezado a prepararse con tiempo suficiente para estar a punto cuando él llegara. Y tenía que admitir que había dispuesto de ese tiempo porque a las siete y media le dijo que podía marcharse a casa para arreglarse con tranquilidad, que él mismo se encargaría de cerrar.

Sin embargo, a pesar de su inesperada consideración, por nada del mundo iba a retrasarse y verse obligada a invitarlo a subir a su casa. Martín era su jefe, nada más. En unos meses volvería a desaparecer de su vida y, cuando lo hiciera, estaba decidida a que no hubiera corazones rotos como la primera vez.

Por ese motivo llegó a casa en tiempo récord y, tras ducharse y lavarse el pelo, se puso un poco de espuma y se lo dejó secar al aire mientras se ponía unos vaqueros pitillo, unos botines de tacón fino y una blusa color vino de seda con un lazo en el cuello.

Así que, cuando sonó el timbre, Olimpia ni siquiera se molestó en abrir el portal. Le dijo que bajaba en seguida, cogió su bolso y, tras cerrar su casa con llave, abrió la puerta del ascensor y bajó hasta el portal.

Al salir a la calle se topó con Martín, que la esperaba. Su coche estaba parado en doble fila, frente a su portal, con las luces de emergencia encendidas.

—Buenas noches, Olimpia.

—Hola, Martín. No hace falta que seas tan formal, hace un rato que nos hemos visto.

Él sonrió con picardía.

—Mi madre me enseñó bien cómo tratar a las damas.

—Permíteme que lo dude —masculló Olimpia entre dientes.

Aunque escuchó la réplica, Martín no dijo nada, sabiendo a qué se refería ella con el comentario. Protestar habría sido inútil además de hipócrita.

Como la vez anterior, le abrió la puerta del coche para que entrara y encendió la radio que mitigó el incómodo silencio. Olimpia se concentró en la voz de Michael Hutchence cantando *Need you tonight*.

Llevaban cinco minutos en el coche cuando Martín rompió el silencio.

—¿Nunca vas a perdonarme?

Ella apartó la mirada de la ventanilla y la clavó en su perfil.

—No te des tantos aires, hace mucho que lo superé y te perdoné. Ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es?

—No confío en ti y no quiero intimar contigo. Quiero el trato justo entre jefe y empleada. No deseo que seamos amigos porque existe la posibilidad que un día vaya al trabajo y tú te hayas ido a tu nueva tienda sin siquiera despedirte.

Martín puso una mueca de dolor, como si hubiera sentido las palabras de Olimpia como golpes directos.

—Has sido muy clara.

—Ya no tengo veinte años.

—Ni yo tampoco. No volvería a hacerte daño de nuevo.

—Es una pena que no pueda creerte —zanjó Olimpia, volviendo su atención a la ventanilla.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos cosas. ¿Puedes culparme por ello?

—No —aceptó, cerrando los ojos un segundo.

Quince minutos después estaban en el ascensor del piso de Lola y Mario, camino de una velada en la que ninguno de los dos tenía mucha fe.

Fue Mario quien les abrió la puerta, alegando que Lola estaba acostando al niño, y tras saludar a Martín con un apretón de manos, abrazó a Olimpia y la escondió detrás de su fornido cuerpo, como si sintiera que era necesario protegerla.

Con su pelo dorado más largo de lo habitual, parecía un león

dispuesto a proteger a uno de los miembros más débiles de la manada.

La suerte hizo que, antes de que el momento se volviera incómodo de verdad, apareció Lola con un vestido de lana gris y zapatos de tacón. Aunque Olimpia estaba muy enfadada con ella por haber organizado la cena sin consultárselo, no podía negar que estaba muy contenta de que hubiera encontrado un motivo para arreglarse y dedicarse tiempo a sí misma.

—Pía, ¿me ayudas en la cocina mientras Lola le enseña a Martín el piso? —propuso Mario sin mirar a su mujer.

—Por supuesto —aceptó confusa.

Mario se hizo a un lado para que ella pasara primero y después la siguió a la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó Olimpia, notando que el ambiente estaba enrarecido. Aunque Lola estaba preciosa, Mario no la había mirado en ningún momento.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí. Bueno... No era como pensaba pasar la noche del viernes, pero tampoco...

—Lola está loca. Le he preguntado que en qué narices estaba pensando cuando se le ocurrió invitarle, y ¿sabes qué me ha dicho?

—Déjame adivinar... Ha culpado a las hormonas.

—¡Bingo!

Olimpia se tragó una sonrisa para no alterar más a su amigo.

—No te enfades con ella —pidió, orgullosa de la lealtad de Mario.

—¿Cómo no voy a cabrearme? No solo eres una buena amiga, eres la hermana de uno de mis mejores amigos y se supone que mi mujer te adora, yo no...

—Respira hondo —le cortó Olimpia—. Estás muy estresado. No pasa nada, es solo una cena. Además, tampoco es que no vea a Martín cada día, con cena o sin ella. Recuerda que es mi jefe.

—Está bien, pero te sentarás a mi lado. Así, si la conversación se vuelve incómoda, siempre podrás darte la vuelta y hablar conmigo.

Olimpia le ofreció una sonrisa de oreja a oreja antes de lanzarse a darle un abrazo.

—Eres un amigo maravilloso. Lola tiene mucha suerte de tenerte. — Y añadió con una sonrisa separándose de él—: Aunque tú también la tienes, Lola es especial.

—Ya sé que es especial, ¿te crees que iba a quererla tanto si no lo supiera?

Antes de sentarse a la mesa, Mario puso el CD de Explosions in The Sky, un grupo fabuloso de música instrumental. Las notas del primer tema resonaron en la sala. La música era perfecta como fondo en una conversación

entre amigos, y tan suave que no despertaría a un bebé dormido.

Diez minutos después de sentarse a cenar, Mario ya miraba a Lola con ojos golositos, sobre todo después que él y Olimpia se terminaran la primera botella de vino. La segunda estaba ya abierta, y ni Lola, que se negó siquiera a probarlo porque le daba pecho a Adrián, ni Martín, que tenía que conducir, aceptaron que les llenaran la copa. Así que fueron Mario y Olimpia los que dieron buena cuenta de ello, regando el solomillo Wellington que Lola había preparado para cenar.

Aunque Olimpia no acostumbraba a beber, todavía no se había acostumbrado a tener a Martín cerca, a verle cada día. Y mucho menos a estar con él rodeado de amigos comunes. La nueva situación la empujaba a pensar en cómo habría sido su vida si él no se hubiese marchado del modo en que lo hizo. ¿Habría sido capaz de perdonarle por el engaño? ¿Habría dejado pasar un tiempo y, quizás después, le habría dado una oportunidad? Las preguntas se sucedían en su cabeza y para su desgracia lo único que conseguía acallarlas era el vino.

La anfitriona, por su parte, se mostró encantadora, aunque pendiente de su hijo, lo que le hizo ausentarse en repetidas ocasiones de la mesa. A pesar de haberse llevado consigo de la habitación de Adrián una pequeña cámara con forma de walkie talkie para escuchar y ver al pequeño.

—Olimpia, ¿te encuentras bien? —preguntó Lola mientras tomaban el

café. Solo Martín y ella seguían sentados en la mesa. La pelirroja se había dejado caer en un sillón y había cerrado los ojos.

—Sí, es que tengo sueño —contestó con voz pastosa—. Estoy cansada.

—¿Te quedas a dormir en casa? —ofreció su amiga, mirando hacia el sofá en el que roncaba su marido, quien también había abandonado la mesa del comedor.

—No, me voy a mi casa. Mañana trabajo —dijo, y volvió a cerrar los ojos.

Lola sonrió y miró a Martín en busca de ayuda.

Eran los únicos que no habían bebido apenas y seguían sentados alrededor de la mesa, charlando y disfrutando del café.

—No te preocupes. La dejaré en casa sana y salva.

—No va a poder abrir la puerta y mucho menos meterse en la cama —expuso ella sin ambages.

—Me haré cargo de todo. Te lo prometo.

—No sé si es...

—No se lo diremos —ofreció con una sonrisa traviesa en los labios —. Nunca sabrá que fui yo quien la metió en la cama.

Lola soltó una carcajada.

Una parte de ella sabía que invitarle a cenar era una locura; sin

embargo, otra era perfectamente consciente de la vitalidad y la fuerza que Olimpia mostraba cuando él estaba cerca. Las reacciones de Martín a la presencia de su amiga también la animaron. Después de todo, no podía evitarlo: era una romántica y sentía que debía arreglarlo. O por lo menos, intentarlo.

—De acuerdo, pero prométeme una cosa: no mires mucho.

Parpadeó sorprendido.

—Lo prometo, aunque va a ser lo más difícil que he hecho en mi vida

—apuntó con una sonrisa que desapareció en cuanto vio la expresión intrigada de Lola.

—¿Por qué lo hiciste, Martín?

Él suspiró y dejó caer los hombros como si se sintiera derrotado.

—Prométeme ahora algo tú a mí. Prométeme que nunca le dirás lo que voy a contarte. Sé que te pido mucho, pero no te lo diré si no me lo prometes.

Lola dudó unos instantes, pero la curiosidad pudo con ella.

—Está bien. Lo prometo.

Martín volvió a tomar aire con fuerza antes de hablar.

—No pasó nada.

Dos rombos.

La semana había resultado agotadora, de facultad en facultad y con el colofón de la entrega de premios. Aunque lo peor había sido que, a pesar de la vorágine de eventos y de trabajo que Nico había tenido que afrontar cada día, en ningún momento pudo quitarse de la cabeza a Natalia.

Por eso se marchó al hotel cuando la fiesta posterior a los premios estaba en su mejor momento, desoyendo las insinuaciones de *partenaire* en los mismos.

Eran las tres de la mañana y en lo único en lo que podía pensar era en qué estaría haciendo Natalia. Se había pasado la última hora entrando en su perfil de WhatsApp para ver que si se había conectado de nuevo o ya se había acostado.

Cansado, se dejó caer sobre la cama y se quitó los zapatos. El lunes, cuando se fue del estudio, lo hizo convencido de que los días siguientes le permitirían tomar decisiones y organizar el caos que era su cabeza. Sin embargo, su mente se había dedicado a pensar en Natalia en lugar de buscar la solución a su dilema.

Por enésima vez esa noche, cogió el móvil y entró en el hilo de su

última conversación con ella, aunque en esta ocasión le escribió un mensaje preguntándole si no debería estar ya durmiendo.

La respuesta tardó unos segundos en llegar. Nico vio cómo la aplicación le avisaba primero que Natalia había leído su mensaje, con las consabidas marquitas azules, y después, que estaba escribiendo una respuesta. Una respuesta que consistió en una única palabra: “Llama”.

No necesitó nada más. Antes de que pudiera agregar otro comentario, ya estaba saliendo de la aplicación y marcando su número.

—¡Vaya, qué sorpresa! Si tienes mi número de teléfono y todo — comentó Natalia con ironía.

No había esperado que Nico la llamara todos los días como si de verdad fueran pareja; sin embargo, tampoco había imaginado que se marcharía sin despedirse después de besarla y decirle que tenían que hablar.

—Lo siento, he estado liado.

—Ya me imagino, ¿y a qué se debe este honor?

—Tenía ganas de hablar contigo. Al ver que estabas despierta...

—No intentes llevarte el mérito, he sido yo quien te ha pedido que llamas. Tú querías intercambiar mensajes.

—No sabía si estabas ya en la cama.

—Pues no lo estaba. Acabo de llegar a casa —anunció con despreocupación.

—¿Has salido con alguien? —inquirió cortante.

Ella sonó complacida por su ataque de celos cuando respondió:

—No te preocupes, tu mentira sigue siendo creíble. He salido con mi hermana y sus amigas, pero espero que cuando vuelvas me pagues el sacrificio que estoy haciendo en nombre de nuestra amistad y me invites a cenar. Un chico guapísimo ha coqueteado conmigo esta noche y he tenido que decirle que no.

Nico rio por el descaro de Natalia. Le encantaba que siempre le dijera las cosas tal y como las pensaba.

—Me parece justo.

—Elijo yo el restaurante —apostilló muy seria—. No creas que me voy a conformar con cualquier cosa.

—De acuerdo, pero piensa en mi maltrecha economía... Incluso tengo que compartir piso con mi hermana.

—Eso lo haces para evitar llevar mujeres a tu casa y que piensen que vuestra relación va por buen camino. Con la excusa de tu hermana, eres tú el que va a sus casas y el que las mantiene alejadas.

—Eres demasiado lista. Tendré que matarte para que no divulgues mis secretos. —bromeó.

Natalia respondió riendo a carcajadas.

—Me gustaría verte intentándolo.

—Eres una chica dura. ¡Me gusta!

—¿Cuánto? —preguntó en un tono que hizo que a Nico se le pusiera el vello de punta.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto te gusta?

—Mucho. Esperaba hablar de esto cara a cara, pero... Estoy pensando que lo mejor es que te lo diga ahora. Así, si no estás interesada, cuando vuelva haremos como que esta conversación nunca ha existido. ¿Estás de acuerdo?

—Si es lo que tú quieres... Ahora mismo puedo decir muy poco porque no sé de qué va lo que quieres decirme.

—Solo di que estás de acuerdo en que si no funciona olvidaremos esta conversación y seremos tan amigos como siempre —pidió con el pulso latiendo descontrolado en su garganta.

—De acuerdo. ¡Cuéntame!

—Ahí voy... —Se detuvo un instante para tomar impulso y exponerle su propuesta—. Me siento atraído por ti y me gustaría que nos planteáramos hacer algo al respecto. Sabes que las relaciones no van conmigo. Somos amigos así que no hay posibilidad de que haya mentiras ni medias verdades. Me gustaría explorar lo que siento por ti, sin ataduras ni obligaciones.

El silencio reinó en la línea durante unos segundos.

—Deduzco que tras tu discurso de lo que hablas es de sexo. Quieres que nos acostemos juntos sin que eso signifique nada.

—Básicamente es eso. Sí.

—De acuerdo.

Nico se atragantó con su propia saliva. En ninguno de sus mejores sueños hubiera imaginado que ella aceptaría con tanta facilidad.

—¿De acuerdo? ¿Sí?

—Con una condición.

El optimismo de Nico cayó tres enteros. Ya sabía él que no podía ser tan fácil.

—¿Cuál?

—Durante el tiempo que dure, sea el que sea, no podremos acostarnos con nadie más. Seremos monógamos.

Pues sí que podía ser tan fácil.

—Me parece bien.

—En ese caso, llámame cuando vuelvas y quedamos. —Sus palabras sonaron a despedida, por lo que Nico se apresuró a hablar.

—¿Y ya está?

Natalia rio y su risa activó la sangre de Nico.

—Por supuesto que no. Si estás muy necesitado podemos empezar ahora mismo. —Volvió a reír ella.

—¿Sexo telefónico?

—¿Por qué no? Yo estoy dispuesta a probar casi cualquier cosa que me propongas —susurró con sensualidad.

Nico notó cómo su erección intentaba salir de sus pantalones.

—Te prometo que te voy a recordar estas palabras. Ahora dime qué llevas puesto para que pueda quitártelo.

—Ya te he dicho que acabo de llegar. De hecho, me estaba desnudando cuando has llamado. Ahora mismo solo llevo unas braguitas y mis tacones favoritos.

Nico se rio abiertamente.

—Tú nunca llevas tacones. —Siguió riendo.

Natalia sonó indignada.

—Sí que los llevo cuando salgo y si no vas a jugar bien te cuelgo ahora mismo.

Nico tuvo que controlarse para no seguir riendo.

—Tienes razón. Sigue.

—De eso nada, ahora te toca a ti decirme qué llevas puesto.

—Pues yo ya estoy en la cama y duermo desnudo. ¿Ahora qué?

—Ahora me cuentas cómo te tocas pensando en mí —propuso Natalia.

—¿Sabes? Como en estas lides el novato soy yo, lo mejor es que seas

tú quién empiece.

Durante unos instantes no hubo respuesta al otro lado de la línea. Nico creyó que tal vez la había presionado demasiado: primero la oferta de que fueran amigos especiales y después el sexo telefónico. Aunque, si lo meditaba, estaba seguro de que había sido ella quien llevaba la voz cantante.

—Mientras hablabas me he deshecho de la ropa que me quedaba, y ahora estoy desnuda sobre unos tacones de diez centímetros. ¿Y sabes qué? No dejo de pensar que ojalá estuvieras aquí para que fueran tus manos las que me acarician y no las mías.

—Dime cómo te acaricias —pidió con la voz ronca.

—Ahora mismo mis manos están sopesando mis pechos mientras dejo que mis dedos, pulgar e índice, presionen mis pezones, que están duros e erectos. Es una pena que no pueda saborearlos. Dime, Nico ¿a ti te gustaría probarlos?

—Me gustaría mucho, pequeña.

La respuesta de ella fue un suave quejido que alteró la respiración de Nico más que una caricia directa.

—¿Qué haces ahora?

—Compruebo lo mojada que estoy. Mis dedos resbalan porque estoy muy, muy mojada ahí abajo.

—¡Joder, Natalia! ¡Qué bien lo haces! —alabó Nico con la mano

sobre su erección.

Ella rio con suavidad.

—Eres tú, que me inspiras. Te aseguro que es mi primera vez.

—Tócate, Nat, y cuéntame cómo lo haces.

—¿Qué te parece si en lugar de contártelo te dejo que lo escuches? —

ofreció con picardía.

—¡Por favor! Sí.

—Voy a poner el teléfono en manos libres —explicó Natalia.

Y durante unos minutos lo único que se escuchó en la línea fueron gemidos, suspiros y algún que otro gruñido.

Más difícil.

Siempre he sido muy Scarlett O'Hara. No porque compartamos su precioso pelo negro ni por sus increíbles ojos verdes. Ni siquiera por la facilidad con la que conquistaba corazones, sino más bien por ese punto de indolencia que la llevaba a creer que, si no piensas en ellos, los problemas pueden dejarse aparcados hasta el día siguiente.

Aunque con el tiempo he terminado por darme cuenta de que hay problemas que no podemos dejar de lado ni olvidar, y mucho menos fingir que no existen porque te calan tan hondo que los llevas a cuestas en todo momento y te atormentan dormida o despierta.

Supongo que Martín es uno de esos problemas de los que hablo, porque desde que ha regresado a mi vida ha traído consigo todos los temores y las viejas inseguridades que creía haber superado a lo largo de estos últimos años.

Martín decidió que cargar con Olimpia era más fácil que sujetarla por los hombros y la cintura y esperar a que ella colaborara para llegar hasta el ascensor. Sacarla del coche ya había sido toda una odisea, por lo que lo más

acertado era ponérselo fácil esta vez. Cuando la tomó en brazos sintió cómo ella se relajaba, y se estremeció al notar sus dedos deslizándose por su nuca y acariciándole el cabello.

Sonrió para sí mismo al pensar en la reacción de Olimpia si supiera lo que estaba haciéndole a su cuerpo.

—Hueles muy bien —apuntó ella con la voz pastosa por el alcohol.

—Gracias. Tú también. —Y era cierto. Al tenerla tan cerca sentía su aroma, que persistía por encima del olor a vino.

—¡Humm! —ronroneó pegando la nariz a su cuello.

Martín tensó los músculos de los brazos alrededor de ella y, con cuidado de no dejarla caer, abrió la puerta del ascensor.

—Olimpia, necesito las llaves de tu piso.

—¿Humm?

—Las llaves —pidió de nuevo.

Ella apartó la cara del hueco entre el hombro y el cuello en que la había escondido, y le miró con los ojos brillantes por el alcohol.

Le tendió el bolso con una mano temblorosa.

Haciendo malabarismos, logró encontrar las llaves y abrir las puertas; primero la del portal y después la del piso de Olimpia. Iba a dejarla en pie una vez que cruzaron el umbral, pero la poca estabilidad que mostró ella hizo que no se arriesgara.

—Nena, ¿dónde está tu dormitorio? —pidió, encendiendo todas las luces que encontró a su paso.

Ella señaló con el índice una puerta cerrada y Martín suspiró resignado a abrirla también.

Una vez dentro, la dejó con cuidado sobre la cama y colgó su bolso del respaldo de la silla de su escritorio. Tras una inspección visual, se encontró en la tesitura de que la única pieza de ropa que había a la vista era un camión de manga larga con pinta de camiseta deportiva que debía de cubrirla hasta medio muslo.

—Allá voy. —Se animó, agachándose para quitarle los botines—. Tampoco es que no haya visto nada de esto antes —murmuró. Pero la idea, en lugar de resultar tranquilizadora, fue un completo desastre.

Con cuidado para no despertarla y tocarla lo menos posible, le desabrochó los pantalones y tiró de ellos hacía abajo.

Olimpia se quejó quedamente, logrando que la entropierna de Martín se activara.

—No te preocupes, nena. Cuidaré de ti.

Se quedó inmóvil, sujetando todavía los pantalones, cuando ella se incorporó y clavó en él la mirada.

—No me llames “nena”. Es sexista y no me gusta —protestó.

Él sonrió con admiración.

—Lo siento. Supongo que llevo tanto tiempo en los Estados Unidos que algunas palabras las traduzco del inglés casi sin darme cuenta. Olimpia le miraba confusa—. No intentes entenderlo ahora, nena... Digo, Olimpia. — Soltó una carcajada sensual que hizo que la poca lucidez que ella conservaba se evaporara de golpe—. Duérmete, mañana estarás mejor.

—No quiero dormir. Quiero que me beses.

—No, no quieres que lo haga. Estás confusa, eso es todo.

—Estoy bien y no pienso dormirme hasta que me beses —insistió ella ceñuda.

Martín por fin soltó los pantalones en el suelo de cualquier manera.

—De acuerdo, pero con una condición. Ayúdame a ponerte esto. — Buscó el camisón y lo alzó—. Y te daré el beso que me pides.

Ella asintió con la cabeza, pero la vehemencia del gesto le hizo arrugar el ceño.

Martín disimuló una sonrisa, que se le quedó atascada en la garganta cuando Olimpia se sacó la blusa por la cabeza, sin desabotonarla y, un segundo después, hizo lo propio con el sujetador, dejando sus pechos expuestos a la ávida mirada de Martín. La visión le paralizó unos instantes. Olimpia, sin darle más importancia, alzó los brazos para que él le pusiera el camisón.

Acercarse a ella y comportarse como un caballero fue uno de los

momentos más duros que Martín podía recordar en ese momento.

No tenía ganas de cubrirle los pechos, al menos no con ropa. Prefería hacerlo con sus manos o sus labios.

—Ahora el beso —pidió con una tentadora sonrisa.

La mención del beso hizo que los pensamientos de Martín cambiaran de los pechos a su boca.

Al ver que él se lo pensaba mucho, Olimpia insistió.

—¡Me lo prometiste!

—De acuerdo, pero tumbate en la cama.

Obediente, hizo lo que le pedía sin despegar la mirada de él, que se estaba quitando la chaqueta, los zapatos y vaciándose los bolsillos del pantalón.

Una vez lo dejó todo bien colocado, se tumbó a su lado, con la esperanza de que la demora hubiera logrado que se durmiera. Pero Olimpia seguía esperando su pago.

—Cierra los ojos —susurró, acercándose a su rostro y sintiendo su tibia respiración en la mejilla.

Solo lo separaban de ella unos pocos centímetros. Como si quisiera comprobar que él seguía allí, Olimpia abrió los ojos y le miró interrogante.

—¿No quieres?

—Mucho. Ese es el problema.

Ella sonrió.

—Creo que he bebido demasiado porque yo también quiero mucho.

No fue necesario que dijera nada más. Martín cruzó los escasos centímetros que separaban sus bocas y la besó. Primero con ansia; tomándose su tiempo después. Redescubriendo el sabor y la textura de unos besos que creía olvidados y que ahora sabía que siempre habían estado presentes, en cada uno de los que había dado desde entonces. Guardados en lo más profundo hasta el instante en que pudiera dárselos a su legítima dueña.

Cuando Olimpia abrió los ojos creyó que le iba a estallar la cabeza, y su estómago tampoco estaba en mejor situación. A pesar de sentir el cuerpo como si fuera un derribo, no podía quitarse de la cabeza una conversación que escuchó entre la neblina de la borrachera. O que creyó escuchar. Tampoco podía deshacerse de la sensación de que había besado a Martín.

Se sentó en la cama de golpe y buscó a tientas la luz de la lamparilla de noche. Su dormitorio estaba como siempre. Quizás un poco más recogido de lo que lo había dejado la noche anterior, pero nada que indicara que había tenido lugar allí una noche loca.

Sin embargo, lo que realmente la alarmó fue el hecho de haber dormido en su cama y llevar puesto su camisón. ¿Por qué no podía acordarse de cómo llegó hasta allí? ¿Cómo se había cambiado de ropa?

Dándose por vencida, se levantó de la cama y salió en busca de un vaso de agua. Tenía la boca pastosa. Estaba cruzando el comedor de camino a la cocina cuando al caer en la cuenta gritó.

—¿Qué sucede? —inquirió Martín, asomando la cabeza encima del sofá—. ¿Estás bien? —preguntó con los ojos medio cerrados.

—¿Qué haces aquí? ¿De dónde has salido? —Olimpia comprendió que ya tenía respuesta a su pregunta sobre cómo había llegado a la cama. Con disimulo, se rozó los pechos con los brazos y confirmó lo que ya se esperaba. No llevaba sujetador, pero ¿y bragas...?

—Del sofá —afirmó al tiempo que se señalaba—. Respecto a qué hago aquí, asegurarme de que estás bien. Por cierto, deberías cambiar de sofá, es incomodísimo.

—Claro, la semana que viene compraré uno con *chaise longue*, ¿te parece bien?

—Perfecto. ¿Por qué has gritado?

—¡Ostras! —volvió a alzar la voz al acordarse—. Llego tarde al trabajo.

Martín se levantó por completo y Olimpia pudo ver lo arrugada que llevaba la ropa.

—No llegas tarde al trabajo.

Olimpia se puso más pálida de lo que ya estaba.

—¿Me has despedido?

Él se echó a reír con fuerza, lo que hizo comprender a Olimpia que no había bebido tanto como ella, porque solo de escucharle creía que se le iba a caer el cerebro a trozos.

Se llevó las manos a las sienes y al verla Martín trató de parar.

—Lo siento. Es que me ha hecho gracia comprobar la buena impresión que tienes de mí. ¿Te duele la cabeza?

—Un poco. Entonces, ¿no estoy despedida?

—De momento no —bromeó él—. ¿Tienes café?

Olimpia se permitió sonreírle.

—Tengo.

—En ese caso incluso es posible que te ascienda y termines siendo la jefa.

Un paso necesario.

Hay veces en las que ni me gusto ni me siento orgullosa de mí misma. Reconozco que sucede en muy pocas ocasiones, pero cuando sucede, sucede. Y me siento peor que cuando es otro el culpable de mi mal humor. Soy mi propio Pepito Grillo, y ahora mismo no me caigo muy bien. Si fuera de madera tendría la nariz tan larga como la de Pinocho, porque he empezado a contarme una mentira que cada vez se vuelve más grande.

De modo que, para conseguir mi perdón, voy a tener que hacer cosas que, si mi sentido de la culpabilidad no estuviera tan afilado, ni siquiera me plantearía.

Era una cretina y una resentida. No había otra explicación que justificara lo que había hecho. Además de emborracharse y de hacer el ridículo más absoluto, y tras permitir que Martín la cuidara, e incluso que se encargara de llamar a su jefe para que la sustituyera en la tienda, se había limitado a darle un café que él mismo había pedido y esperar a que se marchara para lamentarse en soledad.

De acuerdo que estuviera aturdida al despertarse con resaca y encontrarle allí, durmiendo en su sofá, pero ni siquiera eso justificaba su

actitud. Tendría que haber sido un poco más amable... Agradecida, incluso. Y, sin embargo, se había limitado a parecer ansiosa por deshacerse de él.

Por ese motivo se sentía culpable. Y sobre todo, absurda.

Aunque tenía ciertas lagunas, recordaba la peor parte de la noche. El alcohol no había sido capaz de borrar la escena en la que pidió a Martín que la besara, y él, en lugar de aprovecharse de la situación, se había limitado a complacerla y a esperar que se durmiera.

Quizás todas las decisiones que había tomado desde el regreso de Martín estaban tan equivocadas como la de esa mañana cuando se deshizo de él sin miramientos. Tal vez sí que podía permitirse una amistad con él. Después de todo, ya no eran tan críos y, tal y como le había demostrado la noche anterior, Martín era capaz de dormir en su sofá para asegurarse de que estaba bien y ser solo su amigo.

Lo que acreditaba que los años pasados le habían convertido en una persona distinta, madura y de confianza. Tras su inesperado reencuentro, Olimpia había descubierto que Martín no había estado derrochando el dinero de la muerte de su padre, sino que lo había invertido y ahora era un empresario de éxito. Imaginarle viviendo a expensas de tan trágico suceso, del dinero con que la empresa había indemnizado a la familia tras el accidente, había mitigado un poco el dolor de Olimpia por el abandono. Después de todo, podía permitirse el lujo de recordarse a sí misma que aquel

chico no merecía la pena; que un hombre capaz de vivir a lo loco con el dinero recibido por la muerte de un ser querido no era digno de ninguna de las lágrimas que había derramado por él.

Descubrir que había estado equivocada le dejaba un sabor agrisado, y la seguridad de que si volvía a cultivar su amistad esta vez no se marcharía de un día para otro sin molestarse en despedirse. Lo que, siendo sinceros, le daba un miedo atroz.

Porque, regresando a lo que le preocupaba, la otra posibilidad por la que no se hubiera aprovechado de la situación la noche anterior era demasiado dolorosa para tenerla en cuenta. Que no estuviera interesado en ella era más deprimente que aceptar que había cambiado. Plantearse siquiera que no tuviera más interés que el de establecer una productiva relación profesional... Dolía como el demonio.

Y tampoco podía olvidarse de la conversación que había creído escuchar entre la neblina de su aturdimiento etílico. Una conversación sobre la que necesitaba indagar y cuyas respuestas la asustaban más que nada en el mundo.

Con un suspiro resignado, sacó el teléfono del bolso, en el que seguía desde la noche anterior. Revisó las llamadas y los mensajes de Lola, a los que no respondió. Una cosa era sentirse mal consigo misma por el modo en que había tratado a Martín, y otra bien distinta perdonar a su mejor amiga

metomentodo. Entonces marcó el número de la tienda.

Sabía que no era buena idea poner a Gerardo al tanto de sus planes, aunque también era consciente de que no disponía de otro modo de conseguir el número de teléfono de Martín.

Se había esforzado tanto esos días por no saber nada de él, nada que le hiciera bajar la guardia, que ni siquiera estaba al tanto de dónde se alojaba. Desconocía si todavía mantenía su antiguo piso, si se había alquilado otro o si por el contrario vivía con su madre, dado el poco tiempo que iba a quedarse en la ciudad.

Contra todo lo esperado, Gerardo se limitó a darle el número que Olimpia pedía y a preguntarle cómo se encontraba.

—Me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto.

—Tómate un paracetamol y come algo. Te sentirás mejor después — aconsejó.

—Siento haberte dejado colgado.

—No te preocupes. Ha venido Arturo a echarme una mano —la tranquilizó.

Si le extrañó que le pidiera el número de su sobrino, no hizo alusión alguna, lo que consiguió que la pelirroja se relajara y que afrontase el reto de llamar a Martín con más calma de la esperada.

Antes del cuarto tono le respondió su voz somnolienta.

—Dígame.

—Martín, soy Olimpia —saludó. Escuchó ruido a través de la línea, como si se hubiera movido.

—Hola, ¡qué sorpresa! ¿Te encuentras mejor? —preguntó mientras se sentaba en la cama.

—Sí, parece que al final no me va a estallar la cabeza, lo que ya de por sí es un éxito.

—Me alegro —respondió sin saber muy bien qué decir.

—Bueno, en realidad te llamo para invitarte a comer. Quería agradecerte lo que hiciste por mí ayer.

—No hay nada que agradecer —la interrumpió.

—Sí que lo hay, aunque ese no es el único motivo de mi invitación.

—Se calló para infundirse ánimos. “¡Venga Pía, sé valiente!”, se animó—. Lo cierto es que necesito dejar de guardarte rencor para poder verte como una persona y no como el tipo rastrero que me dejó plantada. Tengo la esperanza de que comer juntos sea el primer paso.

Martín se presionó las sienes antes de hablar. Se sentía culpable, nervioso y emocionado por la llamada. Tampoco podía olvidar que había amado a esa mujer insegura que se había arriesgado a llamarle.

—No era mi intención hacértelo pasar mal con mi regreso.

—Bueno, tampoco sabías que yo trabajaba para Gerardo. ¿No?

Martín se mordió la lengua antes de obviar la pregunta y retomar la anterior.

—Ya comimos juntos y no funcionó.

—¿Eso es un “no”?

—No. Solo constato un hecho.

—Bueno, no te preocupes por eso. Siendo sincera te diré que iba bastante predispuesta en tu contra.

Martín soltó una carcajada, más de sorpresa que de alegría, que retumbó en la cabeza dolorida de Olimpia.

—Al menos eres sincera. —Hizo una pausa para pensar cuál era la mejor decisión para ambos—. De acuerdo, aunque no será una comida. Ya tengo planes —mintió. El único plan que tenía era dormir y recuperar las horas que se había pasado en vela mirándola, pero eso Olimpia no tenía por qué saberlo—. ¿En lugar de una comida te sirve una cena?

—Me sirve. ¿Dónde quedamos?

—No, no. De eso nada. —Se rio, cada vez más animado—. No intentes escabullirte. Tú me has pedido una cita, así que tú me recoges en casa. Seamos serios.

Olimpia sonrió a pesar de sí misma y se mordió la lengua para no entrar en polémicas sobre si lo de esa noche iba a ser una cita o no.

—De acuerdo. ¿Dónde te estás alojando?

—En mi casa. ¿Recuerdas la dirección o te la doy? —La pregunta no intentaba ser capciosa sino práctica. El problema es que Martín no se dio cuenta del doble sentido hasta después de haberla formulado.

—Me acuerdo —aceptó Olimpia con los dientes apretados. Su humor se había desvanecido por completo—. Te recogeré a las ocho y media, yo me encargo de la reserva. Después de todo, te he invitado yo.

Y antes de que Martín pudiera intentar arreglar la situación, Olimpia colgó el teléfono.

“Qué lerda que eres”, se dijo. “Mira que sentirse mal por alguien tan insensible como Martín”. Sin embargo, no se arrepentía de haberle invitado aunque ya no le pareciera tan buena idea. Si lo hubiera meditado, habría encontrado diez mil maneras de darle las gracias y de recuperar su amistad sin salir con él; pero haber afrontado la situación la hacía sentirse orgullosa de sí misma.

Si de algo estaba segura, era que tenía que pasar página.

Antes de su reaparición creía que esa parte de su vida estaba superada, pero después de volverlo a ver descubrió que no era así. Tendría de haberle puesto sobre la pista la desconfianza visceral que le inspiraba el sexo masculino.

Sin embargo, pasado lo pasado, ahora tenía la posibilidad de cerrar esa puerta para siempre con una cita de despedida. O una cita de recuperación

de la amistad perdida, según se mirara. Fuera como fuese, una cosa quedaba clara: iba a ser una cita muy poco convencional.

Poco ortodoxo.

Volver a esa casa no era algo que Olimpia hiciera de buena gana. A pesar de ello, hacerlo era una parte importante del exorcismo que la liberaría del pasado. Por eso se armó de valor y bajó del coche con la firme decisión de no derrumbarse. Había aparcado en la calle de atrás, por lo que dispuso de unos minutos más para mentalizarse.

Había conocido a Martín con dieciocho años recién cumplidos y muy poca experiencia con chicos, a pesar de vivir rodeada por Nico y sus amigos. Aunque había salido con algunos nunca había ido más allá con ninguno de ellos, porque a pesar de su fuerte carácter era una romántica que creía en el sexo por amor.

Martín irrumpió en su vida a lo grande. Nada más conocerlo le removió las entrañas. En un primer momento porque le pareció uno de los chicos más guapos que había visto nunca; y al segundo después, porque descubrió que era un cretino redomado.

Su antagonismo fue convirtiéndose en algo más profundo y terminaron enamorados. Era la primera vez que Olimpia se enamoraba y lo dio todo. Su virginidad, sus sueños, su confianza, su corazón...

El resultado de ese amor truncado se había traducido en desconfianza

y en citas intrascendentes, que no iban más allá de relaciones esporádicas y nunca llegaban a buen puerto. Jamás salía con alguien que fuera capaz de atraerla de ese modo romántico en el que antes había creído a pies juntillas. Tampoco es que ya no creyera en el amor; lo que sucedía era que no confiaba en él.

Por ello tenía la esperanza de que si era capaz de superar lo suyo con Martín, su vida amorosa se recompondría y sería capaz de volver al mercado en busca de algo más serio que lo que se había permitido encontrar hasta entonces.

De un modo instintivo, se alisó la falda antes de llamar al timbre del portal. Aunque había pretendido dejarle claro a Martín con su atuendo que no era una cita, no había podido resistirse a estrenar una de las faldas lápiz que se había comprado con Gerardo la tarde en que su vida se fue a pique.

—¡Sube! —pidió Martín, y colgó el telefonillo antes de que ella pudiera negarse.

Siempre podía llamar de nuevo y decirle que le esperaba abajo, pero acobardarse no entraba en sus planes esa noche. De modo que, entró, fue hasta el ascensor y pulsó el botón de la tercera planta.

Se encontró con la puerta abierta y el piso lleno de cajas apiladas en el pasillo.

—Salgo en un minuto —dijo alzando la voz desde el dormitorio.

—Muy bien.

Olimpia centró su atención en lo que veía, no queriendo pensar en que Martín estaba en su dormitorio, probablemente desnudo o terminando de vestirse. De acuerdo que quisiera retomar su amistad sin nada romántico de por medio, pero una no era de piedra y para colmo tenía una imaginación muy vívida.

Respiró hondo para calmarse y se concentró en otra cosa. Lo menos peligroso era escudriñar la salita en que estaba. Daba directamente a la entrada con un corto pasillo a la derecha. Los muebles que la componían eran los mismos que ella recordaba de años atrás. El sofá, el estante para la televisión... Incluso esta era la vieja reliquia ancha y abombada en la que había visto infinidad de películas con Martín. Olía igual, como si estuviese en el campo rodeada de pinos.

—Siento haberte hecho esperar —apuntó Martín, acercándose a ella con paso decidido.

La pelirroja le observó acercarse un poco desconcertada, hasta que comprendió que Martín pretendía darle dos besos a modo de saludo.

—No pasa nada. ¿Ya estás listo? —preguntó para disimular su incomodidad. Hablar siempre camuflaba cualquier malestar.

Él asintió, divertido por el cambio de roles.

—Pues, vamos —pidió, saliendo la primera.

Martín se colocó a su lado tras cerrar la puerta y la siguió en silencio. Los minutos en el ascensor fueron incómodos por culpa del silencio.

Salieron al portal y caminaron hasta el coche de Olimpia.

—Este es mi coche —indicó ella, señalando un Volkswagen negro.

—Un Golf. Te pega —comentó él.

—Gracias, pero no esperes que te abra la puerta como haces tú —pinchó en un intento de controlar la situación.

Por algún motivo se sentía nerviosa, y que Martín la observara con tanto interés no ayudaba a que se calmara.

La respuesta de él fue sonreír con disimulo.

Ansiosa por terminar con ello cuanto antes, encendió el motor y bajó el volumen de la música. En el lector de CD sonaba en ese instante *Closer to the edge* de Thirty seconds to Mars.

—¿Adónde vamos a cenar?

—Ya lo verás —respondió con un brillo travieso en los ojos.

Quince minutos más tarde, cuando Olimpia estacionó en el aparcamiento de la cadena de hamburgueserías que había escogido, Martín se estaba riendo a mandíbula batiente.

—No cambies nunca —pidió entre risas—. Te puedo asegurar que es la cita más original que he tenido en mucho tiempo.

Ella le ofreció una sonrisa para disimular su rabia. Había querido

molestarle, dejarle claro que no era una cita sino un modo de cerrar una puerta que había estado demasiado tiempo abierta. Y, en cambio, él lo encontraba divertido.

—¿Siempre traes aquí a tus citas?

—No, solo a las importantes —respondió ella, incapaz de disimular su mal humor—. Como tú. A los que no lo son les dejo que escojan ellos el restaurante.

Admirado por su descaro la siguió al interior del local, todavía riendo. Y se rio más fuerte todavía cuando la vio ponerse en la cola para pedir la comida.

Pasaron diez largos minutos antes de que pudieran sentarse a comerse sus hamburguesas. Así y todo, el local estaba tan lleno que se vieron obligados a tomar asiento en la zona de juegos donde las sillas y las mesas tenían la talla de un niño.

—¿Sigue pareciéndote una cena original? —preguntó Olimpia al verle sufrir para sentarse lo más cómodo posible.

—Por supuesto. Es la primera vez, desde que tenía ocho años, que me veo obligado a sentarme en diminutas sillas de colores —aseguró sin perder la sonrisa.

—Me alegro. —Su sonrisa de falsa alegría no logró engañarle.

—¿Sabes? Voy a echarte de menos cuando me vaya. A pesar de saber

que tú estás deseando que llegue ese momento. —La provocó Martín, a la espera de que saltara y le replicara.

—¿Cuáles son tus planes? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—De momento tengo previsto pasar aquí dos meses. Me iré tras la inauguración de la tienda —explicó.

—Y yo seré la jefa... —apuntó soñadora.

—Lo serás, pero antes hay mucho que hacer: nuevos proveedores, obras de remodelación, decoración, listas de invitados a la inauguración...

—¿Lista de invitados? Creía que íbamos a abrir la tienda y a preparar un pequeño *catering* para quien quisiera pasarse por allí.

—Esa es la inauguración popular. Antes haremos una fiesta en algún local exclusivo e invitaremos a gente importante para darnos publicidad y salir en las revistas. Tenemos que afianzarnos en el mercado, y no hay nada que ayude más que un par de caras conocidas.

—Pues buena suerte con eso —dijo Olimpia antes de darle un sorbo a su bebida.

—Si me ayudas te daré carta blanca para que escojas al nuevo empleado. Si no, me encargaré de entrevistarle yo personalmente. —Hizo una pausa dramática antes de continuar—. Aunque tenga que volar hasta aquí solo para eso.

—Eso es chantaje.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

Olimpia se encogió de hombros, aparentando indiferencia.

—De acuerdo, si me ayudas te invitaré a la inauguración de la primera tienda en París. Por supuesto, la empresa se hará cargo de todos los gastos.

Parpadeó sorprendida, aunque intentó recomponerse para no mostrar lo mucho que le había gustado la oferta.

—Estás muy desesperado.

—Si no te interesa puedo contratar a alguien para que me ayude — comentó como de pasada.

—De eso nada. Acepto tus ofertas. —Alzó los dedos índice y corazón —. Las dos.

Martín sonrió fingiendo poco interés, aunque la realidad era otra.

—La parte que no te va a gustar es que vas a trabajar conmigo para este proyecto. Que necesite ayuda quiere decir que voy a participar en la organización.

—Créeme, por un fin de semana en París soy más que capaz de aguantarte —bromeó de excelente humor.

—Maravilloso, porque si a la cena le añades una copa después, estoy dispuesto a incluirle a tu fin de semana un billete para ver París desde el Sena a bordo del Bateaux Parisiens.

—¡Hecho!

El local que Olimpia escogió para tomarse la copa que le había prometido a Martín era tranquilo, a pesar de estar de moda y de ser un sábado noche.

Había dos salas, separadas por una pared de madera troquelada que dividía la zona para bailar de la otra más íntima, con mesas y sillas en las que disfrutar de unos cócteles y charlar sin gritos. Siguiendo a Olimpia, cruzaron la primera sala y se sentaron alrededor de una de las mesas vacías, concretamente en la más alejada de la entrada, lo que les otorgaba cierta intimidad.

Martín observó lo que le rodeaba con interés. Las paredes estaban pintadas de un tono oscuro que no lograba determinar, a pesar de la iluminación. La música sonaba lo bastante suave para poder mantener una conversación y las sillas eran más cómodas de lo que parecía a simple vista.

Antes de que pudieran hablar de nada se les acercó la camarera para tomarles nota. Él pidió un *gin-tonic* y Olimpia una tónica sin el *gin*.

Martín esperó a que la camarera se marchara para preguntar con diversión:

—¿Un refresco?

Ella le puso mala cara.

—Tengo demasiado reciente la resaca de ayer por la noche como para

pedirme algo más fuerte.

—Una pena —opinó sonriendo para sí mismo.

—¿Por qué lo dices?

—Te pusiste muy simpática anoche, cuando habías bebido.

Olimpia se sonrojó maldiciendo en silencio a su piel clara por delatarla.

—Eres muy poco amable por mencionarlo. El alcohol me trastornó.

No sabía lo que hacía y esas cosas... —Agitaba la mano mientras hablaba.

Él pareció sorprenderse por su respuesta.

—¿Te acuerdas?

“¡Mierda!”, pensó Olimpia. Ahora ya no podía fingir que no sabía a qué se refería. Si se hubiera callado no tendría que estar pasando ese bochorno, pero era incapaz de dejarle decir a él la última palabra.

—Vagamente.

Se rio de buena gana. Demasiado tarde para retractarse; la había pillado.

—¿Quieres que te refresque la memoria? —preguntó con una sonrisa traviesa en los labios.

Por instinto, Olimpia clavó la mirada en su boca al tiempo que reflexionaba sobre si la propuesta era a un nivel teórico o práctico. ¿Le estaba ofreciendo hablar del beso o repetirlo? Parpadeó con fuerza para borrar esos

pensamientos de su fantasiosa cabeza.

Martín la observaba con una mirada de suficiencia y una sonrisa divertida en los labios, como si supiera cuáles eran los pensamientos que la turbaban, gesto que molestó a Olimpia tanto o más que sus palabras.

—Te encantaría que dijera que sí, ¿verdad? —le provocó, con intención de devolverle la pelota.

—No sabes cuánto —confesó sin pudor, dejándola sin respuesta—. No te preocupes, estoy dispuesto a darte el tiempo que necesites para entenderlo.

Una completa locura.

“Estás actuando como un tipo obsesionado”, pensó Nico al descender del tren que lo había llevado de regreso a Valencia.

Nada más poner un pie en la estación de Pintor Sorolla decidió que, puesto que era domingo, y era el día en que tanto él como Natalia libraban esa semana, podía presentarse en su casa y poner en práctica la clase magistral del viernes noche.

Se había visto obligado a quedarse el sábado en Barcelona porque tenía varias sesiones de fotos que hacer y dos entrevistas pendientes en medios de televisión, por lo que hasta esa mañana no había podido regresar a casa. Y una vez allí, en lo único en lo que podía concentrarse era en materializar todos y cada uno de los pensamientos que había tenido sobre Natalia.

Que no pensara si quiera en dejar la maleta en casa ya daba una idea de su estado mental. Aunque tampoco le había molestado que su compañera de viaje, una mujer rubia, joven y preciosa, que según dijo lo escuchaba cada día en la radio, se le hubiera insinuado durante todo el trayecto. Primero con frases sutiles que, al no causar el efecto esperado, terminaron siendo roces calientes y directos a sus muslos.

Estaba seguro de que en otro momento no hubiera dejado pasar la oportunidad, y el que no lo hiciera en ese instante no se debía al trato que hizo con Natalia sobre ser exclusivos, sino al hecho de que no se sentía tentado a corresponder a las atenciones de la rubia.

Estaba a punto de abandonar la estación cuando la idea de que no le había comprado nada a Natalia se instaló en su cabeza. Llevaba en la maleta una camiseta firmada por Ed Sheeran para su hermana, pero no había pensado en comprar nada para Natalia, lo que era sorprendente teniendo en cuenta las horas que se había pasado pensando en la morena.

Se detuvo en medio del tropel de gente que se moría por llegar a casa y se dio la vuelta. Había muy pocas tiendas abiertas en domingo, y tampoco tenía muy claro qué comprarle. No eran más que amigos especiales. O lo serían si todo iba bien. Cuando llegaba el cumpleaños de algún compañero hacían una colecta y siempre se encargaba alguna de las chicas de la emisora de comprar el regalo.

Sin embargo, llegar con algo para Natalia era la excusa perfecta para plantarse en su casa sin avisar.

Su mirada se detuvo en un carrito de caramelos en el que no había reparado al bajar del tren. Se acercó con cautela. Decenas de peluches rosas estaban colocados sobre él. Una tortuga verde con el caparazón lleno de caramelos atrajo su atención. Era la que más destacaba entre tanto tono

pastel.

Los dulces eran el regalo perfecto. A juzgar por la cantidad de azúcar que Natalia le ponía al café, debían de gustarle mucho. Además, el detalle de la tortuga era tierno y le demostraría que, aunque la deseaba, también la apreciaba como amiga.

La dependienta, vestida de rosa para no desentonar con los productos que vendía, le sonrió con interés cuando le pidió la única tortuga verde del carro.

—¿Seguro que quieres la verde? —preguntó—. A las novias suele gustarles más la rosa —comentó con intención de averiguar si el chico guapo que tenía delante estaba libre.

Nico sonrió con picardía.

—A la mía le gusta más el verde —zanjó, guiñándole el ojo.

La dependienta se dio por aludida y le tendió con una sonrisa triste la bolsa con la tortuga.

Media hora más tarde se encontraba frente al portal de su amiga y su determinación había bajado tres enteros. Tuvo que recordarse que ir a verla no era una locura antes de que sus pies se dignaran a llevarle hasta donde quería ir.

Llamó al timbre y esperó. Una pequeña parte de él deseaba que no estuviera en casa, lo que le hizo sentirse tonto. ¿Desde cuándo le afectaba

tanto una mujer? Peor aún, ¿desde cuándo Natalia tenía el poder de convertirle en un tipo inseguro?

—¿Quién es?

—Natalia, soy Nico.

—¡Sube! —pidió ella con la voz calmada y tranquila mientras que el corazón de Nico latía descontrolado.

Entró y subió las escaleras. No se sentía con ánimos de esperar a que bajara el ascensor. Ni siquiera el que fuera arrastrando la maleta le importó. La levantó en alto y siguió subiendo hasta el segundo piso, donde Natalia estaba parada en la puerta, descalza y todavía en pijama.

—¿Qué sorpresa! ¿Cuándo has llegado? —saludó.

Nico no dijo nada, en dos zancadas se plantó frente a ella y la besó con ansia, desesperado por recuperar la normalidad cuanto antes. Se dijo que todo se debía a la anticipación, igual que le había sucedido la primera vez que la besó. Había teorizado mucho sobre ello y había llegado a la conclusión de que quizás su segundo beso no era concluyente y que tenía que seguir experimentando hasta dar con la respuesta a las reacciones físicas que Natalia le producía.

Se pegó a ella y, con cuidado, la empujó al interior de casa. Cerró tras de sí con el pie, ya que con una mano sostenía la maleta y con la otra tenía a Natalia asida por la cintura.

—Hola —saludó, pegando su frente a la de ella.

—Hola. Me alegro de verte.

Nico sonrió complacido y se separó unos centímetros.

—Y a mí me alegra que te alegre. Te he traído una cosa.

Ella cambió de postura, pegando sus caderas a las de él.

—Ya lo he notado —dijo, desviando una mirada traviesa a su parte inferior.

Nico rio.

—Eso no. O bueno, eso también, pero me refiero a esto. —Le tendió la bolsa que había atado al asa de la maleta.

—¡Gracias! Me encantan las tortugas y los caramelos. —Le dio un beso de agradecimiento en la mejilla.

—¿Vas a compartirlos conmigo?

Ella le miró con picardía.

—Ni lo sueñes. Los dulces son míos. ¡Consíguete tú los tuyos!

—De acuerdo. Lo haré. —Nico sonrió.

—Eso, hazlo, pero pasa —ofreció, entrando ella primero—. Iba a desayunar, ¿quieres un café?

Al llegar a la cocina se dio la vuelta para ver si la seguía. Nico estaba en el umbral, observándola.

—Después.

Natalia parecía confusa.

—¿Después de qué?

Antes de que se diera cuenta de sus intenciones, Nico atravesó la distancia que los separaba y la apesó entre sus brazos, acallando cualquier posible queja con sus labios. Sin separarse de ella, la empujó con suavidad hasta que su trasero dio con la encimera. Entonces la asió por las caderas y la levantó sin esfuerzo hasta dejarla sentada sobre ella.

Natalia rio en su boca, lo que obligó a Nico a separarse de ella.

—¿Qué pasa?

—Siempre he querido hacer esto. Aquí mismo. Como en las películas. Sobre la encimera de mi cocina. —Siguió riendo ella.

—Esa es la idea —corroboró Nico, besando su garganta y su cuello.

—¿Te he dicho ya que me gusta tu idea? —Metió las manos por debajo de su camiseta para tocar los músculos de su abdomen y del pecho. Notó cómo estos se contraían con la caricia.

—¿Qué le voy a hacer? Soy un romántico —aseguró un segundo antes de estirar sus femeninas piernas para que se recostara en la encimera. Entonces tiró de sus pantalones, gimiendo al comprobar que no llevaba ropa interior—. Voy a ponerme morado contigo.

Natalia soltó una carcajada temblorosa.

—¿Pero qué dices?

—Mis dulces. Me pediste que me consiguiera los míos y ya los tengo
—afirmó antes de enterrar la cabeza entre sus muslos.

¿Trabajo o placer?

No debería haberle invitado a cenar. Sabía que era una pésima idea desde el instante en que las palabras salieron de mis labios. Lo que pretendía que fuera una liberación se convirtió en un problema mayor. Malditamente enorme.

Olimpia abrió los ojos sobresaltada. ¿Quién demonios estaba llamando al timbre a las...? Miró el reloj de la mesilla de noche. ¿...A las doce del mediodía de un domingo? ¿Es que acaso no tenía derecho a pasarse su día libre vagueando?

Después de dejar a Martín en su casa había estado dando vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Había montado y desmontado su conversación para intentar adivinar el porqué de sus respuestas. Y tras no dar con ninguna explicación que le satisficiera terminó por dormirse de agotamiento.

Se levantó de la cama murmurando barbaridades y rezando para que no fuera Lola la visita inesperada, porque con lo enfadada que seguía con ella por haberla metido en el lío de la cena (lío que había desencadenado los

demás), no estaba muy segura de aguantarse las ganas de gritar. Y eso porque tenía en cuenta que Lola era su mejor amiga y la pobre estaba muy sensible por culpa de las hormonas.

Arrastró los pies hasta que descolgó el telefonillo.

Por nada del mundo se hubiera imaginado que sería Martín la persona que estaba estropeando su plan del domingo de no hacer nada. De repente se puso nerviosa, y no solo porque iba en pijama, ya que Martín la había visto antes de esa guisa, sino porque Nico regresaba esa misma mañana a casa y bajo ningún concepto iba a permitir que su hermano y su ex se encontraran sin poner al primero sobre aviso. Nico era demasiado protector y conocía de primera mano el dolor que su ruptura con Martín había supuesto para ella.

Salió al rellano sin importarle que alguien la viera y aguardó impaciente a que Martín saliera del ascensor para abordarle cuanto antes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin esperar siquiera a que llegara a su lado.

Él sonrió como si nada y Olimpia perdió el interés en su respuesta mientras fijaba su atención en los vaqueros, que se le ajustaban como un guante, y en la camiseta negra que marcaba sus músculos sin resultar ordinario o demasiado evidente.

—Prometiste ayudarme con la inauguración —recordó cuando se detuvo frente a ella, a tres pasos de su piso.

—Es domingo.

—Lo sé, pero tenemos que escoger el local y disponemos poco tiempo para hacerlo. —Arqueó una ceja antes de preguntar—: ¿Vas a dejarme entrar?

Olimpia se apartó para que pasara antes que ella, pero no llegó a darse por vencida.

—Pero ¡es domingo!

—Eso ya lo has dicho. —Volvió a sonreír—. ¡Vístete!

—¿Por qué? —Las manos en las caderas le dieron la pista de que no estaba muy dispuesta a obedecer así, sin más.

—Dijiste que me ayudarías, así que hoy comeremos en el restaurante del hotel Plaza. No es mi primera opción para la fiesta, pero me gustaría conocer tu opinión antes de tomar una decisión.

Olimpia ya había abierto la boca para protestar, pero no llegó a emitir ningún sonido porque Martín la cortó antes de empezar, dándole un azote en el trasero e instándola a que se diera prisa.

—¡Vamos!

El gesto, tan natural unos años atrás, la dejó muda y obediente.

Con una sonrisa de triunfo, Martín paseó la mirada por la sala. Se encaminaba hacia el conocido sofá para esperarla cuando unos papeles sobre la mesa del comedor captaron su atención.

No había duda de que era la letra de Olimpia, grande y redonda, la que estaba garabateada en ellos. Sin poder evitarlo, se sintió atraído por leer lo que había escrito y se acercó con el pulso latiendo en su garganta.

La conocía y sabía de la tendencia de la pelirroja a escribir sus pensamientos en cualquier papel medianamente en blanco. Cuando empezaron a salir, aquellos papeles le habían servido para entender sus silencios o sus miradas.

Extendió la mano, y estaba a punto de rozar las hojas cuando Olimpia salió como un vendaval del dormitorio.

—¿Tengo que vestirme de etiqueta? —preguntó. Llevaba casi cinco minutos en su habitación con el armario abierto y sin decidirse por nada.

—Yo llevo vaqueros. —Se encogió de hombros.

Olimpia se mordió la lengua para no decirle que se había dado perfectamente cuenta de ello.

—De acuerdo. Vaqueros, pues.

—¡Oye! Yo no he dicho eso. La verdad es que apreciaría que te pusieras un vestido. Después de todo es una comida de trabajo.

—¿En domingo?

—¿Vas a contarme qué problema tienes con los domingos?

—No tengo problemas con los domingos, los tengo contigo por hacerme trabajar durante uno.

Se lo había puesto demasiado fácil. Martín sonrió.

—En ese caso, tómatelo como una cita más. Es la tercera, ¿no?

El hotel Plaza estaba en una zona de fácil acceso. Ese no era un problema para los invitados, aunque Olimpia ya sabía que Martín no estaba convencido de elegirlo para la inauguración. Del mismo modo que sabía que se había comprometido a ayudarlo y que hasta que todos los preparativos no estuvieran listos no iba a dejar de solicitar su ayuda. Mientras se vestía para salir a comer había llegado a la conclusión de que quizás eso no era tan malo como creía. Tal vez pasar tanto tiempo con Martín le serviría para saturarse de él. Después de todo, no había nadie que la cabreara tanto como él.

Entraron en el *hall* del hotel y siguieron a la izquierda, donde estaba situado el bar, la antesala del comedor. La iluminación era tenue y la decoración, en tonos verdes oscuros y bronce, no resultaba nada estridente.

—Después de comer podemos pedirles que nos muestren el salón privado. Así nos hacemos una idea de cómo es y de la capacidad que tiene — comentó Martín.

—No le veo el punto. Acabas de decirme que el sitio no te convence — se quejó mientras esperaban en el bar a que les prepararan una mesa.

—Quiero estar seguro. ¿Te apetece una copa de vino blanco mientras

esperamos o vas a seguir con los refrescos?

Le lanzó una mirada fulminante antes de responder.

—Sí. Gracias. El vino blanco está bien.

Como si hubiera escuchado su respuesta, la camarera se acercó hasta ellos y habló con Martín, desapareciendo al segundo hasta el otro de la barra para servirles.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo una voz femenina detrás de ellos, con intención de ser escuchada.

Olimpia se dio la vuelta con curiosidad y se topó con alguien en quien no había pensado en años. Se puso rígida por la sorpresa, y su reacción propició que Martín hiciera lo mismo y se diera la vuelta para ver lo que había llamado su atención.

—¡Vaya! Y las sorpresas vienen de dos en dos —exclamó la mujer mirando al hombre que había a su lado con una sonrisa cómplice.

—¿Marisa Vidal? —preguntó Olimpia, aunque no tuviera ninguna duda de que la mujer que la miraba era su antigua profesora de Bioquímica ocular—. ¡Estás estupenda!

La mujer mayor volvió a sonreír.

—Siempre es agradable comprobar que mis antiguos alumnos me recuerdan —comentó complacida.

Tanto Olimpia como Martín se acercaron para besarla. De todos los

profesores que tuvieron en la facultad, ella fue la que más les llegó a todos. Quizás porque era la única a la que siguieron viendo en todos y cada uno de los cursos del grado de Óptica y Optometría o quizás porque siempre estaba disponible para echarles una mano en las otras materias.

—Confieso que es una sorpresa para mí veros juntos. Aunque he de decir que me alegro mucho de que lo estéis. —Se giró para hablar con su marido—: Estos dos se odiaban cuando comenzaron sus clases, y un par de años después eran inseparables. Y, por lo que veo, siguen siéndolo.

Olimpia abrió la boca para protestar, pero el brazo de Martín enrollándose en su cintura la dejó muda por un instante; momento que él aprovechó para hablar:

—¿Y qué tal te va todo, Marisa? ¿Sigues dando clase?

La mujer se rio por la pregunta. Era evidente que se había jubilado, a pesar de que se conservaba muy bien.

—Siempre fuiste un chico listo.

Martín inclinó la cabeza a modo de agradecimiento.

—Espero que disfrutéis de la comida. Ha sido un placer verte.

—Gracias, lo mismo digo y te prometo que disfrutaré de la velada. Estoy aquí para celebrar nuestras “bodas de rubí”. —Miró a su esposo con una mirada enamorada.

Ante la confusión de los jóvenes, tanto ella como su marido sonrieron.

—Hoy hace cuarenta años que esta mujer me dijo que sí.

—Felicidades, a los dos —comentó Martín con verdadera alegría, girándose para coger las copas de vino que les habían servido y pasarle una a Olimpia. Esta se limitó a sonreírles, incómoda por la situación.

—Gracias —respondió el marido.

—¿Y vosotros? ¿Ya os habéis casado? —preguntó Marisa tras buscar en sus manos algún anillo que le diera la respuesta.

Martín volvió a pegar a su pareja a su costado.

—Todavía no.

—Pues no esperéis mucho —aconsejó—. Me he alegrado mucho de veros. Siempre pensé que si superabais vuestros problemas serías una pareja preciosa. Estoy encantada de haber acertado.

—¡Gracias! —dijo Olimpia, sorprendiendo a Martín, tanto por su respuesta como por el hecho de que se bebió su copa de un solo trago.

El *maître* hizo acto de presencia en ese momento para llevar a la pareja mayor hasta su mesa y la conversación terminó. No obstante, la farsa siguió en activo porque, consciente de que las dos parejas se conocían, el encargado del restaurante los sentó en mesas consecutivas.

—¿De qué iba esto? —inquirió Olimpia entre dientes—. Se van a dar cuenta de que no estamos juntos.

—Acaban de cumplir cuarenta años de casados. No quería

decepcionarles.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella sin caer en la cuenta de que Martín había anunciado que eran pareja mucho antes de saber que su antigua profesora estaba de aniversario.

—No lo sé. De momento sonrío y finge que me adoras —indicó, asiendo su mano por encima de la mesa, donde era bien visible la caricia—. Llevamos muchos años juntos, que se note lo que nos queremos, cariño.

Con mucho azúcar.

—Tengo la maldita sensación de que lo estás disfrutando —comentó Olimpia, pendiente de su expresión.

Martín tuvo la desfachatez de mostrarse confundido.

—¿A qué te refieres, cariño?

—No me llames así —pidió Olimpia entre dientes.

—¿Prefieres “cielo”, “pastelito”, “mi amor”?

—Prefiero Olimpia.

—¿En serio?

Una bola de acero se asentó en su pecho, consciente de que acababa de admitir en voz alta lo mucho que le gustaba que Martín fuera una de las pocas personas que la llamaban por su nombre completo. Y sí, odiaba su nombre, pero no podía negar que cuando él lo usaba sonaba como un mote íntimo. Algo que compartía con muy pocas personas, como sus padres y su hermano, cuando querían enfadarla. Solo su familia la llamaba así.

—No. Pía —rectificó enseguida—. Prefiero Pía. Todo el mundo me llama Pía.

—Te has descubierto, cariño. —Se rio cuando la vio apretar los dientes—. De acuerdo, ¿“pastelito”, entonces?

—¡Por Dios!

—¿”Cielo”, “corazón”...?

—¿Quieres hacer el favor de dejarlo ya? —protestó enfadada. El problema era que su tono perdía fuelle al tener que regañarle en voz baja para que la mesa de al lado no se diera cuenta de que estaban discutiendo.

—Parece que todavía no he dado con el nombre adecuado para ti, aunque quiero que sepas que no voy a darme por vencido hasta que lo encuentre —musitó él, tan cerca que cualquiera que les estuviera observando creería que estaban compartiendo confidencias.

—¡Basta!

—Pero, “mi amor”...

El juego terminó en el instante en que Olimpia le cerró la boca con un beso.

Un beso tan inesperado como intenso. Pegó sus labios a los de él y enredó los dedos en su pelo, atrayendo su boca hacía la suya. Inconsciente de que no estaban solos o de que no era una buena idea besarle, porque lo único que buscaba de él era la liberación. Sin embargo, en lo único que podía pensar era en callarle. Obligarle a que dejara de hablar para que sus palabras no pudieran enviar escalofríos de deseo por su cuerpo.

Cada palabra que él pronunciaba la llenaba de imágenes en las que ella saboreaba su piel, dulce y cálida. Aunque lo peor de esas escenas era que no se trataba de meras fantasías eróticas, sino que en su mayoría eran

recuerdos de aquel tiempo en el que tenía todo el derecho a besarle, tocarle o lamerle donde y cuando le diera la gana.

La revelación de que aquel tiempo formaba parte del pasado la sacó de su estupor carnal, lo que la llevó a romper el beso.

—¡Mierda! Acabo de besarte —murmuró todavía sin creérselo—. Me has cabreado tanto que te he besado.

—Lo tendré en cuenta cuando quiera que vuelvas a besarme —comentó Martín, quien no parecía tan alterado—. Porque, “pastelito”, no solo me has besado: me has devorado.

Olimpia estrechó los ojos, molesta porque tenía razón. Llamar a lo que acababa de suceder beso era quedarse a medio camino de la verdad.

—No se va a repetir.

—“Pastelito”, me has besado dos veces en las últimas veinticuatro horas. Te aseguro que se volverá a repetir.

Ni siquiera había llegado a su piso cuando Martín la dejó en el portal de su casa tras la comida. Esperó hasta que le vio alejarse y salió de allí a toda prisa mientras marcaba el número de Lola y rezaba para que su amiga tuviera unos minutos que dedicarle. En esos instantes ni siquiera se acordaba de la encerrona de la cena que le había preparado ni de que el dichoso alcohol que allí había bebido desencadenó el Armagedón que estaba viviendo. Lo único en que podía pensar era en que su vida se estaba complicando por

momentos y no tenía la más remota idea de cómo sobrevivir al derrumbe que se avecinaba.

Aunque pareció sorprendida por la llamada, su mejor amiga parecía encantada porque la hubiera perdonado tan rápido. Como norma general le costaba algo más de un día que se le pasara el mal humor.

Mario estaba viendo el fútbol cuando llegó Olimpia, pero se levantó en cuanto la vio para ver cómo se encontraba.

—He dejado el alcohol —bromeó ella al verle acercarse.

—Una sabia decisión. —Rio—. Yo he hecho lo mismo. —Se besaron en las mejillas.

—¿Y Lola?

—No, Lola no pertenece a nuestro club de abstemios. Todavía.

La pelirroja se rio por la broma, descargando un poco la tensión que llevaba acumulada.

—Está cambiando a Adrián. Ahora sale. Yo iré al dormitorio a ver la televisión, así podréis hablar tranquilas.

Lo asió del brazo para detenerle.

—No tienes que irte. Ya sabes de lo que voy a hablar. No es nada nuevo —dijo encogiéndose de hombros.

Mario le ofreció una sonrisa.

—Lo sé, pero creo que voy a pasar por esta vez del drama femenino

que estáis a punto de poner sobre la mesa —siguió con la burla.

—Tienes razón. ¡Ve a hacer cosas de chicos! —exclamó con tono de guasa—. Por ejemplo, ver a veintidós hombres en pantalón corto corriendo como locos detrás de una pelota.

—El fútbol es un deporte —aclaró muy digno.

—Por supuesto. Jugar al fútbol es un deporte; verlo en la televisión es una chorrada de vagos y cerveceros.

—Secundo la moción —apuntó Lola con su hijo en brazos.

—Adrián, hijo, no escuches a estas sacrílegas —gruñó Mario mientras salía a toda prisa del salón—. Vagos, dice, y cerveceros. Como si existiera un hombre en el mundo que no bebiera cerveza.

—¿Me equivoco o a tu marido también le afectan las hormonas?

Las dos se rieron tanto que ninguna contestó a la pregunta.

Tras poner a su amiga en antecedentes, Olimpia se sintió un poco mejor. Aunque la sensación le duró poco.

—No comprendo por qué eres así con él. ¿Dónde está el problema?

—preguntó Lola mientras sostenía a Adrián contra su pecho.

—Mira lo que sucede cuando me permito otra cosa distinta a las pullas y las recriminaciones. Le beso, Lola. No, eso no define lo que hice. ¡Le

acoso!

—No seas exagerada.

—No lo soy. Tendrías que haberme visto —añadió, y para esconderse agachó la cabeza y se cubrió con las manos.

—Pues el pobre tiene que estar confundido. Pareces una loca bipolar.

Olimpia achicó los ojos.

—¿Tú de qué lado estás?

—Del tuyo, pero tengo la sensación de que el tuyo y el suyo son el mismo lado.

—Pues te equivocas.

—¿Seguro?

Se quedó callada. Tal vez su amiga tuviera razón y lo único que necesitaba para que las cosas volvieran a funcionar fuera aceptarlo.

—Le quiero. Supongo que siempre lo haré. Fue una parte muy importante de mi vida.

—Menos mal.

—Pero ya no estoy enamorada de él. No podría estarlo. Me engañó.

¿O no? ¡Ay qué lío!

—¿De qué estás hablando?

—No me hagas caso, estoy desvariando. Lo importante es que no estoy enamorada de él y, sin embargo, voy y le beso como si no hubiera un

mañana.

—No, no lo estás, pero tampoco le odias y no podemos negar que es un completo *mojabragas*, por lo que es lógico que le besaras. Al final todo se traduce a si eres capaz de ser cordial con él. ¿Te ves capaz de ofrecerle tu amistad? ¿De abandonar el rencor en aras de tu salud mental? Yo estoy segura de que, cuando lo hagas de verdad, vas a poder superar lo que pasó. Sobre todo, porque hay algo que parece haber olvidado.

—¿Qué?

—Él ya no es la misma persona que te dejó.

Él ya no es la misma persona que te dejó. De todas las cosas que me ha dicho Lola esta tarde, esta pequeña frase es la que más me ha marcado: “Él ya no es la misma persona que te dejó”.

Es cierto. Ya no lo es.

Nuevos y viejos amigos.

He perdido hasta el último segundo de paz que tenía. Ahora, no contenta con pasarme el día a su lado o pensando en estarlo, me paso las noches soñando con lo que hicimos o lo quiero hacer con él por primera vez.

Mi mente es una locura, y lo peor es que está obsesionada con un imposible. Un imposible caliente y muy sexy...

Los siguientes días se convirtieron para Olimpia en una rutina diaria que compartía con Martín.

Cuando había poco trabajo en la tienda y los ruidos de las obras lo permitían, compartían un café y buscaban locales en los que organizar la inauguración. Una vez que entraban en la lista de “posibles”, los visitaban para probar la comida y ver las instalaciones de primera mano. De modo que, cada mediodía, a veces incluso después de cerrar la tienda, Olimpia salía con Martín y, gracias a ello, su relación había perdido esa tirantez inicial.

En una de esas salidas decidieron que habían estado buscando el tipo de local incorrecto. En lugar de un restaurante o un hotel, lo que necesitaban era una discoteca o un pub lo bastante amplio como para servir una cena fría a los asistentes, buena música y copas.

No habían vuelto a besarse desde el domingo anterior, quizás porque su relación había cambiado y ninguno de los dos quería regresar a aquellos momentos de discusiones absurdas e indirectas.

Ese mismo viernes ya tenían decidido que irían a tomar unas copas a La Perla Negra para comprobar si la discoteca se ajustaba a lo que andaban buscando. Motivo por el cual, ese día, Olimpia no tenía ninguna excusa que darse a sí misma para comer con Martín.

—¿Cenamos juntos esta noche? —Sabiendo cuál iba a ser la respuesta de la pelirroja, Martín añadió—: Así tendremos más fácil acercarnos cuando abran La Perla Negra y podremos ver el local antes de que se llene demasiado. Si vamos cada uno por nuestro lado va a ser más complicado que nos encontremos.

—De acuerdo. ¿A qué hora quedamos?

—¿Te va bien a las nueve?

Olimpia asintió con la cabeza.

—Entonces te recojo a esa hora.

—De acuerdo —accedió.

—Y para comer, ¿tienes planes ya o aceptarás mi compañía?

—¿No te parece excesivo? Comida y cena. ¿No tienes más amigos?

Él soltó una carcajada ronca.

—Me hieres. Creía que disfrutabas de mi compañía y que ibas a

echarme de menos cuando me fuera. Ahora ya no estoy tan seguro.

Olimpia iba a replicar cuando llamaron al timbre de la tienda y tuvo que alzar la mirada para ver quién era y abrir.

Pulsó el botón y esbozó una sonrisa a la chica morena y con gafas que entraba en ese instante por la puerta.

—¿Entonces qué? ¿Comes conmigo o no?

—Lo siento, he quedado con... Natalia.

La aludida disimuló la sorpresa. Las dos mujeres se conocían muy poco. Tan solo de las pocas veces que Olimpia había ido a la emisora acompañando a su hermano, o de las contadas ocasiones en que Natalia había aparecido por su piso. Lo que informaba a Olimpia que la chica que tenía delante no era más que una amiga de su hermano, porque él nunca, jamás, llevaba a ninguna mujer con la que tuviera una relación a su casa. De hecho, no conocía a ninguna de sus ex.

Y en las pocas ocasiones en las que había coincidido con Natalia ambas se habían caído muy bien. Además de tener en común la edad, también tenían a Nico como amigo, que era capaz de volverlas locas a ambas.

—Me declaro culpable. —Sonrió la morena.

—Natalia es amiga y compañera de Nico... Y mía, por supuesto —la presentó Olimpia—. Viene a probarse unas lentillas. Y este —dijo señalando a Martín—, es Martín, mi jefe. —Puso una mueca de resignación.

La morena y Martín sonrieron al ver el gesto y se saludaron con dos besos.

—Encantada, Martín. Respecto a lo de las lentillas... Es posible que me esté arrepintiéndome —confesó un poco nerviosa.

—En ese caso os dejo para que empecéis cuanto antes, no sea que te arrepientas del todo —bromeó Martín—. Un placer conocerte, Natalia.

—Igualmente.

Esta esperó hasta que se marchó para susurrar:

—Dime ahora mismo por qué no quieres comer con él. Está de escándalo. —Rio tontamente.

—¿Te parece esa poca razón?

—¡Buen punto!

—Además, lo nuestro es una larga historia —confesó Olimpia guiándola hasta el cuarto de pruebas.

—Tenemos tiempo —aceptó Natalia—. Comemos juntas, ¿no? ¿O me vas a dar plantón?

Olimpia sonrió. Definitivamente esa chica le caía muy bien. Una pena que para su hermano mayor no fuera nada más que una amiga, porque siempre había deseado tener una cuñada que fuera como una hermana. Adoraba a Nico, pero siempre había soñado con tener una hermana con quien salir de compras y robar los cosméticos a su madre.

—Para nada. Comemos juntas. Yo siempre cumplo mis promesas — bromeó en el mismo tono—. Ya te darás cuenta.

Conseguir que Natalia se pusiera una lentilla fue infinitamente más fácil que lograr que se la quitara. Tras casi media hora de risas histéricas y tras la intervención de Martín, e incluso de Gerardo, que apareció en el mejor momento y fue quien logró tranquilizarla lo suficiente como para que se la quitara sin sacarse un ojo, Natalia decidió que lo mejor que podía hacer era renovar sus gafas o incluso operarse para deshacerse de la miopía.

Por ello, cuando llegaron a la cafetería en la que iban a comer las dos chicas, la morena todavía tenía el ojo de la lentilla rojo e irritado.

—Me gustan mis nuevas gafas. ¡Gracias!

—No me las des a mí. Dáselas a Gerardo, que es quien te ha ayudado a escogerlas. La verdad es que te quedan geniales.

—Lo sé. ¡Qué ganas de tenerlas!

—No las tendremos hasta el lunes, pero tampoco falta tanto. — Olimpia entendía a la perfección la impaciencia de Natalia—. Por cierto, gracias por seguirme la corriente con lo de que había quedado contigo para comer.

Natalia sacudió la cabeza, descartando el agradecimiento.

—No tenía planes. Hoy no entro a trabajar hasta las seis y, la verdad

es que siempre me has parecido una persona interesante a la que me gustaría conocer mejor.

Olimpia abrió los ojos, asombrada.

—¿De verdad?

—Sí. Nico habla mucho de ti.

La pelirroja soltó una carcajada cuando una idea pasó por su mente.

—Si Nico habla de mí, no será nada bueno. —Y añadió con una sonrisa traviesa—: Tú lo que quieres es que te cuente por qué rechacé a Martín.

Natalia también rio.

—Sí, eso también.

Y entonces, como si se conocieran desde siempre, o quizás porque no lo hacían, Olimpia le comentó su relación con Martín. Y no se dejó ningún detalle por contar.

Necesitaba que alguien que no estuviera metido en su historia le diera un punto de vista distinto, y sabía que, si Nico confiaba en ella, era porque Natalia realmente lo merecía. Su hermano valoraba sobremanera su vida privada, por lo que solo unos pocos tenían pleno acceso a ella.

Una vez que Olimpia terminó su historia y antes de que la morena fuera capaz de darle su opinión, espetó:

—Me estoy acostando con tu hermano. No somos nada. Solo nos

acostamos. —Se mordió el labio inferior nerviosa. A la espera de la reacción de Olimpia.

—¿Que tú, qué?

—No me parecía justo dejar que me contaras algo tan íntimo como tu historia con Martín sin ser sincera contigo y hablarte de la mía con Nico.

Durante un largo minuto Olimpia se quedó en silencio. Apretó los labios con tanta fuerza que se le pusieron blancos, formando una fina línea.

Natalia estaba tan nerviosa que apenas podía respirar, hasta que Olimpia ya no pudo aguantarse más y abrió la boca para estallar en carcajadas, que consiguieron que la otra respirara con normalidad y que la cafetería al completo centrara su atención en ellas.

—¿Así que estás enamorada de mi hermano?

—En realidad, he dicho que me acuesto con él.

Olimpia la miró con fijeza arqueando una ceja.

—Sí. Estoy enamorada de Nico.

—¡Estupendo! —volvió a reír Olimpia—. Presiento que este es el comienzo de una gran amistad.

Verdades verdaderas.

“Esto no está pasando”, se dijo Nico a sí mismo cuando vio a Melissa entrar en la cabina y cerrar la puerta tras de ella. Se había vestido como si al salir del trabajo fuera a asistir a una fiesta de *conejitas* Playboy. El vestido rojo de licra le aprisionaba los pechos, y con el escote tan pronunciado que tenía era muy posible que un mal movimiento los liberara, porque si de algo estaba seguro Nico era de que no llevaba sujetador. La longitud del vestidito era un tema aparte que daba para una conferencia.

Suspiró con resignación y se dio la vuelta para fingir que no era consciente de su presencia. No obstante, ni podía ignorarla ni ocultar a sus compañeros lo que estaba sucediendo, ya se encontraban rodeados por paredes de cristal.

Desde que había comenzado su, primero falsa relación con Natalia y después, su relación especial, no había tenido que sufrir las atenciones de su compañera. ¿Por qué estaba entonces ahí con cara de saber perfectamente lo que estaba haciendo? Y vestida o desvestida como una actriz de cine X.

—Buenas tardes, Melissa. ¿Puedo ayudarte con algo? La verdad es que tengo trabajo.

—¿Estás saliendo con Natalia? —Su respuesta fue una pregunta.

—Sabes que sí. No lo he ocultado.

Melissa arrugó el ceño. Todo el mundo los había visto besarse, pero eso no era lo que había preguntado. Nico no salía con mujeres ni tenía relaciones. Se limitaba a quedar un par de veces y acostarse con ellas, sin compromisos.

—¿Sois novios? —Se sentía estúpida por preguntar algo así, pero quería saberlo de primera mano.

Nico se rio por la pregunta.

—Suenas un poco cursi, pero sí. Natalia es mi novia.

—¿Por qué? Tú no tienes novias. ¿Qué pasa, te está chantajeando para que te acuestes con ella o algo?

La primera reacción de Nico fue el silencio, demasiado sorprendido por el ataque como para hablar. Una vez que asimiló lo que Melissa acababa de decir, su ira estalló. Hasta ese momento había sido educado con ella, pero esta vez había ido demasiado lejos.

—Estoy con Natalia porque me tiene loco. Ella no necesita más que respirar cerca de mí para que yo me ponga duro. Es preciosa sin artificios. — Solo le faltó decir “no como tú”—. Además de inteligente y divertida. Y yo soy el tipo más afortunado del mundo porque ha aceptado estar conmigo. ¿Te ha quedado claro?

La cara de Melissa estaba roja, en una mezcla de ira y vergüenza.

—Como el agua.

—Estupendo. Ahora, sal de aquí. Tengo trabajo.

Tal y como le pidió, la rubia salió a toda prisa de allí. Lamentablemente no fue lo bastante rápido para el gusto de Nico, quien había desarrollado una alergia incluso a su perfume.

Cómo podía ser tan borde. Natalia era preciosa a su manera. De acuerdo que no tenía el cabello rubio como Melissa ni era tan alta y estilizada, pero su cuerpo estaba plagado de sensuales curvas que volverían loco a cualquier hombre.

Y sus ojos, entre marrón y verdes, eran tan llamativos como expresivos. Las gafas no les restaban protagonismo, sino más bien todo lo contrario.

La alarma del móvil comenzó a sonar desde encima de la mesa, donde lo había dejado, avisándole que en cinco minutos estaría en el aire con su programa.

Alzó la cabeza para buscar a Natalia con la mirada a través de la sala acristalada. Ella tenía los ojos clavados en él y Nico sabía el motivo. Estaba seguro de que había visto cómo Melissa entraba y le hablaba, y con toda seguridad se había percatado de su incomodidad. Le guiñó un ojo con picardía para tranquilizarla y decidió que iba a cambiar la canción que había

escogido para comenzar su jornada

Unos minutos más tarde saludaba a sus oyentes y les pinchaba *Roar*, de Katy Perry, mientras esperaba que la canción fuera un mensaje alto que Natalia entendería.

Tras dos horas al frente de la emisora, se despidió y dejó sonando una última canción para que su compañero tuviera tiempo de entrar y hacerse cargo de la programación.

Buscó a Natalia con la mirada y la encontró sentada a su mesa, recogiendo. Ella alzó la cabeza cuando él enfiló en su dirección, como si hubiera notado su mirada.

—Has estado muy bien —lo felicitó con una sonrisa.

—Gracias. Sabía que te gustaría mi selección —comentó con una sonrisa que avisaba de que esperaba recompensa.

Aunque llevaba la lista de canciones preparada de antemano, una vez dentro la dejó de lado e hizo una selección distinta, buscando artistas y canciones que sabía que le gustaban a Natalia.

—Hoy he comido con tu hermana —anunció de golpe. Nico ni siquiera se inmutó.

—Muy bien. Pía es estupenda. ¿Fuiste a probarte las lentillas?

—Sí, pero mejor no me lo recuerdes. Fue horrible. Me costó una eternidad quitármelas. —Y añadió en un tono más bajo—: ¿Y tú, qué tal?

No era necesario que especificara a qué se refería. Nico sabía que le estaba preguntando por su encuentro con Melissa.

—Le he dicho que me encantas.

—¿De verdad?

—Sí. Es cierto. ¡Me encantas!

—Eso está genial porque tú también me encantas.

—Pues será mejor que nos vayamos de aquí porque si no vamos a dar un espectáculo —bromeó enlazando su cintura con el brazo.

—¿Qué te parece si cenamos primero? Estoy hambrienta.

La expresión de Nico era de tristeza.

—¿Me prefieres sobre la comida?

—No, te prefiero debajo de mi comida. —Cerró los ojos y emitió un gemido sensual que activó cada músculo de Nico—. ¿Qué te parece si compramos sushi y luego te uso como mesa para comérmelo? Estoy dispuesta a lamer las miguitas que queden.

Nico abrió la boca para aceptar, pero en el último segundo se lo pensó mejor y se limitó a cabecear para decir que sí. Era mejor usar su boca para besarla, de modo que lo hizo, agachó la cabeza y la besó, empujándola para que se apoyara en la mesa que tenía detrás.

Cada día que pasaba con ella descubría facetas que su anterior amistad no había dejado al descubierto. Natalia era increíble, sensual y tenía

unas ideas sencillamente maravillosas.

—Creía que habías dicho que no querías dar el espectáculo —le recriminó ella cuando la dejó libre.

—Lo siento, Nat, pero no esperarás que después de decirme eso me quede como si nada. Tengo una imaginación muy vívida y no estoy hecho de piedra...

Ella arqueó una ceja y apretó sus caderas contra las de él.

—¿De verdad? Pues debes de haberte metido una en el bolsillo.

Las carcajadas de Nico se escucharon hasta en el pasillo.

A la búsqueda del tesoro.

El viernes, Olimpia comprendió que salir con Martín se estaba convirtiendo en una rutina demasiado parecida a la de cualquier pareja. Y lo peor era que todavía no le había contado a Nico nada sobre el regreso de Martín. Tenía que decírselo a su hermano cuanto antes. Si no lo había hecho antes no era porque se negara a escuchar sus monsergas, sino porque apenas le veía por culpa del trabajo extra que estaba haciendo para Martín. Y también porque sabía que se marcharía en breve y lo mejor era no preocupar a Nico con la noticia. No obstante, a pesar de esa pequeña reticencia, había tomado la decisión de contárselo todo.

Durante la última semana había pasado más tiempo con Martín que con nadie. Su cercanía había ayudado a sentirse cómoda cerca de él. Lo que todavía no había logrado era que dejara de sentirse atraída e incluso tentada de volver a besarle. Lo único que la había retenido en esos momentos era la seguridad que Martín había demostrado la última vez que le besó, cuando le dijo que estaba seguro de que esa no sería la última vez que lo haría.

Martín pasó a recogerla a la hora exacta, puntual, como siempre, y

había esperado sin quejas hasta que terminó de arreglarse. Puesto que iban a una discoteca, Olimpia se decantó por un vestido gris marengo ajustado hasta la cintura y abullonado en la falda. Era uno de los que se había comprado esa temporada y estaba encantada de encontrar una ocasión para estrenarlo. Con lo que no había contado cuando se lo probó fue en lo mucho que se le subía cuando se sentaba, mostrando las medias con ligas que se había puesto para rematar el *look*.

—Estás preciosa.

—Gracias, tú estás guapo —dijo, devolviendo el piropo aunque fuera la pura realidad.

Martín llevaba un pantalón vaquero negro que se ajustaba a su cuerpo a la perfección, una camiseta de cuello de pico también negra y una chaqueta de cuero del mismo tono que le daba cierto aire macarra de lo más arrebatador; una chaqueta que ella misma le había regalado y que no esperaba que conservara.

Él asintió con una sonrisa traviesa.

—Gracias. Esta chaqueta siempre me ha hecho sentir atractivo —dijo con un guiño descarado.

Olimpia aguantó la respiración. Si no respiraba, no podría hablar, y si no lo hacía, no se pondría en ridículo cuando dejara salir todo lo que pensaba en ese momento.

En cuanto llegaron al coche el silencio se impuso como una losa. Martín ni siquiera se molestó en encender el reproductor de CD, como hacía habitualmente.

Extrañada, le miró con curiosidad, y se lo encontró con la vista clavada en sus piernas. La falda se le había subido hasta medio muslo y la liga de sus medias quedaba a la vista junto con un buen pedazo de piel. Tiró con fuerza del dobladillo para bajarla y el gesto consiguió que Martín se recompusiera.

El resto del trayecto siguió sin música y con cada uno de los dos enfrascado en sus propios pensamientos. A pesar de eso, una vez sentados en el restaurante, la conversación regresó fluida y natural. Aunque hubo instantes en los que Martín se quedaba callado de un modo abrupto y Olimpia adivinó que el motivo de dicho silencio era que la dichosa falda se le había vuelto a subir hasta medio muslo.

Se marcharon pronto para llegar a la discoteca antes de que se masificara.

La noche, sin contar con los momentos incómodos producidos por la falda de su vestido, estaba transcurriendo de maravilla. Aparcaron bastante cerca de La Perla Negra, lo que ya de por sí era un logro. Y, tal y como esperaban, la discoteca estaba bastante despejada. Martín se dirigió hasta la barra con la mano de Olimpia asida a la suya.

El camarero le escuchó atentamente antes de asentir y marcharse al otro lado de la barra. Una vez allí, habló con otra persona y, cinco minutos después, estaban sentados en la zona VIP con la relaciones públicas sentada a su lado mientras les explicaba los servicios que ofrecía la discoteca.

Mientras Martín y la mujer hablaban, Olimpia se dedicó a observar lo que le rodeaba. De vez en cuando se veía obligada a darse un tirón para dejar de enseñar las medias, que siempre terminaban captando la atención de Martín, pero, por lo demás, la velada siguió tan perfecta como hasta entonces.

La decoración del local era alucinante y recordaba a las películas de Piratas del Caribe. Las paredes estaban pintadas de negro y las lámparas que colgaban del techo estaban construidas con redes de pesca. El símbolo de los piratas, la calavera y las dos tibias cruzadas, estaba pintado en un mural que ocupaba una pared entera y que brillaba cuando le daba la luz estroboscópica de la discoteca.

En el extremo izquierdo, grandes barriles de ron servían como mesas para que la gente dejara su copa mientras miraba la pista de baile.

La relaciones públicas se despidió con una sonrisa dirigida a Martín, pero este no captó su significado o no quiso hacerlo.

La atención de Olimpia volvía a recaer sobre él, a la espera de que se pronunciara. En su opinión, el local era perfecto para albergar la inauguración, lo que eliminaba un objetivo de la lista de trabajo pendiente.

Iba a sonreír a Martín, contenta por haber dado con La Perla Negra, cuando este soltó de sopetón:

—Seguiremos buscando. No me convence este sitio.

—Pero ¡qué dices! Es perfecto. Es justo lo que buscábamos.

—No lo es. ¿Nos vamos?

Olimpia se levantó de la silla de un saltó y ni se molestó en mirarle o en alisarse el vestido. Estaba tan enfadada que a punto estuvo de soltarse de su mano en cuanto él la enganchó entre sus dedos, pero había tanta gente que comprendió que, si le soltaba, corría el riesgo de perderle y tener que ponerse a buscar un taxi que la llevara a casa.

Martín no habló mientras caminaban hasta el coche y ella tampoco lo hizo. Estaba cabreada porque no estuviera de acuerdo en que era el local perfecto. Ni siquiera se había molestado en darle sus razones para rechazarlo.

Llevaban más de una semana buscando y todos los locales que visitaban tenían una pega u otra. Ninguno era lo suficiente bueno para él.

Y hasta que no dieran con él iba a tener que seguir saliendo con Martín porque se había comprometido a ello. Aunque, en realidad, ese no era el único problema: lo que realmente le enfurecía era que no tuviera en cuenta su opinión y que con cada cita su determinación de ser solo amigos se volviera más y más difícil de mantener.

Entraron en el coche y Martín arrancó, todavía sin decir nada. Rita

Ora y Chris Brown comenzaron a cantar *Body on me*, pero a pesar de que a Olimpia le encantaba la canción, ni siquiera la oyó.

—No creo que sea buena idea seguir con esto. Está claro que mi opinión no cuenta para nada. —Puso las manos en su regazo para cubrirse las rodillas, que volvían a estar al descubierto.

—Por supuesto que cuenta.

—No, no cuenta, y deja de mirarme las piernas.

—Pues si no quieres que mire, no me las enseñes —contestó él sin perder la calma.

—¡Eres... Eres! —Se calló un segundo para calmarse y retomar el hilo anterior de conversación—. Estás loco si no ves que La Perla Negra es el sitio perfecto para celebrar la inauguración.

—Pues a mí no me lo parece.

—Loco, completamente loco —espetó Olimpia en voz alta, hablando consigo misma.

Martín giró la cabeza y la miró un segundo antes de dar un volantazo y meter el coche en el aparcamiento público que quedaba a su izquierda. Una vez dentro, solo se detuvo para recoger el *ticket* con el que pagar a la salida.

—¿Qué haces? ¿Por qué estamos aquí?

No respondió, se limitó a dar vueltas por el aparcamiento. A la tercera vuelta, Olimpia ya estaba segura de que había perdido el juicio. Entonces él

se detuvo, escogiendo una plaza pegada a la pared, en la esquina más alejada del acceso a la planta. Apagó el motor y la miró.

—Por favor, pasa al asiento de atrás.

—¿Qué dices? Martín, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Olimpia, pasa al asiento de atrás o te prometo que te pasaré yo mismo.

—¡Estás loco!

—Tienes razón, “pastelito”, y como la tienes, he decidido demostrarte lo loco que estoy —explicó al tiempo que señalaba el asiento trasero—. Llevo toda la noche perturbado, ya va siendo hora de que lo remedie, ¿no crees?

Sin comprender qué sucedía o el motivo por el que Martín insistía en que se cambiara de sitio, saltó por encima del freno de mano y se sentó en el asiento de atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido. Si no hubiese aparcado tan pegado a la pared podría haber salido por la puerta del copiloto y dar la vuelta; pero no, Martín no le podía poner las cosas fáciles.

Pendiente de cuál sería su siguiente movimiento le vio sacar la llave del contacto y pulsar el botón de cierre del vehículo.

—¿Qué haces? Estás empezando a ponerme nerviosa.

Él no contestó. Se limitó a quitarse la chaqueta y a dejarla de

cualquier manera en el asiento del copiloto. Después la siguió hasta el asiento de atrás, invadiendo su espacio hasta quedar pegado a ella.

—A ver, “pastelito”. Ponte así —pidió, empujándola con suavidad para que se recostara—. Deja que te vea bien por fin las ligas. —Sus manos subieron por sus piernas arrastrando a su paso la falda.

—No creo que...

Se calló cuando sintió sus manos llegar a un punto especialmente sensible.

—¿Qué estás haciendo?

—Demostrarte lo loco que estoy. Lo loco que me tienes —aseguró él, mirándola a los ojos.

Un segundo después sintió el frescor en sus piernas cuando le subió la falda hasta la cintura.

—Preciosas —ronroneó Martín con la boca en su muslo. Acariciándola por encima de las medias con liguero que se había puesto—. Pero no tanto como tu piel.

Sus manos seguían la misma estela que su boca, hasta que tomaron la iniciativa y le abrieron camino hasta el lugar en que deseaba perderse. Tomó las braguitas de Olimpia de los laterales y las bajó por sus piernas hasta que acabaron en el suelo del coche. Las medias eran otro tema... No tenía ninguna intención de deshacerse de ellas. Era sexy como el demonio verla

con aquellas medias y sus zapatos de tacón.

—Martín será mejor que no...

Le separó los labios con los dedos y la miró antes de tantearla con la boca y la lengua.

—Ábrete para mí —pidió Martín en un susurro caliente que caldeó cada recodo de su cuerpo.

Un instante después su boca estaba sobre su piel, lamiendo y presionando en el nudo de nervios en que se centraba su placer. La sentía caliente, húmeda y demoledora bajo sus labios, enloqueciéndola con los trazos de su lengua; primero superficiales, luego incesantes y profundos.

—Martín —se quejó, alzando las caderas en busca de más besos—.
Martín, ¡oh!

—Sigue diciendo mi nombre y no pararé nunca —avisó con la voz ronca al tiempo que introducía sus dedos en la calidez femenina. Empujándola cada vez más cerca de la culminación—. Sabes tan bien como recordaba.

Olimpia se alzó sobre sus antebrazos para observarle. Tenía la cabeza entre sus piernas y la miraba con sus ojos oscuros brillantes por el deseo. Verle allí hubiera sido suficiente para que se dejara llevar.

Explotó cuando su lengua pulsó con fuerza en el punto más sensible de su cuerpo. Arqueó la espalda y se dejó llevar por las sensaciones.

Tardó casi un minuto en volver a abrir los ojos y poder hablar. Martín la observaba como si fuera un valioso objeto mágico difícil de encontrar.

—No pienso devolverte el favor —se rio ella, todavía agotada por el orgasmo.

Martín le respondió con una sonrisa.

—Claro que sí, “pastelito”. Te mueres de ganas de hacérmelo.

Olimpia sonrió y se incorporó sin negarlo. Sus manos buscaron la cremallera de los pantalones y los abrió sin dejar de mirarle a los ojos. La piel se sentía caliente y suave bajo sus dedos. Olimpia ya no sabía cuál de los dos lo deseaba más, si él o ella.

Agachó la cabeza con lentitud, saboreando el momento, y se lo llevó a la boca. El sabor salado de su piel bailó sobre su lengua. Movié la mano lentamente mientras seguía explorándole, recordando lo que era sentirle en su boca, paladear su sabor... Siguió besándole, metiéndolo más profundo dentro de ella, empujándolo hasta la garganta.

Las manos de Martín estaban sobre su pelo, en sus hombros, intentando llegar a cualquier parte de ella susceptible de ser acariciada.

—No voy a durar nada. Todavía siento tu sabor en mis labios y no puedo aguantar más.

Ella alzó la cabeza sin dejar de lamer la punta, con su lengua resbalando por su dura suavidad. Esbozó una sonrisa traviesa que aumentó el

calor que Martín sentía en el vientre. Antes de que pudiera intentar detenerlo, echó la cabeza hacía atrás y, sin dejar de tocarla, se liberó.

Cuando pudo hablar, alzó la cabeza y la miró. Todavía estaba sonrojada por el calor del momento.

—Eres preciosa.

—Gracias, tú tampoco estás mal.

Martín sonrió, divertido por la respuesta de ella.

—Bueno, esto lo cambia todo —apuntó él sin dejar de mirarla. Tampoco es que pudiera dejar de hacerlo. No había sido capaz desde que había regresado a la ciudad y a su vida, y tampoco es que no hubiese sido ella la causa de su regreso.

—No cambia nada, Martín. Y no va a volver a repetirse.

Él la miró unos segundos antes de hablar. Buscaba en sus ojos las respuestas a las cuestiones que no se atrevía a hacerle en ese momento.

—Te aseguro que se volverá a repetir, “pastelito”.

Un fin de semana para olvidar.

El sábado por la mañana, cuando Olimpia llegó a la tienda y se encontró con Gerardo, quien llegaba antes ahora que había traspasado el negocio a su sobrino que cuando era el dueño absoluto, sintió la decepción abrirse paso en su pecho. Martín la evitaba.

Que Gerardo estuviera allí tan pronto solo podía significar que Martín se había tomado el día libre. Y aunque una pequeña parte de ella agradecía no tener que enfrentarse a lo que había sucedido entre ellos la noche anterior, otra parte mucho más pequeña y juiciosa se alegraba de descubrir que para él no había sido tanto.

—Buenos días, jefe.

—Hola, corazón.

—¿Qué sucede? ¿Te aburres de dormir hasta tarde?

Su sonrisa amable tranquilizó un poco a Olimpia.

—No, de eso y de Arturo no me aburriré nunca. —Rio con picardía —. He venido a sustituir a Martín. Me llamó de madrugada para decirme que le había surgido un imprevisto y que necesitaba que viniera a echarle una

mano.

—Puedo arreglármelas sola —afirmó, y su voz sonó más fría de lo que deseaba. Después de todo, Gerardo no tenía la culpa de la estampida de su sobrino.

—Lo sé, y Martín también. Lo que pasa es que con los obreros por aquí estamos más tranquilos si hay alguien acompañándote.

Olimpia abrió los ojos sorprendida y Gerardo aprovechó para justificarse:

—No porque vaya a suceder nada malo, sino porque no puedes ocuparte de responder a sus dudas y de atender a los clientes al mismo tiempo.

—No, tienes razón. No puedo.

Intentando actuar con normalidad se puso la bata y encendió el ordenador para comprobar si se esperaban envíos para esa mañana. Sin embargo, por mucho que lo intentó, no pudo quitarse de la cabeza que Martín no había ido al trabajo esa mañana.

Tendría que haber supuesto que sucedería algo así cuando afirmó que lo que había sucedido entre ellos cambiaba las cosas. Ella se había negado a que lo hiciera pero, visto lo visto, no estaba en su mano lograrlo.

Era evidente que Martín no quería verla y afrontar lo sucedido. Seguro que pensaba que si dejaban de verse unos días podrían fingir que no

había nada de lo que arrepentirse.

A pesar de que los sábados solo trabajaban cuatro horas, a Olimpia la jornada se le hizo eterna. Cuando por fin fue hora de regresar a casa, estaba tan apagada que pasó por el restaurante chino de su barrio y pidió comida para un regimiento.

Nico tenía un bolo en Madrid y no llegaría hasta la tarde del día siguiente. Eso si no hacía una parada en casa de Natalia como la vez anterior. El caso era que iba a tener tiempo más que suficiente para deprimirse y mirar el teléfono a la espera de que Martín diera señales de vida.

A las ocho de la tarde ya estaba de los nervios porque no se hubiera puesto en contacto con ella. Dos horas después, había dejado el estrés en favor de la desidia.

Para desconectar, se pasó la noche comiendo chocolate y viendo películas tristes en televisión. Y como si los encargados de la programación de las distintas cadenas estuvieran al tanto de su bajón emocional, en una sola tarde emitieron *500 días juntos*, *Dirty Dancing*, *Havana Nights* y *Posdata: Te quiero*. Cada cual más lacrimógena.

Después de la sesión se metió en la cama con los ojos rojos y la caja de pañuelos de papel vacía.

El domingo ni siquiera se molestó en quitarse el pijama, que llevaba puesto desde que llegó a casa el día anterior. Como tampoco tenía ganas de

cocinar, se comió las sobras de la comida china y se plantó frente al televisor, a la espera de que la programación fuera similar a la del día anterior.

No hubo suerte y acabó quedándose dormida allí mismo, pensando que no hacía mucho tiempo que Martín había apoyado la cabeza en el mismo lugar. Se despertó de malas, enfadada consigo misma por sucumbir de ese modo. Le había dicho a Martín en dos ocasiones que sus acercamientos no iban a repetirse y ahora que tenía la certeza de que iba a ser así. Se sentía derrotada y no tan contenta como debería.

—¡Soy patética!

—Mujer, yo no diría tanto —apuntó una voz masculina con diversión—. Un poco dejada sí que se te ve. —Y añadió con sorna—: Incluso me atrevería a decir que hueles mal.

Sorprendida, se levantó de golpe para encontrarse con la cara burlona de su hermano, que la observaba desde el sillón.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí —respondió Nico arqueando una ceja.

—Lo sé. Me refiero a qué haces aquí ahora. Creía que estabas en Madrid y que después te irías con alguna de tus amigas a cenar —comentó, sin querer descubrir lo que Natalia le había confiado.

—“Amiga”; no amigas —puntualizó con una sonrisa traviesa—. Ahora solo tengo una y no puedo decir que no sea una novedad.

—¿De verdad? ¿La conozco?

Nico ladeó la cabeza buscando dar con una mirada intimidatoria que la hiciera encogerse. No hubo suerte.

—No te hagas la sorprendida. Natalia me dijo que comisteis juntas y ella es incapaz de ninguna falsedad o doblez. Te lo ha contado. —No era una pregunta.

—De acuerdo. Me lo ha contado y que sepas que me alegro mucho de que estés con ella, es una chica estupenda. —Y añadió con una sonrisa—: A pesar de su incapacidad para llevar lentillas.

Nico soltó unas carcajadas.

—Estamos de acuerdo en lo de estupenda. Ahora ve a ducharte y ponte algo decente para que pueda llevarte a cenar.

Olimpia sintió que el calor subía por su pecho. Desde que abrió los ojos y se encontró con su hermano no había vuelto a pensar en mensajes de texto que no llegaban, en llamadas o en besos apasionados.

—Gracias, pero imagino que tienes planes. No tienes por qué cenar conmigo... —Omitió la segunda parte de la frase: “Porque te dé pena”.

—Por supuesto que tengo planes. Cenar con mi hermana y mi amiga. Soy un tipo afortunado que va a pasar la noche con una pelirroja y una morena. Seré la envidia de todos los tíos en cincuenta metros a la redonda.

Olimpia no rebatió la afirmación. Aunque fuera egoísta, necesitaba

olvidarse unas horas de sus preocupaciones y, como había dicho, Natalia le caía muy bien.

Nico las llevó a cenar a una tasca especializada en tapas. La morena se mostró encantada cuando supo que Olimpia pasaría la noche con ellos, y esta sabía que era sincera.

Por unas horas se olvidó de sus problemas para fijarse en el modo en que se miraban Nico y Natalia. Su hermano se pasaba el tiempo tocándola, casi sin ser consciente de que lo hacía. Le rozaba el brazo, la rodilla o le apartaba un mechón imaginario de la cara. Natalia por su parte le miraba con los ojos brillantes y la sonrisa en los labios. Aunque disimulaban sus gestos, no siempre podían.

—Estás poco habladora —comentó Natalia con una sonrisa—. Te aburrirnos, ¿verdad?

—No, para nada. Es que no estoy teniendo un buen fin de semana. Ya me entiendes.

La morena abrió los ojos con asombro cuando captó el mensaje.

—¡Oh! Lo siento.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Nico, paseando la mirada de una a otra.

Olimpia suspiró exageradamente y, tras esbozar una sonrisa forzada,

soltó la bomba Martín.

—¿Tú lo sabías? —preguntó mirando a su amiga con un deje de incredulidad en la voz.

—Sí, pero no podía traicionar su confianza y contártelo.

Nico asintió con brusquedad.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

Ante la pregunta, una leve sonrisa asomó en sus labios.

—De verdad. Además, no eras tú la que tenía que decírmelo. —La sonrisa se esfumó cuando volvió su atención a Olimpia.

—¿Por qué no me lo dijiste, Pía? Soy tu hermano. Me preocupo por ti.

—Por eso mismo. Tampoco me pareció tan importante. Sin contar con que te lo estoy contando ahora.

—¿Perdona? ¿No te pareció importante contarme que Martín había vuelto? Ese tipo te jodió la vida y ahora quiere hacerlo otra vez.

—Por supuesto que no quiere hacer lo mismo.

—¿En serio? Entonces explícame por qué estás tan de bajón. Te he tenido que obligar para que te vistieras.

—No tenía ganas de salir. Eso es todo. Estoy un poco cansada.

—Muy bien, si tú lo dices. —Nico no quiso decir nada más.

No quería que su hermana se sintiera peor de lo que ya lo hacía, pero a partir de ahora iba a estar más pendiente de ella. Lo último que deseaba era que sufriera. No cuando él se sentía tan feliz.

Después de cenar, Olimpia le pidió a Nico que la acercara a casa. No quería fastidiarles el plan a la pareja; se notaba que querían estar solos. Por muy amables que fueran con ella, el anhelo con que se miraban despertó la conciencia de Olimpia.

Además, se excusó con que al día siguiente tenía que levantarse pronto para ir a trabajar.

El lunes volvió a ser interminable. Había perdido la esperanza de recibir un mensaje, por lo que ya ni se molestó en mirar el móvil.

En varias ocasiones se topó con la mirada preocupada de Gerardo clavada en ella, pero ni preguntó nada ni Olimpia se sentía con fuerzas para comentar el motivo de su apatía.

Cuando llegó el martes al trabajo, la tienda ya estaba abierta y los obreros habían empezado a atacar el mostrador y la parte principal del local. Se estaba preguntando cómo iban a atender a los clientes con tanto lío cuando la puerta del despacho se abrió y Martín salió por ella, con la bata puesta y unos vaqueros debajo.

En cuanto la vio, una amplia sonrisa se formó en sus labios. En dos zancadas se plantó frente a ella.

—Buenos días —saludó al tiempo que se inclinaba sobre ella para darle un beso en los labios.

—¿Qué haces? —la voz le salió más aguda de lo normal.

—Saludarte como se debe.

Y calló cualquier queja con un beso tan dulce como inesperado.

Dos medias verdades no hacen una.

—Espera, espera —pidió. Si pretendía recobrar la compostura y pensar con claridad necesitaba que el beso terminara cuanto antes.

—¿Qué sucede? —susurró sobre sus labios—. Te he echado de menos.

Olimpia puso sus dos manos sobre el pecho de Martín para separarlo de ella y recobrar el sentido.

—Para empezar, si no te hubieras ido sin decirme nada no tendrías que haberme echado de menos. Y para terminar, si me hubieses llamado, tampoco.

Martín esbozó una sonrisa complacida que le dijo a Olimpia que había dejado sus cartas al descubierto.

—Me marché porque tenía unos asuntos que atender en Nueva York. Cogí el primer vuelo que salía para allí después de dejarte en casa. No fue algo planeado, si no te lo hubiera dicho. Fue algo que surgió y que necesitaba cerrar cuanto antes. Por lo que cuando llegué me puse a trabajar en lo que me quedaba pendiente para regresar aquí contigo. ¿No te dijo nada Gerardo?

—Me dijo que tenías asuntos que atender. No me dijo cuánto tiempo tardarías en volver, ni tampoco que ibas a estar tan ocupado que no podrías

llamarme o mandarme un mensaje de texto.

—Suenas como una novia celosa.

Ella resopló de un modo muy poco femenino.

—Somos amigos. Y yo me preocupo por mis amigos. Créeme, no es nada personal —mintió con toda la dignidad que pudo encontrar.

Martín escondió una sonrisa.

—Tienes razón y siento no haberte llamado, pero apenas tuve tiempo para nada.

Olimpia asintió con una cabezada seca y le observó. Era cierto que tenía cercos oscuros bajo los ojos y una barba más larga de lo que nunca le había visto. Parecía cansado, lo que daba cierta credibilidad a su historia.

—¿A qué fuiste a Nueva York?

La mirada de Martín aumentó de intensidad.

—¿Qué te parece si te lo cuento mientras comemos? —ofreció, acercándose un poco más. Ahora que había dicho lo que tenía que decirle y se la veía más calmada.

—De acuerdo —aceptó sin molestarse en hacerse de rogar. Llevaba días sin verle y tenía ganas de pasar tiempo a su lado; además, el jefe de obra estaba parado detrás de Martín a la espera de que terminaran para abordarle.

—Perfecto —le dijo con una sonrisa antes de darse la vuelta para atender al hombre—. Cuéntame Pepe.

Olimpia se encaminó hasta el despacho, dejó la chaqueta y el bolso, descolgó su bata del perchero y se la puso.

Conforme estaba la tienda esos días, dudaba que ningún incauto se atreviera a entrar a comprar nada. Como mucho se acercaría alguno de los clientes habituales en busca de lentillas de repuesto, lo que no sería un problema porque las fichas estaban en el ordenador.

Desde que comenzaron las obras, la sala de descanso y el despacho apenas habían sufrido cambios, pero no se podía decir lo mismo de la sala de diagnóstico y de la zona de mostrador, que era justo donde se encontraban los tres obreros quitando muebles y haciendo agujeros en la pared para colgar las estanterías en las que irían las gafas de marcas más selectas.

Estaba abrochándose la bata cuando Martín entró en el despacho con la frente arrugada por la preocupación.

—Mañana vamos a tener que cerrar porque ya no podemos convivir con el equipo de reforma. Es probable que esta tarde ya no abramos al público.

—Esto va muy rápido y ni siquiera tenemos local para la inauguración —se quejó la pelirroja.

—Sí que tenemos.

—No sabía que hubieras ido a ver otro sin mí. —Por mucho que intentó disimular su descontento, este se vio claro en su tono.

—No he ido sin ti a ninguna parte. Estoy hablando de La Perla Negra. Esta mañana he llamado para confirmar que nos reserven el próximo viernes.

Olimpia parpadeó sorprendida y asustada por la noticia.

—¡Madre mía! Acabo de confirmarlo, estás como una cabra. ¡Qué locura!

Martín la miró con una sonrisa bailando en sus labios.

—¿Me estás retando a que te demuestre lo loco que estoy? Porque yo estaría encantado de volver a explicártelo.

—Sabes que no.

Él se acercó un poco más a ella. Tanto, que las puntas de sus zapatos rozaban los de Olimpia.

—¿Lo sé?

—Sí. —Y añadió tratando de salir de su hechizo—: Lo importante ahora es hacer una lista de invitados y preparar las invitaciones, que tenemos que enviar cuanto antes, el *catering*, buscar un Dj...

Sintió la mano de Martín en su mejilla. La acariciaba con lentitud, tratando que se calmara.

—No te preocupes. Está todo bajo control.

Olimpia asintió.

—Ya tengo la lista de invitados —continuó Martín—. Recuerda que he sufrido más de veinte horas de vuelo en tres días. He tenido tiempo de

pensar y de organizarme. Sobre el *catering* tampoco tenemos que preocuparnos, La Perla Negra trabaja con uno propio así que podemos recurrir a ellos. Solo tendríamos que escoger el menú. Las invitaciones las mandaremos por *email*, y será el equipo de informáticos de la empresa quienes las preparen, así llegarán sin problema. Y el Dj... ¿estás segura de que no conoces a ninguno?

Olimpia abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla sin pronunciar palabra. Si antes se había sorprendido, en esos momentos estaba noqueada. En ningún momento hubiera pensado que Martín se plantearía contratar a su hermano.

—¿Nico? ¿Mi hermano?

—¿Por qué no?

No pudo responder a la pregunta porque el móvil comenzó a sonar en su bolso y tuvo que buscarlo en el perchero en que lo había colgado.

Se sorprendió cuando vio que era Lola la que llamaba. Respondió preocupada, era demasiado pronto para que Lola la llamara, lo que la llevó a preocuparse por si Adrián que se había puesto malito y se trataba de una emergencia. Se tranquilizó al comprobar que la que estaba histérica perdida era su amiga, que tenía que presentarse en el trabajo para hacer un curso de formación y no tenía a nadie a quien dejar al cuidado del pequeño.

Llamaba a Olimpia para preguntarle si su madre podría quedarse con

él.

—Dejárselo a mi madre es una locura. ¿Lo sabes, verdad? Cuando vayas a recogerle creerás que te han dado el cambiazo.

—Tengo que ir al curso, Pía. Mario está reunido y mi madre desaparecida. No me quedan opciones.

—No lo entiendo. Estás de baja de maternidad, no pueden obligarte a asistir a un curso.

—Sí que pueden —lloriqueó Lola.

—De acuerdo y si... Y si me lo traes a mí. ¿A qué hora tienes que estar en el trabajo?

—A la una y media.

—A esa hora paro para comer. Mira, no te preocupes, yo iré a tu casa y me quedaré con mi ahijado hasta que llegues. ¿De acuerdo? No puedes tardar más de tres horas en hacer el maldito curso.

—¡Gracias, Pía! Eres increíble.

—Lo sé —apuntó esta, riendo.

—¡Hasta luego!

—*Ciao*, y no te estreses —le pidió. Aunque la conocía lo bastante bien como para saber que eso era imposible.

Tras colgar miró a Martín, que había estado pendiente de la conversación.

—No voy a poder comer contigo. ¡Lo siento! Tengo que cuidar de Adrián al mediodía. Lola tiene una urgencia de trabajo

Sus ojos negros brillaban con intensidad cuando habló:

—En ese caso te invito a cenar, sin restaurantes ni discotecas, en mi casa. Yo cocinaré para ti. —Y añadió con picardía—: Puedes tomarte la tarde libre, cuida del bebé de Lola y descansa. Lo vas a necesitar.

Creo que Marisol estaba equivocada con aquello de que la vida es una tómbola. Que lo fuera implicaría que siempre se gana algo; ya sabes, si no es un pito, una pelota. Y no es así. Aunque, puestos a buscar un símil, yo me quedo con una peonza. Gira y gira y lo que te mantiene en vilo no es conocer tu premio, sino saber cuándo y dónde parará...

Duelo de Titanes.

Nico esperó pacientemente hasta que vio salir a Olimpia de la óptica tres cuartos de hora antes de las dos, lo que le certificaba que Martín todavía estaba allí dentro.

Esperó hasta que la vio desaparecer tras la esquina y entonces cruzó de acera. Se plantó frente a la puerta de la tienda y tocó el timbre. Las puertas de cristal le dejaban completamente a la vista, pero puesto que no tenía intención de esconderse, no le importó poner a su rival sobre aviso.

Martín pulsó el interruptor y abrió sin inmutarse. “Un punto para él”, pensó Nico al tiempo que entraba.

—Has tardado más de lo que esperaba —le dijo a modo de saludo.

Ni siquiera se molestó en bajar la voz para que no le oyeran los operarios que estaban trabajando allí.

—Acabo de enterarme de que has regresado.

—Eso tiene más sentido.

—Lo que no tiene sentido es por qué has vuelto —le espetó Nico.

—Aquí, en el universo o específicamente en Valencia.

—No tengo ganas de bromas —le advirtió Nico—. ¿Por qué has vuelto?

Martín hizo un gesto con la mano, señalando el despacho, y Nico comprendió que, después de todo, sí que deseaba mantener la conversación en privado.

El despacho estaba mucho más limpio y recogido que el local, por lo que Nico dedujo que los obreros todavía no habían pasado por allí.

Se sentó en la butaca que Martín le señaló y esperó hasta que este hablara.

Después de un largo minuto en silencio, mirándose el uno al otro, por fin Martín dijo algo.

—Cometí un error, pero no va a volver a repetirse.

—Cuéntame algo que no sepa. No voy a dejar que vuelvas a hacerle daño.

—No tengo intención de hacérselo.

—Cualquiera lo diría por cómo la dejaste la última vez —espetó con la intención de hacerle sentir culpable.

—Era un crío idiota.

—Te he dicho que me cuentes algo que no sepa.

—De acuerdo. —Se detuvo para llenar sus pulmones antes de confesarle su mayor error—: No la engañé. Solo se lo hice creer.

Nico se removió en la silla.

—¿De qué estás hablando?

—Aquella tarde, cuando Olimpia vino y se encontró con una chica en mi casa... No estaba con ella. Estefanía es la hija de una amiga de mi madre a la que le pedí ayuda. Lo hice para que Olimpia la viera allí y sacara sus propias conclusiones.

A Nico le dolía la mandíbula de la fuerza con que apretaba los dientes.

El malnacido acababa de confesarle que le había roto el corazón a su hermana a propósito, consciente en todo momento de lo que iba a hacer. Lo que era peor que engañarla y abandonarla después.

—¿Qué dices que hiciste?

—Horas más tarde, cuando me di cuenta de lo que había hecho, hice las maletas y me preparé para desaparecer para siempre de allí.

—¿Por qué querías que Pía rompiera contigo?

—Como te he dicho era muy joven... Tenía ambiciones y estaba enamorado, lo que me hacía sentir enjaulado y aterrorizado. Me costó mucho tomar la decisión de dejar a Olimpia, pero sentía que tenía que hacerlo para poder cumplir con mis metas. Mi padre había muerto trabajando en una

fábrica y yo no quería terminar como él. Tenía dinero y muchas ganas de triunfar. También sabía que Olimpia no se daría fácilmente por vencida si le decía que quería romper nuestra relación. —Hizo una pausa para mirarle—. Rendirse no es su estilo. Nunca lo ha sido. Así que pensé que lo mejor era que ella me dejara a mí, y no se me ocurrió otro modo más que hacerle creer que la había engañado.

—¿Y sus sentimientos? ¿No pensaste en ellos? —Aunque Nico no había alzado la voz, la rabia era evidente en su tono.

—No creí que le afectara tanto.

—¿No lo creíste? Ella te adoraba.

—Me di cuenta cuando vi su expresión al ver quién le abría la puerta.

Nico se levantó de golpe, sentía que tenía que marcharse cuanto antes o se vería en un problema, porque lo único que deseaba era demostrarle a base de golpes a Martín lo mucho que se había equivocado.

—Quiero recuperarla. No he sido capaz de olvidarme de ella en todos estos años —afirmó Martín, que también se había levantado—. Y no ha sido porque no lo haya intentado.

Nico le sostuvo la mirada, evaluando la expresión a la vez firme y derrotada de Martín.

—No podrás hacerlo si no le cuentas toda la verdad. Y, si lo haces, es probable que la pierdas. —Esbozó una sonrisa tétrica—. Vas a tener que

volver a tomar decisiones, Martín. Y, por tu bien, espero que sean las acertadas y que no vuelvas a destrozar a mi hermana, porque esta vez te perseguiré hasta donde te escondas y te lo haré pagar.

—No voy a esconderme.

—Eso ya lo veremos. —Y más que una respuesta parecía una sentencia.

Cuando entró en el mesón La Cepa, Lola ya estaba allí sentada, esperándolo.

Nico se acercó hasta ella, que se levantó para darle dos besos.

—Gracias ayudarme con esto —agradeció Nico con una sonrisa triste.

—Nada que agradecer, puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Y añadió con una sonrisa—: Además, me va a venir de maravilla salir a comer contigo. Adrián me tiene absorbida.

La camarera se acercó en ese momento con dos cartas y, tras tomar nota de las bebidas, se marchó para darles tiempo para que eligieran lo que deseaban comer.

—¿Cómo te ha ido?

—Peor de lo que me esperaba, y ya es decir.

La misma chica que les llevó las cartas regresó con una bandeja en la que llevaba las bebidas y una cesta de pan, y les tomó nota de lo que querían

comer.

Nico esperó a que se alejara para retomar el tema.

—¿Te puedes creer que me dijo que no engañó a mi hermana? ¿Que todo fue premeditado para que ella rompiera con él?

—Sí, lo sé. Me lo dijo cuando vinieron a cenar a casa. —Arrugó el ceño—. ¿No te parece romántico que después de todo no fuera capaz de traicionarla?

La expresión de su amigo se volvió dura, como si acabara de recibir un bofetón.

—¿Romántico? Lola, le rompió el corazón a Pía a sangre fría. Ni siquiera tiene la excusa de haberse visto arrastrado por la pasión.

—Visto así...

—¿Y cómo quieres verlo?

—Como lo que fue, Nico. Dos críos de veintiún años enamorados pero con muy poco bagaje de la vida como para medir sus actos. Además, no te olvides de que la adolescencia de Martín fue mucho más dura que la nuestra. Cuando comenzó a salir con Pía, hacía pocos meses que su padre había muerto y el modo en que sucedió, aplastado por toneladas de bobinas de acero... Eso afectaría a cualquiera, y aun así, se repuso.

—No he dicho que no sea una buena persona, yo...

—Era un crío, Nico. Aterrorizado por lo que estaba sintiendo. Ya se

veía a sí mismo casado, con hijos y trabajando en algún lugar como en el que había trabajado su padre. ¿Se equivocó? Mucho. No dudes que pienso igual que tú, pero ahora ha vuelto y algo como lo que ellos tuvieron no se borra tan fácilmente.

—A lo mejor tienes razón.

—Gracias por darme el beneficio de la duda.

—Eres la mujer de Mario, es lo menos que puedo hacer por ti — bromeó Nico, quien se ganó un codazo de Lola por la broma.

Tenía la tarde libre, podía ir a cualquier lugar que quisiera y, sin embargo, había terminado en la radio solo porque Natalia estaba allí y necesitaba hablar con ella.

Aunque había hablado con Lola y lo había pasado genial con ella, sentía que necesitaba contarle a su amiga especial sus preocupaciones, que desde que supo del regreso de Martín no se centraban más que en Olimpia.

Entró en la emisora y buscó a Natalia con la mirada. Al no verla en su mesa se acercó hasta la sala de descanso y se quedó parado en la puerta, observándola. Se había sentado en una de las mesas con una taza de café y un libro en la mano. Era la única persona que había allí, lo que le permitía leer sin el ruido que habitualmente llenaba la sala.

Alzó la cabeza cuando Nico entró, como si hubiera sentido su presencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una sonrisa de bienvenida.

Nico cruzó la distancia y le dio un suave beso en los labios.

—He venido a pedirte consejo.

—En ese caso, pasa a mi consulta y ponte cómodo —ofreció al tiempo que señalaba una silla vacía a su lado.

Nico se dejó caer en el asiento y se desahogó, contándole su encuentro con Martín, de lo que habían hablado y lo que sabía por su propia boca. Después pasó a contarle la opinión de Lola y esperó nervioso hasta que Natalia le dio la suya.

—Lo siento, pero estoy con Lola. Ya no solo porque eran unos críos sino porque, por lo que cuentas, la vida de ese hombre no ha sido fácil. Entiendo que quisiera mejorar y, en cualquier caso, la que tiene que opinar sobre ello es Pía. Nosotros no pintamos nada en su historia. La decisión de estar con él es suya.

Nico lo sabía, y a pesar de ello había necesitado que Natalia se lo hiciera ver para comprenderlo de verdad.

—No importa lo mucho que nos preocupe Pía, lo mucho que tú intentes protegerla... La decisión será suya porque será ella la única que cargará con las consecuencias si toma la decisión incorrecta y todo sale mal.

—Su mano buscó la de él en un gesto de apoyo.

—¿Qué estabas leyendo? —inquirió, consciente de que por mucho que se preocupara o por muchas vueltas que le diera al tema, lo único real que podía hacer era ofrecerle su apoyo a Olimpia.

Natalia enrojeció y Nico supo que había encontrado algo jugoso.

—Una novela que me prestó mi hermana.

Había estado tan pendiente de ella que ni siquiera se había dado cuenta de que Natalia había escondido en libro en su bolso en cuanto lo vio.

—¿Qué novela?

Sabiendo que no iba a dejarlo hasta que lo supiera, Natalia la sacó del bolso y se la plantó delante de la cara. Lo único que mostraba era un título bastante sugerente en inglés y un tipo trajeado con muy buena planta.

—¿Es una novela erótica?

—Puede ser.

—¿En serio?

La morena se encogió de hombros.

—De acuerdo, pues te dejo leer. —Se despidió con un casto beso en la mejilla.

—¿Adónde vas?

—A casa. Tú lee, lee. —Y añadió tras darle un repaso a su cuerpo—:
Y luego me lo cuentas todo. Con pelos y señales, por favor.

Risotto de pollo y champiñones.

Cuidar de Adrián había sido una liberación. Durante las casi dos horas que pasó con él estuvo tan pendiente del niño que no pudo dedicar un solo segundo a sus aturullados pensamientos. Se olvidó por completo de los días que había pasado deprimida en casa porque Martín desapareció sin decir nada, del modo en que este la había recibido, como si no hubiese pasado nada y del hecho de que iba a cenar en su casa esa misma noche.

No obstante, aunque mientras estuvo con Adrián todo fue paz, en cuanto Lola metió la llave en la cerradura para abrir, la burbuja que Olimpia había erigido se vino abajo con un estallido que la dejó mareada.

Martín la había invitado a su casa a cenar, lo que les daría una intimidad de la que no habían disfrutado antes. Y había dicho que tenía algo que contarle.

—¡Lola!

—Ya estoy aquí, Pía. ¿Adrián está bien?

—Sí, está dormido.

—¿Entonces, por qué gritas? —preguntó, asustada por el modo en que la había recibido.

—Estoy nerviosa.

—Pero Adrián está bien, ¿verdad?

—¡Que sí, pesada! Soy yo la que está mal.

Antes de comentar nada, Lola se quitó la chaqueta y le dio un repaso a su amiga. No encontró nada en su aspecto, por lo que dedujo que se trataba de otra cosa.

—¿Es por Martín? ¿No te ha dado una explicación sobre por qué se fue tan de repente?

—No, no me la ha dado. Pero ha dicho que me lo explicará esta noche cuando me haga la cena.

Los ojos de Lola brillaron de alegría, juntó las manos y aplaudió, encantada.

—Eso es muy buena señal.

—¿Y si quiere...? Ya sabes, el viernes dimos un paso en nuestra relación y me ha invitado a su casa. Nunca antes me había invitado.

—¿Te refieres al sexo?

Olimpia asintió con una cabezada.

—Tampoco sería la primera vez. ¿Dónde está el problema?

Su amiga la miró con una expresión ofendida en el rostro.

—A lo mejor el problema es que en menos de tres semanas va a volver a marcharse. A lo mejor es que, si me permito que haya algo más, me voy a quedar hecha polvo y, ¿sabes qué? Con una vez ya tuve bastante.

—No sabes cuáles son sus intenciones. No puede haberse acercado a ti... de ese modo, si pensaba marcharse. Tienes que darle la oportunidad de explicarse.

—De acuerdo, puedo hacerlo —aseguró, aunque no estuviera muy claro si lo decía para que Lola la creyera o para concienciarse a sí misma.

Como había llegado cinco minutos antes de la hora a la que habían quedado, Olimpia se quedó en el coche escuchando *Green eyes*, de Coldplay. No tenía ninguna intención de bajar de su vehículo hasta que pasaran, por lo menos, cinco minutos de la hora señalada. No fuera a creer que estaba desesperada por verle.

Como había aparcado a unas calles de casa de Martín, salió del coche y se encaminó hasta allí. El tiempo que le costara llegar cubriría los cinco minutos de retraso que había planeado.

Unos segundos después de haber llamado, Martín abrió el portal sin preguntar si quiera quién era.

La puerta también estaba abierta cuando llegó. Entró al tiempo que saludaba y se fijó en que las cajas habían desaparecido. El piso parecía más lleno, como si Martín hubiera dedicado tiempo a colocar cada cosa en su sitio. Tenía cierto aire a hogar.

—Estoy en la cocina —anunció desde allí.

—Huele bien, ¿qué estás haciendo? —preguntó al tiempo que entraba en la cocina. No supo muy bien si acercarse a besarle o quedarse donde estaba. Al final se decidió por quedarse quieta.

Él alzó la mirada y le dio un repaso a su atuendo. Se había vestido cómoda: vaqueros, camiseta ceñida de color verde y bailarinas. Puesto que no iban a salir, no quería ir muy arreglada para que no creyera que pretendía seducirle. No porque no tuviera intención de hacerlo, sino porque no quería resultar evidente.

Él mismo iba vestido también informal: vaqueros oscuros y una camiseta sencilla de manga corta que dejaba al descubierto sus tonificados bíceps.

—*Risotto* de pollo y champiñones, ¿quieres probarlo? —ofreció, apartando lo justo la mirada de la sartén.

—Claro.

Con una sonrisa ladeada le ofreció un poco con la cuchara, lo que la obligó a acercarse.

—Está muy rico.

—A ver... —pidió Martín acercando su boca para besarla y probar en ella la comida.

—Tienes razón. Está delicioso —comentó apagando el fuego.

Y, como si no tuviera más importancia, se puso a abrir armarios y a

sacar de ellos platos y copas. Olimpia le siguió hasta el comedor y se fijó en que encima de la mesa había puesto un mantel y unas velas.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Cuando llegué a Nueva York compartí piso con una italiano que estudiaba para ser *chef*. Aprendí algunas recetas.

—Supongo que para impresionar con ellas a tus citas.

—Es posible. ¿Te he impresionado?

Olimpia obvió la pregunta porque responderla implicaba mucho más de lo que en ese momento estaba dispuesta a reconocer.

—¿Qué has hecho con las cajas?

Martín no la presionó.

—Las he tirado. Después de vaciarlas, claro.

—¿Por qué?

—¿Para qué las iba a guardar?

—¿Estás siendo obtuso a propósito? —preguntó mientras caminaban de regreso a la cocina para preparar unos aperitivos.

—No soy obtuso. Lo que pasa es que no haces las preguntas cuyas respuestas quieres saber —pinchó sin mirarla al tiempo que ponía unas aceitunas en un bol.

Olimpia rechinó los dientes.

—De acuerdo, ¿por qué has vaciado las cajas si te vas a volver a

marchar en unos días?

—Ah, eso. Es que no me voy a ir otra vez. —Y añadió clavando en ella la mirada—: O, al menos, no me voy a marchar durante mucho tiempo. Cuando acabe con la tienda de París voy a regresar.

—¿Qué?

—El departamento legal e informático de la empresa está en Nueva York, pero ahora que nos estamos estableciendo en Europa tengo que crear uno para la zona euro. Además, ya tenemos dos solicitudes para abrir franquicias, una en Madrid y otra en Barcelona.

—Me alegro mucho de que las cosas estén funcionando tan bien — comentó con una sonrisa de compromiso. Que Martín tuviera planeado regresar era una buena noticia, lo que no le parecía tan bien era el motivo por el que lo hacía.

—Pero sobre todo vuelvo porque tú estás aquí. —Lo dijo con seriedad, borrando todo rastro de humor en su tono.

—¿Por mí?

Martín se acercó hasta Olimpia y, asiéndola de los costados, la acercó a su cuerpo.

—Sé que hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, pero no sé si voy a ser capaz de esperar.

—¿Qué quieres decir con esperar? —preguntó frunciendo el ceño.

Desde que Martín le había confesado que uno de los motivos por los que regresaba era para estar a su lado no había sido capaz de hilar dos pensamientos coherentes.

—Que tengo la sensación de que preparar *risotto* para cenar ha sido un golpe de genialidad, porque cuando nos lo comamos, dentro de un rato, va a estar igual de bueno que si lo acabara de hacer —explicó un segundo antes de asaltar su boca con un beso que no se parecía a ninguno de los que le había dado hasta el momento.

Era un beso urgente, de necesidad. Martín se separó de ella un instante para mirar alrededor, buscando un lugar en el que estuvieran cómodos. Cuando comprendió que la cocina no era el mejor escenario para su reencuentro, se agachó y pasó un brazo por detrás de las rodillas de Olimpia, el otro por la espalda y la levantó del suelo. Pillada por sorpresa, no mostró ninguna resistencia y, antes de que pudiera reaccionar, estaba en el dormitorio de Martín viendo cómo se deshacía de los zapatos y de su camiseta.

—Ahora tú —pidió tirando de su jersey. No contento con ello, bajó las manos hasta el botón de sus vaqueros y se los quitó tan rápido que Olimpia no pudo hacer otra cosa más que levantar los pies para que se los sacara.

Se quedó plantada frente a él, con los brazos a los costados, en

sujetador y bragas. No era la primera vez que la veía de esa guisa, pero ambos lo sentían como si lo fuera.

—Tu ropa interior es preciosa —comentó Martín con la voz ronca—, pero me interesa más lo que cubre.

Sus manos volaron hasta el cierre del sujetador negro y fucsia de encaje.

—¡Espera! —pidió Olimpia, dando un paso atrás—. Tú primero. Quítate los pantalones.

Martín sonrió antes de bajárselos hasta los tobillos junto a los bóxer negros, y su sonrisa se amplió cuando escuchó el jadeo de Olimpia al verle desnudo.

—Ya no hay excusas, “pastelito”. —Aunque su intención era quitarle la ropa cuando antes, se quedó donde estaba al verla llevar las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador, que le lanzó a la cara con una sonrisa traviesa.

—¡Sigue! —pidió, cada vez más ansioso por tocar las puntas rosadas de sus senos.

Obediente, pasó los dedos por los laterales de sus braguitas y las bajó sin perder de vista a Martín, que de la tensión contenía la respiración.

—Adoro el rojo —opinó al tiempo que se abalanzaba sobre su más que dispuesta presa.

Martín comenzó por su boca, devorándola y retándola a ofrecerse a él. Una vez que los labios de Olimpia estuvieron rojos e hinchados, se dedicó al resto de su cuerpo, dedicando especial atención a sus pechos.

El reguero de besos se deslizó por su vientre y solo se detuvo cuando llegó al punto que deseaba saborear.

—No he podido pensar en nada más que en tu sabor —susurró mientras su aliento incendiaba la parte más sensible de Olimpia.

La respuesta de ella fue un gemido lánguido que se intensificó al ritmo en que Martín lamía y mordisqueaba su piel. Los dedos se unieron al festín, explorándola y obligando a su cuerpo a buscar la culminación del clímax. Olimpia no podía estarse quieta, bombeaba las caderas para pegar su piel a la ávida boca que la torturaba, coordinando sus movimientos con los dedos que la penetraban a un ritmo enloquecedor.

El clímax la dejó rendida. Sin embargo, antes de que pudiera recuperarse, Martín abrió el cajón de la mesilla de noche, sacó un paquetito azul y, tras trastear con su contenido, se hundió en Olimpia con un envite profundo que les cortó la respiración a ambos.

Martín salió para volver a hundirse en ella, una y otra vez, en un baile frenético y desesperado por conseguir fundirse con Olimpia.

Cuando el éxtasis los sacudió a la vez, quedaron desmadejados, con las piernas entrelazadas. Sin querer abandonar el calor del cuerpo femenino,

Martín rodó hasta quedar debajo de ella. Con ternura acarició el cabello de Olimpia, que se le había quedado pegado por el sudor.

—Quédate —pidió, susurrando en su oreja.

Estableciendo rutinas.

Jamás pensé que una persona pudiera pensar tantas gilipolleces y no ser gilipollas. Supongo que el que se trate de mí misma es lo que me impide definirme como gilipollas, pero, bueno, ahí estoy.

Si no lo fuera no llevaría media hora pensando en que todavía no sé qué somos Martín y yo. ¿Somos novios? ¿O la palabra es tan cursi que está pasada de moda? ¿Pareja? ¿Amigos especiales? ¿Amantes? Esta última no suena tan mal, pero creo que de momento me voy a quedar con la duda, porque me niego a dar el primer paso y preguntar. Y sí, quizás “cobarde” me pegue más que “gilipollas”.

Tras la cena en casa de Martín y esa primera noche en que Olimpia se quedó a dormir con él, la relación entre ambos cambió. Después de la confesión de él de que pensaba establecer su hogar en Valencia cuando el proyecto de París estuviera terminado, todo lo que había entre ellos estalló. Volaron por los aires las barreras que Olimpia se había esforzado en poner a su alrededor para protegerse del dolor del abandono. No era lo mismo saber

que Martín volvería a marcharse que tener la certeza de que aquella relación no tenía por qué acabar antes siquiera de empezar.

Aunque centraron sus esfuerzos en el trabajo pendiente, especialmente para terminar de organizar la inauguración prevista para ese mismo viernes, también tuvieron tiempo para aclarar todo lo que había quedado pendiente entre ellos. Olimpia había decidido quedarse y darse la oportunidad de volver a conocerle, ya que ocho años separados daban para mucho. Por eso Martín le dijo la verdad de lo que sucedió entre ellos; no quería comenzar su relación con mentiras o medias verdades.

De modo que, el miércoles, tras su intensa sesión de sexo de buenos días, Olimpia recibió la primera impresión de la semana: Martín no la había engañado con otra mujer, sino que le pidió a una amiga que le ayudara a hacérselo creer. Se lo contó mientras tomaban café y esperaban al que el ordenador se encendiera para ultimar los detalles del viernes.

Tras la confesión, el silencio se impuso durante horas, al menos por parte de Olimpia, que aun así siguió ayudándole con los detalles de la fiesta. Revisó la lista de invitados y esperó pacientemente a que Martín terminara de hablar por teléfono con los informáticos de Nueva York, que acaban de comenzar su jornada laboral cuando ellos estaban a punto de preparar la comida.

Durante todo ese tiempo, Olimpia se mantuvo callada y pensativa.

Recordaba vagamente haber escuchado una conversación al respecto entre la bruma ética, pero no era lo mismo que tener la certeza absoluta de que las cosas habían sucedido de ese modo.

—¿Te apetece que pidamos una pizza? —ofreció Martín tras colgar —. Así hacemos un descanso para comer.

—¿Te importa si salgo a dar una vuelta?

Martín la miró durante unos segundos antes de responder:

—No, aquí estaré cuando vuelvas.

Ella asintió y se levantó con rapidez. Antes de que pudiera asimilar lo que había sucedido ya estaba de camino a su casa, vestida con la ropa del día anterior. Dio gracias porque Nico no estuviera en el piso en ese momento, porque no se sentía con fuerzas de explicarle a su hermano mayor que acababa de pasar la noche con Martín.

Una vez allí, se despojó de la ropa y se metió en la ducha. El agua tibia consiguió que sus músculos se relajaran, aunque su cabeza seguía dando vueltas al mismo tema.

Durante años había fantaseado con que la escena de la rubia nunca se hubiese clavado en su memoria. Y ahora que tenía la certeza de que nada de lo que había supuesto era real, se encontraba dividida entre la incredulidad y el enfado por la frialdad del plan que Martín había urdido.

Tal y como había hecho los meses siguientes a su ruptura, se dedicó a

buscar en su mente algún indicio de que su relación no fuera bien, de que Martín hubiera cambiado de opinión y no quisiera estar con ella, pero no la encontró ni antes ni ahora. Durante el tiempo que fueron pareja él siempre fue atento y cariñoso. El novio perfecto. Discutían, como todas las parejas, pero antes de que llegara la sangre al río estaban reconciliándose con besos y caricias. Cuando cerró el grifo del agua tenía la piel arrugada por el tiempo que había pasado en la ducha.

Todavía sin respuestas, se secó y se puso un vestido de manga larga de punto gris. Era consciente de que tenía que volver a casa de Martín y contarle cómo se sentía; el caso era que primero tenía que saberlo ella misma.

Una vez vestida se sentó en la cama con la vieja libreta que había encontrado en un cajón de su mesita y un bolígrafo en la mano. Una parte de ella se moría de ganas de hacer una lista con los pros y los contras de perdonar a Martín, mientras la otra pensaba que la decisión era demasiado importante como para convertirla en un pensamiento más que plasmar en el papel.

Soltó la libreta y se llevó las manos a las sienes para masajearlas, desesperada por encontrar una respuesta. Un par de minutos más tarde se levantó de golpe y fue hasta el armario, sacó unos pantalones vaqueros y un jersey azul marino, y los dejó sobre la cama. Después voló al cuarto de baño y salió con un neceser en la mano, que dejó en el mismo sitio que la ropa.

Siguió abriendo cajones y sacando cosas durante un buen rato, y cuando por fin tuvo todo lo que necesitaba, se calzó y salió por la puerta de casa con un solo pensamiento rebotando en su mente: “Martín ya no es la misma persona que te dejó”.

En menos de diez minutos estaba de regreso en casa de Martín.

Cuando entró en el piso se topó con que él estaba de pie, inmóvil, a pocos centímetros de la puerta, esperando a que entrara y le diera su veredicto. Se le veía nervioso y preocupado, lo que afianzó un poco más la decisión de Olimpia, quien cruzó el umbral y dejó caer una bolsa con sus pertenencias y su bolso sobre el sofá, antes de girarse para cerrar la puerta.

—Hola —la saludó Martín, sin moverse de donde estaba—. ¿Has comido? —preguntó sin saber qué decir.

—Hola. No tengo hambre.

Martín asintió. Él tampoco era capaz de meterse nada en la boca.

—Espero que no te importe, pero he traído algunas de mis cosas para dejarlas aquí.

Martín parpadeó, confundido, aunque sus ojos brillaban por la esperanza.

—Ya sabes, un pijama, un cepillo de dientes, una muda de ropa...

Se calló de golpe cuando vio que había comprendido sus palabras y que se acercaba a ella a toda prisa.

—No. —Alzó la mano para detenerle, posándola sobre su pecho—.

Espera un momento.

—¿Qué sucede?

—Necesito que escuches algo antes.

Continuó cuando le vio asentir con la cabeza:

—No comparto tu opinión de entonces. Nuestra relación era algo positivo para ambos. Salir contigo me dio seguridad en mí misma y tú te volviste más cercano, menos borde. —Hizo una pausa—. Aun así, entiendo tu postura y la respeto. Solo te voy a pedir una cosa.

—Lo que sea.

—No vuelvas a decidir por mí. Si quieres que lo nuestro se acabe, me lo dices directamente. No volveré a perdonarte una traición, real o ficticia.

—Me parece bien, porque no voy a volver a mentirte.

—Más te vale —zanjó, acercándose para besarle.

Olimpia decidió que no había mejor forma de despertarse que con las caricias de Martín entre sus piernas. Y siguió pensando en ello al día siguiente, cuando la escena volvió a repetirse, y al siguiente...

—Buenos días —saludó al tiempo que se arqueaba sobre el colchón, espoleada por las caricias masculinas.

—Buenos días, “pastelito” —susurró Martín en su oído—. ¡Qué dulce

eres! —exclamó mordisqueando su cuello—. Como hoy vamos a estar un poco ocupados con la inauguración he pensado en recuperar el tiempo perdido —explicó, regando besos por su garganta y su pecho.

—¡Qué organizado!

—¿Verdad que sí?

Olimpia no pudo hablar cuando la boca de él se cerró sobre un endurecido pezón.

—¡Humm!

—De todas formas, esto es solo el aperitivo. Prometo compensarte esta noche como te mereces. ¿Te parece bien?

—¡Humm! Sí, por favor, sí. —Se arqueó al sentir sus dedos moverse en su interior—. ¡Lo que quieras! Pero no pares.

—Cómo me gusta que estés de acuerdo conmigo.

En el asiento contiguo de un tren.

Nico se subió al tren en cuanto este se detuvo en el andén y se sentó en su asiento, a la espera de que saliera a la hora prevista y pudiera llegar a tiempo a la inauguración de la óptica, ya que se había comprometido a pinchar en la fiesta. El problema era que el día anterior había tenido un bolo en Madrid y esa misma mañana una reunión con directivos de la emisora, y ahora todo eran prisas. Si el tren se retrasaba por algún motivo, llegaría justo a la discoteca sin tener tiempo de pasar por casa para cambiarse y dejar la bolsa.

Tampoco era que la idea de pinchar en la inauguración le apeteciera especialmente, lo que sucedía era que no quería dejar a su hermana sin vigilancia. Los últimos días apenas la había visto, lo que no sería un problema si no fuera porque eso significaba que estaba pasando tiempo con Martín y, aunque este le había prometido respetarla, Nico no terminaba de fiarse de su palabra.

Resopló al pensar en él y sacó el móvil de uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros para enviarle un mensaje a Natalia y confirmar que acudiría a La Perla Negra. Respondió a los pocos segundos con una carita sonriente y un “sí”.

Se acomodó en su asiento y cerró los ojos. No pudo relajarse mucho más porque una voz femenina con un fuerte acento americano lo saludó con efusividad.

—Buenas tardes.

Abrió los ojos para responder y se topó con que la chica intentaba levantar una maleta enorme para ponerla en el portamaletas superior.

—Buenas tardes, deja que te ayude —se ofreció, levantándose inmediatamente.

Tras varios intentos se dieron cuenta de que no cabía y tuvieron que meterla en los baldes de entrada al vagón.

—Gracias por la ayuda —dijo ella con una sonrisa de dientes perfectos.

Nico la observó con disimulo mientras ella se quitaba la chaqueta y se sentaba a su lado.

Era rubia y alta; muy alta. Delgada y con los ojos más azules que Nico hubiese visto nunca. Vestía con elegancia y, a juzgar por el corte de su ropa, era una persona con posibles. Tampoco es que él supiera mucho de moda, pero al vivir con Olimpia y su obsesión por los bolsos, era capaz de decir con certeza que el bolso que llevaba la rubia era un Chanel auténtico.

La chica se dio la vuelta y le pilló mirándola. Con una sonrisa, extendió su mano.

—Soy Brittany —se presentó.

—Yo soy Nico. Hablas muy bien español.

Ella sonrió con orgullo.

—Mi prometido es español. Él me ha enseñado. —Y para enfatizar la frase le mostro el anillo de compromiso que llevaba en el dedo.

—¡Vaya! Enhorabuena, no hay duda de que tu prometido tiene buen gusto.

Ella sonrió avergonzada y las mejillas se le tiñeron de rojo inmediatamente.

La intención de Nico al hacer el comentario no había sido incomodarla, sino dejar claro que tanto la novia como el anillo eran muy bonitos.

El vagón se fue llenando y el tren se puso en marcha a la hora prevista, aligerando un poco el peso que Nico tenía en el pecho.

En ese momento pasó la azafata con los auriculares para la película y vio como Brittany cogía dos y le ofrecía uno.

—Gracias.

—*You're welcome.*

Sonrió al escucharla y Brittany volvió a enrojecer al darse cuenta de que había hablado en inglés.

—Lo siento.

—No te preocupes, es normal. Ya te acostumbrarás. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte en España?

Brittany se encogió de hombros.

—Depende.

Arqueando las cejas, Nico esperó a ver si quería continuar con la conversación.

—Mi prometido... Bueno... él me dejó.

Atónito, no fue capaz de decir nada.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Me dejó unas semanas antes de venirse a España. —Hizo una pausa como si temiera ser juzgada—. Hace unos días regresó a Nueva York, pero yo ya estaba en España. En cualquier caso, no intentó ponerse en contacto conmigo.

—Perdóname si te ofendo, pero si os habéis separado, ¿qué haces tú aquí?

—Tengo la esperanza de poder arreglarlo. Aunque no sé si podrá ser. Parecía muy seguro de lo que hacía cuando rompió conmigo.

—Pues espero que tengas suerte. —Se detuvo para ofrecerle una sonrisa maquiavélica—. Además, que no te haya pedido que le devuelvas el anillo es una señal de que quizás no está tan seguro.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Un diamante así tiene que valer una fortuna. Yo te hubiera pedido que me lo devolvieras.

Brittany se echó a reír.

—Seguro que no lo hubieras hecho.

Nico asintió con vehemencia.

—Créeme, lo hubiera hecho.

El resto del viaje siguió la misma tónica. Hablaban de vez en cuando o escuchaban música. La película que emitieron era tan mala que ninguno de los dos se molestó en conectar los auriculares.

Al bajar del tren, Nico se ofreció a llevarla hasta su hotel, ya que tenía el coche aparcado desde el día anterior en el aparcamiento de la estación. Brittany aceptó con timidez y Nico la ayudó a llevar las maletas hasta su coche.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó, sabiendo que iba a estar sola.

Por lo que le había contado, su vuelo desde Nueva York aterrizó en Madrid, donde había pasado cuatro días haciendo turismo, completamente sola.

Y saber que le esperaba lo mismo en Valencia le hacía sentir mal. Brittany era una chica encantadora, y aunque no pudiera hacer nada para que su novio quisiera volver con ella, sí que podía invitarla a la fiesta de

inauguración de la óptica en que trabajaba su hermana. Después de todo, él era el Dj.

—No —rio ella—. Supongo que haré una lista con los lugares de la ciudad que quiero visitar.

—Esta noche mi hermana da una fiesta. ¿Por qué no te vienes?

Ella le miró con cautela y Nico se dio cuenta de lo que estaba pensando. Se rio con ganas al comprender que creía que estaba coqueteando con ella.

—No te preocupes, tengo novia. —Se mordió la lengua al soltar la última palabra—. O algo así. Te invito porque no quiero que pases tu primera noche en Valencia sola.

—Iba a llamar a...

—Tu novio puede esperar un día más. Ven esta noche y le llamas mañana.

—Yo...

—Te doy la dirección, apunta —pidió mientras ella tomaba nota en su móvil—. Después tú decides.

—De acuerdo.

—Dejaré tu nombre en la puerta. Si te animas solo tendrás que darlo para que te dejen pasar.

Cuando se detuvo frente a su hotel la ayudó a llevar las maletas hasta

la puerta. Enseguida salió un empleado para cargar con el equipaje y Nico aprovechó para insistir con que fuera a la fiesta.

—Si te animas dale la dirección que te he pasado a un taxista y te llevará sin problemas hasta la discoteca. Pero si decides no venir, espero que tengas mucha suerte y consigas tu propósito.

—Gracias, Nico. Por todo lo que has hecho hoy por mí.

—*You're welcome* —se despidió con un guiño de ojos.

Tropezar con la misma piedra

Cuando Martín y Olimpia llegaron a la discoteca, solo estaban allí los camareros y la gerente del local, con la que ya habían hablado anteriormente. Llevaban ya media hora tratando de organizar al personal extra que la discoteca había contratado, cuando aparecieron Gerardo y Arturo.

—Corazón, estás preciosa Tu vestido hace juego con tu pelo —saludó Gerardo besando sus mejillas.

Olimpia había escogido un vestido rojo con escote palabra de honor y corto hasta la rodilla, sabiendo que ese era el color favorito de Martín.

Los últimos dos días habían sido lo más parecido a estar de vacaciones, pudiendo disfrutar de su relación. Ciertamente era que habían trabajado mucho para ultimar detalles, pero el que fuera la primera vez que Olimpia lo hacía desde la cama, equilibró el marcador.

Tras poner las cartas sobre la mesa el pasado miércoles, el jueves no habían salido de allí hasta la hora de comer. Martín se pasó la mañana haciendo llamadas mientras Olimpia recibía un curso *online* sobre los detalles más importantes de la cadena de ópticas de la que ya formaba parte.

—Gracias, tú también estás muy guapo. Presiento que vas a tener una buena noche —bromeó con una sonrisa.

—Eso te lo puedo asegurar —afirmó Gerardo, apretando la mano de su marido.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó Arturo, integrándose en la conversación al sentir el contacto de Gerardo.

—Nada, está todo controlado. Lo único que tenéis que hacer es pasarlo bien —comentó Olimpia con un guiño cómplice mientras Martín hablaba con la gerente.

Nico llegó en ese momento y se unió a la conversación, aunque en seguida se marchó a la cabina del Dj para preparar la música que iba a pinchar.

Gerardo y Arturo sonreían como tontos mientras Nico bromeaba con ellos. Su hermano tenía un encanto especial que encandilaba a la gente sin siquiera hacer esfuerzo para gustarles.

—Espero que no te importe, pero he invitado a una amiga —le dijo a su hermana.

—Claro que no me importa. Me gusta Natalia, ya lo sabes.

—No la he invitado a ella. Buenos sí, pero no es de Natalia de quien estaba hablando —explicó con tranquilidad.

—¿Has roto con ella?

—¿Qué? No. Solo digo que he invitado a otra persona.

—De acuerdo —aceptó Olimpia con cara de no entender nada.

A las nueve en punto se abrieron las puertas de la discoteca, y dos chicas vestidas con una camiseta blanca con el logo de la óptica y unos

pantalones negros ceñidos se apostaron en las puertas para repartir gafas de fantasía que los invitados no dudaron en ponerse, riendo y bromeando entre ellos.

—La idea de las gafas ha sido un éxito —apuntó Olimpia—. Instagram se va a llenar de ellas. Fíjate, no dejan de hacerse fotografías.

—Ese era el objetivo —afirmó Martín con orgullo.

La música sonaba de la mano de uno de los mejores Dj del país mientras los camareros se paseaban por la sala con una gran variedad de bandejas de canapés y todo tipo de bebidas. Con todo y con eso, el reclamo más importante de la noche era la banda de rock Circunstancias Atenuantes, que se encargarían de tocar varios temas a las doce de la noche como cierre de la cena y comienzo de la fiesta.

Varias celebridades del mundo de la televisión y del corazón también estaban invitadas, con el fin de atraer el interés del público y de la prensa, que se encontraba en la fiesta haciendo fotografías a diestro y siniestro.

Aunque, como anfitrión, Martín debía moverse entre sus invitados, no se separó ni un momento de Olimpia. La acompañó a saludar a sus padres, a Natalia y, por supuesto, a Lola y a Mario, quienes habían dejado a Adrián al cuidado de los padres de ella. Aun así, la separación tenía a la morena subiéndose por las paredes.

—Acompáñame a saludar a mi madre —pidió Martín al terminar la

ronda de Olimpia.

—No sé si...

—¿Te da vergüenza? —preguntó sonriendo y besándole la mejilla.

—Puede que un poco. No es que no la conozca ya... Es que antes no sabía que era tu madre.

—Por eso no te preocupes, mi madre ya sabe quién eres.

—¿Te refieres a lo que pasó? ¿Sabe que fuimos novios?

—Sí, mi madre sabe que somos novios —aseguró Martín, haciendo hincapié en el último tiempo verbal.

—De acuerdo —aceptó sonriendo—, pero antes... ven aquí. —Hizo un gesto con el índice para que se pusiera a su altura y, cuando estuvo donde ella quería, le besó, sin importarle dónde estaban o quién les estuviera mirando.

Todavía con las piernas un poco temblorosas por el beso, ambos se encaminaron hasta donde estaban Arturo, Gerardo y la hermana de este. La incomodidad desapareció en cuanto la madre de Martín la abrazó y le ofreció una sonrisa que no dejaba lugar a dudas sobre lo encantada que estaba con el noviazgo. La pareja habló con ellos unos minutos hasta que Olimpia se disculpó y se alejó, tras ver que Natalia le hacía gestos para que se acercara hasta ella.

Curiosa, se aproximó hasta su cuñada y la siguió cuando esta la tomó

de la mano para llevarla hasta la zona donde se encontraba la cabina de Nico.

Al llegar allí vio que su hermano hablaba con una chica rubia muy guapa. O al menos, por lo que podía ver, con un cuerpo muy estilizado y un vestido negro precioso. Desconcertada, le dio un apretón a Natalia, que no parecía afectada por la escena. La morena le ofreció una sonrisa plácida que la tranquilizó un poco.

La chica rubia se dio la vuelta en ese instante y la recibió con una sonrisa. Aunque le devolvió el gesto, no supo quién era hasta que Nico bajó de la tarima y las presentó. No se explayó mucho porque en esa zona la música sonaba más fuerte. Se limitó a explicarle que Brittany era americana, que la había conocido en el tren de Madrid a Valencia y que era ella la amiga a la que le comentó que había invitado.

—Encantada de conocerte, espero que lo estés pasando bien —le dijo con amabilidad.

—Muchas gracias. Tienes un pelo precioso —la alabó la norteamericana—. A mi prometido le habría fascinado. Tiene debilidad por las pelirrojas —confesó con un guiño y una sonrisa.

Olimpia se rio por la broma.

—Déjale que fantasee lo que quiera. Pero no se te ocurra teñirte, tu pelo es muy bonito.

—Gracias.

—¿Y qué haces en Valencia?

—He venido a ver a mi prometido. Trabaja aquí. Está abriendo una tienda y se ha trasladado una temporada mientras lo organiza todo.

—Seguro que le encanta que le des una sorpresa —dijo Olimpia con amabilidad.

—Eso espero. He volado desde Nueva York solo para estar con él.

Sin darle importancia al último comentario de Brittany, Olimpia se giró para tomar la copa de cava que le tendía Natalia y se quedó allí hablando con ellas durante unos minutos. Cuando terminó la copa se excusó y regresó para buscar a Martín, que seguía hablando con su familia.

—¿Dónde estabas? Te he echado de menos.

Ella rio, encantada.

—Bueno, mejor que me eches de menos que de más.

Fue el turno de Martín de sonreír.

—¿Quieres que te demuestre cuánto te he echado de menos?

—Eso ni se pregunta. Deberías saber ya la respuesta.

Incapaz de contenerse, la tomó por los hombros y la pegó a su cuerpo para besarla a conciencia y dejarle claro lo que diez minutos lejos de ella podían hacerle.

Se interrumpieron cuando Martín fue alejado de golpe de Olimpia.

Sorprendidos, ambos alzaron la mirada para buscar al artífice de la

acción, y tanto ella como él se quedaron de piedra al ver a una rubia mirándoles con una mezcla de furia y desesperación.

Martín fue el primero en reaccionar:

—¿Brittany? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nico me invitó.

—¿Perdón? ¿La conoces? —inquirió Olimpia sin acabar de creérselo.

—Sí, ella es...

No pudo terminar. Las luces estroboscópicas iluminaron un anillo de diamantes que Brittany tenía en el dedo anular.

Olimpia se quedó en *shock*.

—Martín es el hombre del que te he hablado —dijo Brittany con firmeza.

—¿De qué hablas? ¿Vosotras os conocéis? —inquirió Martín, confuso.

—¡Oh, Dios mío! Una rubia, otra vez —zanjó Olimpia sin querer escuchar nada más.

Ansiosa por desaparecer, dio una vuelta sobre sí misma, completamente desubicada, y cuando encontró la salida se marchó de allí a toda prisa.

Antes de que se diera cuenta de que había corrido como alma a la que persigue el diablo, estaba en la puerta del local, desesperada por alejarse de

todo.

—Pía —la llamó una voz.

Solo se detuvo cuando comprendió que Martín no podía ser, porque él jamás la llamaba de ese modo.

En ese instante aparecieron a su lado Mario y Lola.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? —preguntó Mario, visiblemente preocupado.

—Por favor, tengo que irme de aquí. No me preguntéis ahora.

—Está bien. ¡Vamos! —apremió Lola, quien solo le había visto esa expresión rota a su mejor amiga en otra ocasión, ocho años antes.

Aislamiento voluntario.

El móvil ya había dejado de sonar. Después de dos días en que no había hecho otra cosa, los ánimos se habían calmado o la gente había desistido de dar con ella. Los mensajes de texto y los correos habían quedado atrás, igual que las llamadas.

Mario y Lola se portaron de maravilla con Olimpia, acogiéndola en su casa y guardando el secreto de su paradero. Solo sus padres sabían dónde estaba; a todos los demás les habían explicado que se encontraba bien y necesitaba tiempo para recuperarse.

Según sus cálculos, ya solo le quedaban tres días más de encierro voluntario y después podría retomar su vida. Pasado ese tiempo Martín estaría en París haciéndose cargo de su nueva tienda, seguramente junto a su prometida. Y ella podría volver a su trabajo sin el riesgo de toparse con él.

El móvil sonó por primera vez en el día y, movida por la curiosidad, lo buscó entre las sábanas para ver quién era. Era un mensaje de texto de la compañía telefónica anunciando que su buzón de voz estaba lleno. Dejó caer el teléfono sobre la cama con desgana. En los últimos días, ese era el único

sentimiento que se permitía.

Tengo sueño todo el tiempo. O quizás lo que tengo son ganas de olvidarme de todo y el sueño me ayuda con mi cometido. Cuando cierro los ojos ya no hay nada que me preocupe o me duela. No hay nada que me recuerde lo que he perdido. El error que he cometido.

La vigilia, en cambio, es un suplicio. Cuando estoy despierta no dejo de preguntarme en qué me he equivocado, por qué no he sido capaz de aprender de mis errores. De haberlo hecho me habría ahorrado muchas lágrimas.

En otras ocasiones fantaseo con que todo ha sido un error, con que nada ha cambiado, que esto no es más que una pesadilla. Sin embargo, no consigo engañarme mucho tiempo, ya que el único momento en que esa posibilidad es real es cuando no soy consciente ni de mí misma.

Dos días después todo continuaba igual. Seguía sin ganas de hacer nada más que estar en la cama. Lola se había visto obligada a hablar con Gerardo para informarle de que su amiga estaba enferma y que no acudiría a trabajar durante unos días. Mostrándose tan atento como siempre, su antiguo

jefe la estaba sustituyendo en la óptica hasta que se recuperara, e incluso le había dado dos semanas de vacaciones para que no tuviera prisa por volver. No obstante, Olimpia sabía que su presencia era necesaria ya que tenía que hacerse cargo de entrevistar a los candidatos para estar con ella en la tienda.

Lo que por un lado la tranquilizaba y por el otro la deprimía. Y es que, aunque, como Mafalda, Olimpia se hubiera bajado del mundo durante unos días, la tierra seguía girando y el resto de la humanidad continuaba con su vida, ajena a sus problemas.

Martín no había intentado ponerse en contacto con ella, más allá de las llamadas telefónicas y los correos electrónicos que Olimpia había borrado sin leer. Si de verdad la hubiese querido, como ella creía, se habría plantado en casa de Lola y no se hubiese movido de allí hasta que hubiera accedido a hablar con él. Al menos, eso sería lo que Olimpia habría hecho si las cosas se hubieran dado a la inversa.

Aunque nunca podría haber sucedido, porque Olimpia jamás le habría traicionado, y mucho menos después de delimitar su relación y llevarla formalmente a conocer a su madre.

Una parte de ella se sentía avergonzada por no haberse protegido. Se sentía culpable por convencerse de que Martín había cambiado; y puede que así fuera, porque durante el breve tiempo que había pasado con él descubrió rasgos de su carácter que años antes no había visto. Sin embargo, en el tema

amoroso, acababa de demostrarle que repetía patrones.

Una llamada en la puerta del dormitorio de invitados la sacó de sus pensamientos.

—Adelante.

—Hola, tía —saludó Lola con Adrián en brazos al tiempo que le movía la manita como si fuera él quien hablaba—. ¿Te vienes a merendar con nosotros?

—No tengo hambre —se excusó.

—Pues nos haces compañía. No sé qué me pasa últimamente que llevo fatal el estar sola. ¿Serán...?

—Las hormonas —terminó Olimpia por ella.

—¡Exacto! ¡Vamos! —instó, saliendo por la puerta.

Olimpia sabía que su amiga estaba preocupada por ella, por lo que, sin ganas, se levantó de la cama, se puso unas zapatillas y se arrastró hasta el comedor.

Se quedó parada en la puerta al toparse con Nico sentado en el sofá.

—Hola, Olimpia —la saludó su hermano, mostrándole con su tono lo enfadado que estaba.

—Buenas tardes, Nicolás —le devolvió ella la pelota.

—No te atrevas, pelirroja —advirtió, levantándose de un salto—. Llevo cuatro días buscándote como un loco. No has contestado a mis

llamadas y no has aparecido por casa. Así que no me cabrees.

—Bueno, pues ya me has encontrado. ¿Y ahora qué?

—Ahora te vas a sentar conmigo y vas a escuchar todo lo que tengo que decirte. Y por tu bien espero que no sea demasiado tarde.

—¿De qué estás hablando?

—Siéntate, Pía, y escucha a Nico —aconsejó Lola, tomando asiento en el sofá con su hijo todavía en brazos.

Viéndose acorralada, no tuvo más remedio que dejarse caer en el sofá.

—Estás horrible. Apuesto a que llevas días sin ducharte.

—¡Vete a la mierda, Nicolás!

—No te pases o me iré y te dejaré aquí con tus miserias. —Se llevó una mano al pelo y se lo revolvió sin darse cuenta—. ¿Por qué narices eres tan tremendista?

—Nico, cariño —intervino Lola—. Pía necesita saber la verdad. No la regañes todavía.

—¿Todavía? —repitió con incredulidad—. ¿De qué “verdad” habláis?

Nico suspiró, resignado a la reacción desaforada de su hermana cuando supiera lo que en realidad había sucedido el viernes.

—La has cagado, pero bien, Pía.

—¡Nico! —volvió a regañarlo Lola.

—¿De qué estás hablando?

El aludido abrió la boca, pero no tenía muy claro cómo comenzar, así que la cerró, la abrió de nuevo y, por fin habló:

—Cuando conocí a Brittany en el tren...

—No quiero hablar de eso —le cortó Olimpia con rapidez.

—Entonces no hables y escucha lo que tengo que decir.

Antes de que la pelirroja pudiera expresar algo más, intervino Lola para calmarla. Consciente de que su mejor amiga se había portado de maravilla con ella, cedió y se quedó sentada mientras intentaba desconectar de lo que fuera que Nico tenía planeado decirle.

—Cuando conocí a Brittany me contó que estaba en España porque quería recuperar a su prometido. —Se detuvo un instante para darle pie a Olimpia a decir algo, pero esta se quedó en silencio, con los ojos tan abiertos que parecía un búho—. Él la había dejado antes de viajar.

—¿Qué dices?

—Que te has precipitado, Pía. Que no se puede ir por la vida así. Que las cosas hay que pensarlas y no actuar sin contrastar la información.

—Cariño, lo que quiere decir tu hermano es que tendrías que haber permitido que Martín se explicara. Siempre te has quejado de que la otra vez se fue sin decirte ni una palabra y ahora eres tú la que le ha negado la oportunidad.

Olimpia parpadeó para evitar que las lágrimas que le empañaban los

ojos se derramaran.

—Pero él no lo ha intentado siquiera. No ha venido a hablar conmigo.

No ha hecho nada —se lamentó poniéndose de pie.

—¿No te ha llamado? —La voz de Nico sonaba incrédula.

—Sí, claro, pero... No ha venido.

—Debe de estar enfadado, Pía. Ni has confiado en él ni le has permitido que se explique. Sacaste tus propias conclusiones y te negaste a escuchar nada. Me ha costado muchas llamadas que Mario por fin me dijera dónde estabas escondida. Y solo lo ha hecho porque es mi mejor amigo. ¿Cómo crees que iba a conseguir Martín descubrir dónde estabas?

—No creo que fuera tan difícil.

—Créeme, lo ha sido. Lola es el mejor Can Cerbero que hay.

—¡Gerardo! Él sabrá cómo está Martín —musitó Olimpia, saliendo a toda prisa en busca de su teléfono móvil.

La conversación con su amigo fue breve; tan breve que, cuando regresó al salón, su hermano y Lola seguían en la misma posición en la que estaban antes de marcharse de un modo tan precipitado.

Olimpia tenía los ojos vidriosos y un nudo en el estómago que apenas le permitía respirar con normalidad.

—Martín se ha marchado. Ya no está en España. Está en París.

Un sentimiento inevitable.

Nico estaba muy preocupado por su hermana. Desde que había regresado a casa actuaba como si su relación con Martín no se hubiera ido a pique por un arranque de celos. El problema era que él la conocía y sabía que lo estaba pasando mal, aunque disimulaba para no preocupar a sus seres queridos.

Estaba convencido de que necesitaba tiempo para aclararse y que, tras ese tiempo, un día se levantaría y se toparía con que Olimpia había hecho las maletas dispuesta a recuperar lo que Martín y ella tenían, costase lo que costase. Su hermana no era ninguna cobarde, y dudaba mucho que hubiera cambiado tanto en unos pocos meses.

Por otro lado, su relación con Natalia también le preocupaba. Tenía la sensación de que sus decisiones para con ella estaban a punto de estallarle en la cara.

En un primer momento, pensó que podrían ser solamente amigos especiales. Sin embargo, ya no estaba tan seguro de querer ese tipo de relación con ella.

Deseaba tener derecho a pasar la noche con Natalia y no solo encuentros que siempre terminaban con cada uno durmiendo en su propia casa como niños buenos. Deseaba invitarla a cenar, salir con ella y conocer a sus amigos, a su familia... En definitiva, actuar como una pareja que compartía algo más que fantásticas sesiones de sexo.

Consciente de que su mejor opción era ser claro con ella, decidió que lo más conveniente era invitarla a cenar en su casa. Sabía que cuando se lo dijera ella comprendería lo que significaba para él. Y quizás con esa pista, Natalia decidiera mostrarle sus cartas.

Estaba tan decidido a dar un paso más que ni siquiera le importó que la sala de descanso estuviera llena de compañeros charlando y tomando café.

Melissa hacía tiempo que había dejado de preocuparle, por lo que ni siquiera se molestó en buscarla con la mirada cuando se inclinó sobre Natalia y le dio un suave beso en los labios.

—Hola, ¿qué te parece si esta noche cenamos en mi casa?

—¿En tu casa?

La morena no estaba segura de haber escuchado bien. Nico jamás llevaba a nadie a su casa. Como mucho, a sus amigos más íntimos y, desde luego, nunca a una mujer.

—¿En tu casa? —volvió a repetir—. ¿Estás seguro?

Él sonrió y Natalia sintió que los huesos se le derretían en el cuerpo.

—Sí, tengo ganas de que conozcas mis dominios. Además, tengo intención de cocinar para ti. Hago una tortilla de patatas con cebolla para chuparse los dedos.

—De acuerdo.

Su expresión cambió de jovial a preocupada.

—Además, tu compañía le vendrá muy bien a Olimpia.

—¿Martín no ha vuelto a llamar?

Nico negó con la cabeza.

—¿A qué hora quieres que vaya? —inquirió Natalia con la intención de cambiar de tema. Le preocupaba ver a Nico tan afectado por los problemas de su hermana y quería que volviera a sonreírle como solía.

—Nos vamos juntos al salir de aquí —propuso.

—Terminas antes que yo —se extrañó Natalia.

—Te esperaré —dijo, sin darle importancia al hecho de que iba a esperar dos horas para irse con ella cuando podría hacer tiempo en la comodidad de su casa.

La conversación terminó cuando uno de los otros locutores de la mañana llamó a Nico para comentarle que estaban teniendo problemas con los ordenadores. Y antes de que Natalia pudiera decirle que se fuera a casa, que ella no tenía problemas en ir sola cuando terminara su trabajo, se metió en la cabina para cubrir su turno de programa.

Desconcertada todavía por la invitación, Natalia dejó el café a medio beber y regresó a su mesa con intención de concentrarse en el trabajo. Sin embargo, no pudo dejar por completo de lado la sensación de que Nico trataba de decirle algo sin llegar a usar las palabras.

El que la hubiera invitado a su casa, aunque luego le restara importancia al gesto alegando que su presencia animaría a Olimpia, significaba mucho más de lo que cualquiera que no le conociera bien pudiera pensar.

Al ver a Natalia en su casa, Olimpia se quedó todavía más sorprendida de lo que Nico hubiese imaginado. Cuando entraron en el piso estaba metida en la cocina, descongelando pan para hacerse un bocata de cualquier cosa. Al ser viernes por la noche, su hermana no había esperado que apareciera para cenar, y mucho menos que llevara compañía.

Tras los saludos de rigor, Nico había enviado a las dos mujeres a ver el piso, ya que a él no se le daba bien ser anfitrión y hacerles un recorrido guiado por la casa. Su cometido de hoy era hacerles la cena, que se entretuvieran ellas solas mientras tanto.

De hecho necesitaba un poco de tiempo para decidir cómo exponerle a Natalia sus intenciones. Durante el trayecto hasta su casa ella se había mostrado muy silenciosa y a él le había costado sacar el tema que quería

tratar. Aunque lo que más le preocupaba era que Natalia no deseara cambiar la tónica de su relación, de superficial a profunda y formal.

Tal vez el único que deseaba más era él. La idea le revolvió el estómago. Era la primera vez que sentía algo tan fuerte por una mujer y no estaba seguro de ser correspondido.

Sabía que Natalia sentía algo por él, no solo atracción sexual, porque su amiga nunca habría accedido a ser su amiga especial si no sintiera algo más fuerte; pero de ahí al amor... Esa era una palabra muy fuerte que a él todavía le aterraba utilizar y, sin embargo, estaba seguro de que lo que Natalia le inspiraba se acercaba más a ella que al mero deseo.

—Tenéis un piso muy bonito. Es una mezcla interesante entre lo femenino y lo masculino —comentó Natalia mientras las dos mujeres entraban en la cocina.

—Lo sé. Lo masculino me corresponde a mí —bromeó Olimpia, quien se echó a reír cuando Nico se giró tan rápido que le cayó al suelo la cáscara del huevo que acababa de romper.

—¡Qué graciosa es mi hermanita!

Olimpia se encogió de hombros.

—Solo tienes que fijarte en quién cocina. ¿Quieres una cerveza?

La morena disimuló una sonrisa.

—Sí, por favor.

—Yo también quiero, gracias —pinchó Nico.

Las bromas continuaron entre los tres y aumentaron cuando llegó el momento de darle la vuelta a la tortilla. Nico se relajó al notar que, aunque fuera por unas horas, su hermana estaba disfrutando de la cena sin acordarse de los últimos días.

A pesar de que estaba pasándolo bien, tuvo el detalle de no alargar demasiado la velada y, alegando que estaba cansada, se marchó a su dormitorio. Muy previsoramente, se puso los cascos para escuchar música en el teléfono. Se quedó dormida mientras sonaba *Grande amore*, de Il Volo.

—¿Cómo lo lleva? —preguntó Natalia, con la cabeza todavía vuelta hacia la zona por la que se había ido Olimpia.

Estaban sentados uno al lado del otro, en el sofá, y tan cerca que sus brazos y sus rodillas se rozaban.

—No lo sé. No hablamos de ello, aunque sí que es cierto que parece un poco abatida, a pesar de que intente disimularlo.

—Bueno, es normal. Está enamorada de él.

—¿Tú crees?

—¿Tú no?

—No sabría decirte. De un tiempo a esta parte la palabra “amor” me desconcierta un poco.

—A ti y al resto de los hombres —se burló.

—Me refiero a qué es realmente el amor. No dudo del amor que siento por mis padres, por mi hermana, mis amigos... Pero ese otro tipo de amor... ¿Cómo se reconoce?

—Bueno, cuando estás enamorado... Solo tienes ganas que de estar con esa persona. Piensas en ella a cada momento; tanto, que andas despistado fantaseando con lo que haréis cuando vuelvas a verle. Y cuando lo tienes cerca, el corazón se te dispara y te hormiguean los labios y las manos de ganas de besarle o tocarle. Pero no todo es físico, también disfrutas hablando con él, riendo o simplemente estando juntos. —Se detuvo con los ojos brillantes por la emoción.

Nico la observaba con fijeza, pendiente de cada una de sus palabras y observando cómo sus ojos iban mostrando en cada momento lo que sentía.

—En ese caso... yo te quiero —apuntó más serio de lo que Natalia recordaba haberlo visto nunca—. Del mismo modo que tú me quieres a mí.

Algunas cosas mejoran. Otras no.

Olimpia empezaba a sentirse como la mascota de la familia con la que todos quieren jugar un rato. Mientras su hermano se empeñaba en invitarla a cenar con Natalia y con él cada vez que los tres podían coincidir, Lola le ofrecía pasar fines de semana en el chalet de sus padres en la playa y Gerardo y Arturo se turnaban para comer con ella e impedir que lo hiciera en casa sola.

Y aunque ella agradecía el cariño con que la trataban y su sincera preocupación, también le dolía que fueran conscientes de que no estaba pasando por una buena época.

El colmo de los despropósitos era que nadie hablaba de Martín. Como si hubieran establecido un código de silencio a su alrededor, todos evitaban el tema. Desde que Olimpia supo que se había equivocado con él, todos los implicados en su relación se mantuvieron al margen, sin opinar ni aconsejarle qué hacer.

Lo que la había llevado a pasar casi dos semanas sin atreverse a contactar con Martín, pero sin dejar de pensar en hacerlo. En otras ocasiones

se negaba en redondo, enfadada porque no hubiera intentado hablar con ella con más interés. Podía comprender que estuviera dolido por su falta de confianza aunque, por otro lado, el modo en que terminó su relación hacía ocho años debería haber suavizado su malhumor. Podía haber empatizado con ella hasta el punto de perdonarla y olvidar.

Mientras el silencio se imponía entre ellos, Olimpia sentía que la vida se había ralentizado casi sin darse cuenta. Los días se hacían eternos, y aunque dedicó gran parte del horario laboral en entrevistar a ópticos para que la ayudaran en la tienda, no dio con nadie que cumpliera con sus expectativas, ya que su idea inicial había sido convencer a Lola para que trabajara con ella. A la hora de la verdad, no se sintió con fuerzas para exponerle a su amiga la oferta y tratar de convencerla de que se arriesgara un trabajo que ya conocía por otro nuevo cuyo mayor aliciente era trabajar juntas. Además, a Olimpia también le preocupaba que, si se lo pedía en esos instantes, Lola se viera obligada a aceptar porque sabía lo destrozada que le había dejado su ruptura con Martín.

Su cabeza era tal caos que había dejado de escribir sus pensamientos como acostumbraba a hacer. Por primera vez en mucho tiempo las superficies en blanco que encontraba a su paso estaban libres de servirle como pizarras sentimentales.

La mañana en la que, cansada de tanta entrevista, estaba a punto de

llamar a la primera persona que entrevistó con intención de anunciarle que había sido escogida para el puesto, Lola se presentó ante ella con un sobrio traje de chaqueta, expresión seria y una carpeta en la mano.

Gerardo, que estaba ayudándola hasta que lograra encontrar a una ayudante, había salido a por un café. De modo que se encontró sola con la nueva Lola que tenía delante.

—Buenos días —saludó esta con formalidad, como si estuviera hablando con alguien a quien acababa de conocer o a quien apenas conocía.

—Hola, Lola. ¿Dónde vas tan arreglada? —Olimpia no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo, pero a juzgar por la expresión de su amiga era evidente que algo, lo que fuera, sucedía.

—He venido porque he escuchado que están buscando a una óptica para un puesto en esta tienda —dijo sin perder el tono formal, al tiempo que abría la carpeta y sacaba un currículum que le tendió a una atónita Olimpia.

—¿Quieres trabajar aquí?

—Por supuesto. Ese es el motivo por el que le acabo de dar mi currículum, pero si el puesto ya está ocupado...

Las carcajadas de la pelirroja asombraron a su amiga que, durante unos segundos, se puso tiesa como el palo de una escoba, sin decir nada. Como Olimpia seguía riendo, desechó la formalidad anterior y le reclamó con impaciencia.

—¿Se puede saber de qué te ríes? Tu actitud no es muy profesional que digamos.

—De ti y de mí.

—¿Significa eso que no vas a entrevistarme para el puesto?

—Sí —corroboró Olimpia todavía sonriendo—. El puesto es tuyo. No necesito entrevistas para saber que eres la candidata perfecta.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Se te olvida que estudié contigo? ¿Cuándo puedes empezar?

Esta vez fue el momento de reír de Lola, que estaba más que encantada con haber conseguido el puesto. PG Eyecare era una empresa que se estaba abriendo camino a toda prisa en el mercado y, por si fuera poco, el puesto contaba con el aliciente de trabajar junto a Olimpia.

Maravillada por el cambio de rumbo del día, Olimpia le explicó a Lola que desde el principio su idea inicial fue ofrecerle el puesto, pero que con los últimos sucesos creyó mejor dejarlo correr. No profundizó en el tema, avergonzada por pensar que Lola aceptaría el puesto solo por lástima, y al final las dos quedaron contentas con las explicaciones de ambas.

Solucionado ese punto se pusieron al día de todo y cuando Gerardo llegó con el café, las dos amigas ya se habían organizado. El jueves de esa misma semana terminaba la baja por maternidad de Lola, por lo que llamaría

a la empresa para hacerles saber que no iba a reincorporarse. Entre el papeleo pendiente y demás detalles, todo indicaba que la siguiente semana estaría ya trabajando en su nuevo empleo con su mejor amiga de jefa, y con muchas posibilidades de ser la jefa en la próxima tienda de la ciudad. Porque si de algo estaba segura, era de que Martín llegaría lejos en cualquier asunto que se propusiera.

—¿Qué queréis que os diga? —bromeó Lola—, vuestra bata sienta mejor que la de mi antiguo trabajo. No creáis que me he decidido por otro motivo.

Cuando Lola se marchó, preocupada por haberle dejado a su madre a Adrián demasiado tiempo, Olimpia se sentía eufórica por primera vez en muchos días.

—Me alegra verte sonreír. Hace mucho que no... —apuntó Gerardo, con expresión preocupada.

—Bueno... Tampoco es que haya tenido muchos motivos estos días para hacerlo.

—Seguro que cambia pronto —dejó caer antes de salir apresurado hacia la oficina.

Olimpia se quedó allí plantada, mirando sin ver nada. El café que le había llevado Gerardo humeaba sobre el mostrador, pero a ella no le importaba que se enfriara. En esos momentos temas más importantes

ocupaban sus pensamientos.

Había llegado a la conclusión de que tal vez era el momento de dejar atrás su orgullo y sus temores, y decidirse a actuar. Con Lola había tenido suerte, pero de no haber sido por su amiga, que fue quien dio el paso, ahora tendría contratada a otra persona cuando en realidad deseaba trabajar con ella.

La situación con Lola se había arreglado a pesar de que Olimpia no hubiese hecho nada por solucionarlo. Con Martín las cosas no iban a ser tan fáciles. Sabía que, de haber tenido intención de perdonar el entuerto, Martín ya habría contactado con ella, cosa que no había hecho más allá de aquellos primeros días.

En aquel instante Olimpia supo que tenía que actuar en lugar de esperar a que pasara algo, por ello hizo lo necesario para que sucediera... Más decidida que nunca sacó el teléfono móvil del bolsillo de su bata y lo desbloqueó para hacer la llamada que, ahora era consciente, debería haber hecho una semana atrás. Con el dedo sobre el teléfono verde de la pantalla, se detuvo al ver un icono que le anunciaba que tenía un correo electrónico por leer, y del que no se había dado cuenta porque siempre ponía el teléfono en silencio cuando trabajaba.

Curiosa, presionó en él y en la pantalla apareció el inconfundible logo de PG Eyecare anunciando que estaba invitada a la inauguración de la nueva óptica de París. Las piernas le flojearon tanto que tuvo que apoyarse en el

mostrador para no desplomarse. Adjuntos al genérico correo iban los billetes de avión y la reserva de un hotel a su nombre, así como un vale para el Bateaux Parisiens. El descubrimiento hizo que su corazón aleteara de esperanza.

—¡Gerardo! —gritó, incapaz de moverse para ir hasta el despacho en que estaba su amigo.

—¿Qué sucede? —preguntó este, saliendo a toda prisa—. ¿Te encuentras bien? —inquirió al verla tan pálida.

—Sí, no. No lo sé. ¿Has recibido alguna invitación? —exigió ansiosa por conocer la respuesta.

—¿De verdad que estás bien?

—¡Estoy muy bien! Contesta.

—No he recibido nada. ¿Debería? —preguntó, alzando la mano para tocarle la frente y asegurarse de que no tenía fiebre.

—Acabo de recibir en mi correo personal una invitación para la inauguración de la nueva óptica de París.

—¿Ya está en marcha? ¡Qué velocidad! Martín debe de haberle puesto muchas ganas al proyecto.

—Supongo que sí —aceptó con la mente en otros asuntos que nada tenían que ver con el trabajo.

Gerardo la estudió en silencio.

—¿Vas a ir? Ninguna chica en su sano juicio le diría que no a un fin de semana en París... —comentó Gerardo.

—Por supuesto. Y los dos sabemos que yo estoy muy cuerda.

Sin retorno

Era la primera vez que Nico estaba tan preocupado por la respuesta de una mujer. Aunque para su malestar no era el único punto que le perturbaba y, cómo no, la culpa también era de una fémima, en el sentido estricto de la palabra, y de su hermana pequeña para ser más exactos.

Que Olimpia hubiera hecho las maletas y se hubiera marchado a París le provocaba dos problemas igual de conflictivos. El primero era que se quedaba con el piso para él solo justo el primer fin de semana que libraba en meses, lo que suscitaba el segundo problema, que consistía en aprovechar la ocasión e invitar a Natalia a pasar los dos días con él. Habitualmente era Nico quien viajaba por trabajo y Olimpia la que se quedaba cuidando el fuerte.

Preocupado por cómo exponerle la oferta a Natalia sin que pareciera que lo único que buscaba era sexo, se dejó caer en el sofá con los cascos del reproductor de música puestos. Ciertamente su relación estaba cambiando, pero temía que lo hiciera demasiado deprisa... Estaba tan preocupado por su falta de experiencia en relaciones estables que si su hermana hubiese estado allí le habría preguntado su opinión. Para su mala suerte, Olimpia se encontraría en esos instantes volando a la ciudad de la luz con la firme decisión de recuperar al que había reconocido, por fin, como el amor de su vida.

Sonrió al recordar lo mucho que le había costado a la pelirroja preparar la maleta. Durante dos días el salón se transformó en un campo de batalla en el que Lola y Olimpia movían a sus soldados, o sea, los modelitos de ropa, dentro y fuera de la maleta. Al tiempo que ideaban multitud de hipotéticas ocasiones en las que ponerse uno u otro vestido y los complementos correspondientes.

Él se había escondido en su habitación y se decidió por lo más sensato: dejarse de trapitos y afrontar la situación como correspondía, llamando a Martín y cubriéndole las espaldas a Olimpia.

Una cosa era que no quisiera tratar el tema de Martín abiertamente con su hermana por temor a hacerle daño, y otra muy distinta que fuera a dejarla viajar sin asegurarse de que valía la pena el esfuerzo. Saber a ciencia cierta con qué se iba a encontrar cuando llegara.

Para su sorpresa, Martín no encontró extraña la llamada, e incluso le confesó que había recibido otras del mismo cariz de Gerardo, Arturo y de Lola. Sus palabras le tranquilizaron hasta el punto de alegrarse mucho de haberse equivocado tanto con él. Después de todo, Martín no era el mal tipo que Nico había supuesto que era.

La música cambió en ese instante y las primeras notas de *Natalie*, de Bruno Mars, lo sacaron de golpe de sus reflexiones sobre Olimpia. En sus labios se dibujó una sonrisa divertida mientras Bruno pintaba a una *femme*

fatale que le robaba y lo dejaba destrozado. Nada que ver con su Natalia, que era fiel y auténtica hasta la médula. El pensamiento fue todo lo que necesitó para decidirse de una vez por todas a proponerle el fin de semana de pareja que había planeado. Natalia era lo suficientemente inteligente como para saber que, con la invitación, Nico pretendía formalizar un poco más su recién estrenada relación.

Sentándose de golpe en el sofá, se sacó los cascos de las orejas y buscó el teléfono para llamarla. El primer intento fue fallido, porque ella no respondió. Probó una segunda y antes del tercer tono escuchó la voz de Natalia acelerada, como si hubiera hecho un esfuerzo para llegar a tiempo antes de que se colgara la llamada.

—Hola, Nat. ¿Te pillo mal?

—No, estaba en la ducha y he salido corriendo para contestar. —Y antes de que él pudiera decir nada, añadió—: Sabía que eras tú.

—¿No me digas que ahora tienes poderes? —bromeó.

La risa que le llegó a Nico a través de la línea le erizó la piel y aceleró su respiración.

—No. Lo he sabido por el tono de llamada.

—¿Estás desnuda? —preguntó, y al recordar su comentario su interés varió—. Un segundo, ¿tengo un tono de llamada especial?

—Por supuesto, a las dos preguntas.

—¿Qué interesante! ¿Tengo que preguntarlo o me vas a decir cuál es mi tono personal?

—Tengo la sensación de acabas de preguntármelo —dijo riendo—. Es una canción de Rihanna. ¿Contento?

—Para nada. ¿Qué canción?

—Si te lo digo... ¿Prometes no reírte? —preguntó con seriedad.

—¡Lo prometo! Para que veas mi buena voluntad, ni siquiera me he reído cuando me has dicho que era de Rihanna.

—¡No te metas con ella! —le regañó riendo—. Es *Drunk on love*.

—¿De verdad?

Natalia vocalizó algo que Nico interpretó como una afirmación.

—Me apuesto lo que quieras a que estás ruborizada por todas partes, y si encima estás desnuda... —Gimió al imaginárselo—. ¡Me gusta mucho lo que veo!

—Tienes una imaginación muy vívida y yo me estoy quedando helada —se quejó en broma Natalia.

—Suerte que tengo la solución perfecta para todos tus problemas. Prepárate una bolsa y ven a pasar el fin de semana conmigo. Tengo la casa para mí solo y muchas ideas para compartirla contigo.

El frío dejó de molestar a Natalia.

—Suena bien.

—Pues imagínate lo maravilloso que será hacerlo realidad.

—Me alegra comprobar que no tienes problemas de ego.

—Así soy yo —la pinchó Nico—, casi perfecto.

—De acuerdo —aceptó ella.

—¿”De acuerdo” yo también creo que eres casi perfecto o “de acuerdo” iré?

—De acuerdo a las dos.

Igual te echo de menos que de más.

“París es maravilloso”, pensó Olimpia nada más pisar el suelo del aeropuerto Charles de Gaulle. Y siguió enamorándose de la ciudad mientras el taxi se paseaba por sus calles de camino hacia su hotel. Sin embargo, su amor pronto cambió de dirección cuando el coche se detuvo frente a las puertas del 112 de la Rue du Faubourg Saint Honore, dirección en que se ubicaba Le Bristol París. Un establecimiento de cinco estrellas con un interior fascinante y un sensacional jardín interior que ya llamaba la atención desde la fachada.

Olimpia no había hecho otra cosa desde que había llegado a su destino más que sonreír y emocionarse con cada rincón nuevo que veía, ilusionada porque Martín se hubiera tomado tantas molestias por ella. Ciertamente que el fin de semana era parte de su acuerdo para que le ayudara a montar la inauguración en Valencia, pero cuando acordaron el premio no habían dicho nada de hoteles de lujo ni de vuelos en primera clase.

Una vez registrada, un botones rigurosamente uniformado la acompañó hasta su *suite* y, emocionada como estaba, tardó unos segundos más de lo esperado en comprender que el chico buscaba agradecimiento monetario por los servicios prestados. Avergonzada, abrió con demasiada

rapidez el bolso, y prácticamente totalidad de este se desparramó por la moqueta a sus pies.

Sin recoger nada más que la cartera, y colorada por haber sido tan patosa, esperó hasta que el muchacho le tendió sus pertenencias, que había tenido la amabilidad de recoger del suelo, para darle una propina más que generosa.

—*Merci, madame* —se despidió antes de darse la vuelta y cerrar la puerta sin hacer ruido.

—¿*Madame?* —musitó Olimpia—. ¿Tan mal me ha sentado el vuelo que ahora me llaman “señora”?

Riéndose de su propia broma dio la vuelta sobre sí misma para observar lo que la rodeaba.

La *suite de luxe* era enorme, noventa metros cuadrados de confort y de estilo cien por cien parisino. Amueblada al estilo Luis XV, con mobiliario de madera en tonos oscuros y tapizado con telas en ocre, salmón y tierra, disponía de su propio salón además de un majestuoso dormitorio y un cuarto de baño con mármol de Carrara perfectamente equipado.

Tanto el dormitorio como el salón contaban con amplios ventanales y una moqueta que convertía la estancia en acogedora.

Maravillada por lo que veía, Olimpia dejó la maleta sobre la cama y se preparó para salir a pasear por el centro de la ciudad. Sin embargo, antes

de hacerlo, se dispuso a inspeccionar la que sería su casa durante los próximos dos días.

Como una niña con zapatos nuevos se metió en el cuarto de baño con intención de refrescarse un poco antes de salir. Volvió a recordarse que tenía que agradecer a Martín que le hubiera reservado una *suite* tan fantástica; incluso estuvo tentada de llamarle en ese mismo instante para decírselo. Pero había decidido que la fiesta de inauguración era el marco perfecto para plantarse delante de él y disculparse por su desmedida reacción. Estaba convencida de que en la fiesta los ánimos estarían más propensos al perdón.

Decidida ya su estrategia, se lavó las manos y la cara y, sin molestarse en maquillarse, se fijó en que el hotel había cuidado hasta el más mínimo detalle. En el cuarto de baño había dos vasos, uno de ellos con un cepillo de dientes, y algunos botes de lo que parecía desodorante, gel e incluso pasta de dientes.

Con curiosidad, abrió el desodorante y presionó para oler su aroma. Arrugó la nariz cuando llegó a ella.

—Muy masculino —protestó, aunque tuvo la sensación de que le resultaba familiar.

Emocionada por estar allí salió del baño, se puso unas botas planas y abandonó la *suite* con la guía de París en la mano, dispuesta a recorrer sus calles como una turista más.

Sus pasos la llevaron hasta el Musée Grévin, en el que pudo fotografiarse junto a la gente más famosa del mundo y en el que conoció un poco más de la historia de la ciudad. Incluso aprendió la técnica para hacer muñecos de cera. Sin embargo, el lugar que más disfrutó en su recorrido fue la Opéra Garnier. Se imaginó a sí misma bajando su grandiosa escalera, construida con mármoles de diferentes colores, mientras Martín la esperaba en su base para disculparse por haberse marchado, de nuevo, sin ninguna explicación. Que fuera culpa de Olimpia que dicha explicación no hubiera llegado, no era importante para su ensoñación.

Cuando por fin regresó al hotel, tras haber tachado varios lugares de su lista de visitas en París y haber parado en una *pâtisserie*, de lo único que tenía ganas era de darse una ducha y meterse en la cama. Al día siguiente todavía tendría tiempo de visitar la ciudad, porque la fiesta no comenzaba hasta las ocho de la tarde. Se sentía agotada, tanto de andar sin parar como por la emoción de estar a punto de reencontrarse con Martín.

Así que, eran poco más de las siete de la tarde cuando, recién duchada y con el pijama ya puesto, se dejó caer en la cama y se quedó dormida. Se despertó al notar una caricia en su mejilla. Todavía aturdida por el sueño, se negó a abrir los ojos, hasta que recordó que estaba en París, en la *suite* de un hotel, y que debería estar sola en ella.

Abrió los ojos de golpe con el corazón martilleándole en el pecho:

—¿Martín? ¿Qué haces aquí?

—¡Shhh! No digas nada —pidió sin dejar de acariciarle la mejilla.

—Pero...

No pudo seguir insistiendo, antes de que pudiera pedir explicaciones sobre lo que estaba pasando, la boca de Martín se había apoderado de la suya y la estaba besando como si estuviera hambriento y ella fuera el plato fuerte del menú. Sus manos se metieron por debajo de la camiseta del pijama y buscaron sus pechos para masajearlos con cuidado e insistencia.

—Te he echado de menos —murmuró Martín sobre su boca.

—Y yo a ti.

—¡Bien! —aceptó con una sonrisa—. Voy a remediarlo. Ahora mismo —explicó apartándose de Olimpia para deshacerse de la camisa que todavía llevaba puesta. Antes de que esta tocara el suelo ya estaba besándola de nuevo, ansioso por recuperar los besos que se había perdido durante las semanas que habían estado separados.

Olimpia estaba igual de desesperada por sentir piel con piel, con lo que, reacia a despegar su boca de la de Martín, se incorporó tratando de deshacerse de su camiseta sin separarse de él, lo que les hizo reír a ambos cuando se le enrolló en un brazo y, al perder el punto de apoyo, cayeron de golpe sobre la cama.

—Déjame a mí —pidió él.

Con extrema lentitud se la sacó por la cabeza y le bajó los pantalones, dedicándose el tiempo necesario para disfrutar de cada pedazo de piel que iba quedando a la vista. Una vez que la tuvo desnuda se deshizo de su propia ropa, en esta ocasión con mayor rapidez, y se tumbó a su lado para volver a atacar sus labios.

Sabiendo que iba a ser incapaz de aguantar mucho más, la asió por la cintura y la hizo rodar hasta que quedó sentada a horcajadas sobre él.

—Lo siento, pero vas a tener que hacerlo tú —indicó riendo—. Y, aun así, dudo que vaya a aguantar mucho.

—No es problema. Estoy dispuesta a repetirlo las veces que sean necesarias —ronroneó Olimpia, quien en ese momento ya no estaba interesada en conversaciones.

Y antes de que Martín pudiera decir lo de acuerdo que estaba con ella, Olimpia se alzó sobre sus rodillas y se dejó caer al tiempo que le guiaba hasta su interior, meciéndose en un baile vertiginoso y desesperado por fundirse en un solo ser.

El clímax llegó como el encuentro, rápido e intenso, con una fuerza que los dejó a ambos satisfechos y exhaustos. De hecho, cuando Martín fue capaz de alzarse y tratar de explicarle a Olimpia su presencia en la *suite*, ella ya estaba profundamente dormida.

Para siempre.

Se despertó con el cuerpo entumecido. Tenía calor, mucho calor, a pesar de estar desnuda. ¿Desnuda? ¿Tanto calor tenía que se había quitado el pijama en mitad de la noche y no se acordaba de ello? Se removió en la cama, pero no se sintió con fuerzas para abrir los ojos. Quizás si dormía un poco más se sentiría más descansada y dispuesta a afrontar el día que tenía por delante.

Estaba a punto de dormirse de nuevo cuando un recuerdo irrumpió en su mente, despertándola por completo. Suspiró con fuerza al tiempo que una sonrisa satisfecha se instalaba en sus labios. Tenía unos sueños muy reales, pensó; no cabía duda de que su imaginación era capaz de crear escenas maravillosas...

—¿Por qué suspiras? —preguntó una voz somnolienta mientras una mano se enrollaba en su cintura y un cuerpo duro se pegaba a su espalda.

En ese instante sí que abrió los ojos, justo un segundo antes de girarse para quedar frente a frente con Martín.

—No fue un sueño —musitó completamente despierta.

El río por la ocurrencia.

—No. Y tampoco sabía que tuvieras sueños tan intensos.

La vergüenza coloreó las mejillas de Olimpia.

Quizás no fueran “tan intensos”, pero no tenía ninguna duda de que los sueños de las últimas semanas tenían la misma carga erótica que su realidad más inmediata.

—Y no los tengo —aseguró, mirándole con deleite.

Martín estaba guapísimo con los ojos adormecidos y el pelo revuelto. La sábana le cubría de cintura para abajo, así que Olimpia podía deleitarse con su pecho y la ondulación de sus músculos cuando se movía. Sintió el deseo de alzar la mano y tocarlo, pero estaba segura de que si lo probaba no iba a poder dejar de hacerlo.

No lo había visto en semanas, y tenerle ahora tan cerca le oprimía la garganta y aceleraba su corazón. Había planeado la mejor forma de abordarle y disculparse por su falta de confianza en él, y en ningún momento se planteó la escena de reconciliación como un encuentro en su cama tras una noche de sexo. De hecho, recordaba haber intentado abordar el tema, pero Martín la había interrumpido con un beso. ¿Lo habría sentido acaso como sexo de reconciliación?

Maldijo mentalmente la situación: ¿por qué no podía haber salido todo como había planeado? En medio de una fiesta, con una copa en la mano

que distendiera el momento... Tampoco es que se arrepintiera de lo sucedido la noche anterior. El problema era que estaba demasiado asustada de que todo volviera a torcerse de nuevo. Porque sentía que sus actos no tenían justificación. Se había marchado de la inauguración sin dejar que se explicara y después se escondió en casa de su mejor amiga y se negó a contestar al teléfono.

“No”, se dijo. La noche había sido maravillosa y el despertar apuntaba maneras. Todavía no quería tratar los temas que podrían estropear su maravilloso reencuentro. De modo que optó por la salida más fácil.

—¿Cómo entraste en mi *suite*? —preguntó nerviosa.

—¿Es eso lo que quieres saber? —La estaba mirando con atención, pendiente de cada una de sus reacciones.

—De momento.

Martín comprendió que la conversación debía comenzar por algún lado, así que asintió con la cabeza y le ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—Técnicamente la *suite* es mía, y déjame que te recuerde que ayer te pareció muy bien que estuviera aquí —añadió con picardía. Una cosa era ser paciente y otra dejar pasar la oportunidad de recordarle lo que habían tenido. Lo que todavía tenían.

El comentario surtió el efecto esperado y Olimpia se relajó un poco al comprender que estaba bromeando con ella.

—No me parece mal es solo que...

—Abre el armario.

—¿Qué?

—¿Puedes, por una vez, hacerme caso? Sin protestas. —Y con una sonrisa seductora añadió—: Por favor.

—¿Sabes que estoy desnuda?

Las carcajadas de Martín le dieron la respuesta.

—Que estés desnuda es parte del motivo por el que quiero que te levantes y que abras el armario.

Intentó hacerse con una sábana para envolverse con ella, pero Martín estuvo más rápido y se lo impidió. Olimpia le lanzó una mirada fulminante que no tuvo ningún efecto en él, sino que le hizo erguirse orgulloso por haberse adelantado.

De pie, frente al armario y completamente desnuda, Olimpia comprobó que una parte estaba ocupada por los trajes de Martín y por algunas piezas de ropa informal. El otro lado estaba pulcramente vacío. Sintió un calor agradable instalándose en su estómago, pero se giró fingiendo que no entendía nada. El día anterior había llegado tan agotada, tras su paseo por París, que se limitó a sacar el pijama de la maleta y a dejarla sin deshacer sobre una silla.

—¿Es tu *suite*?

—Es nuestra *suite*. A partir de ahora ya no hay un tú y yo, sino un nosotros.

—¿Significa eso que me has perdonado? —inquirió sin moverse de donde estaba parada.

—Nunca hubo nada que perdonar.

Olimpia se olvidó de su desnudez y se lanzó a sus brazos, emocionada por su comprensión y porque la reconciliación hubiese sido más fácil de lo que esperaba.

—¿Significa esto que ya podemos hablar de lo importante? —bromeó él al tiempo que la ayudaba a meterse de nuevo en la cama.

—Sí.

El monosílabo sonó tan tembloroso que Martín no pudo hacer otra cosa más que besarla. La besó para demostrarle que no había ningún motivo para que estuviera asustada, para que entendiera que la amaba y que nada ni nadie podría cambiar lo que sentía por ella. La besó porque lo deseaba, porque ninguna mujer nunca le había llegado tan profundo como Olimpia.

Cuando se separaron, ninguno de los dos estaba seguro de qué hacer a continuación. Ambos estaban excitados y abrazados en una cama que ya habían compartido.

Finalmente fue Martín el que tomó la iniciativa, consciente de que, antes de disfrutar de su amor, debían hablar y aclarar su distanciamiento de

las últimas semanas.

—Olimpia, te quiero. Eso ya lo sabes, lo que desconoces es que rompí con Brittany por ti. En realidad, ni siquiera sé por qué le propuse matrimonio ya que nunca la quise como te quiero ti.

La expresión de desconcierto de ella le instó a que se explicara mejor.

—Cuando comencé a plantearme la expansión en Europa hablé con mi tío, y, por supuesto, él me habló de ti. Al principio no podía estar seguro de que la chica de la que me hablaba fueras tú, pero nunca dejé de tener la sensación de que era así. Por eso, cuando el proyecto fue una realidad le pedí tus datos. Desde el instante en que comprendí lo cerca que estábamos, aunque ninguno de los dos lo supiera, decidí que no podía seguir escondiéndome más.

—¿Esconderte de qué?

—Esconderme de ti, de lo que siento y sentía por ti. Puede que no me creas, pero ninguna mujer me ha importado tanto como tú. No he amado a nadie como a ti. Lo entendí cuando me vi envuelto en un compromiso con Brittany. La conocí a través de su padre, teníamos intereses comunes y durante un tiempo creí que podría ser feliz con ella. Pero en cuanto tú hiciste acto de presencia, todo cambió. Entonces no lo sabía con certeza, pero ahora sé que si no estamos juntos solo soy la mitad de mí mismo.

Olimpia sintió cómo las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Yo también te quiero. Siento mucho haber reaccionado como lo hice. No fue justo.

—Entiendo que no confiaras en mí. Aunque no voy a negar que me dolió, pero lo entiendo. De verdad que sí —reiteró acariciándole la mejilla—. La primera vez me comporté como un cretino, por eso quise darte tiempo y espacio para que comprendieras que, cuando volviéramos a estar juntos, sería para siempre.

—Creí que no me perdonarías. No me buscaste después de marcharte. Una parte de mí esperaba que te presentaras en casa de Lola y que me obligaras a hablar contigo. Cuando no lo hiciste, pensé que era porque no te importaba.

—Lo siento. Creí que París era lo suficientemente romántica como para que comprendieras cuánto significas para mí. Todo esto lo he organizado para ti: la inauguración, el hotel... Todo es por ti.

Olimpia pensó que la mejor manera de responder a semejante afirmación era con hechos, de modo que le besó, poniendo en él todo lo que sentía.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó cuando se dieron un respiro de las caricias y los besos.

—Ha surgido una oportunidad de abrir una nueva tienda en Londres, pero después de eso me limitaré a las franquicias y que los demás hagan el

trabajo.

Olimpia rio, incrédula.

—¿Y qué pasará con Roma, Berlín, Lisboa...?

Él le devolvió la sonrisa.

—Eso ya lo pensaremos juntos —zanjó un segundo antes de volver a besarla. Se separó un momento después con una sonrisa traviesa—. Espera un segundo —pidió saliendo desnudo de la cama.

—¿Adónde vas? —rio Olimpia mientras se alzaba para verle con mayor claridad.

Martín entró en el cuarto de baño un segundo y salió con una cajita azul en la mano. En dos zancadas se plantó frente a ella y la instó a salir de la cama.

—Quédate —pidió, poniendo el envoltorio delante de la cama.

—Dime que no vas a... —Se detuvo en medio de la frase cuando le vio hincar una rodilla en el suelo.

—¡Oh, Dios mío! Estamos desnudos.

La sonrisa de Martín se intensificó.

—Así es como quiero pasar contigo el resto de mi vida, desnudo y a tu lado. ¿Te casas conmigo? —pregunto a la vez que abría la cajita. Contenía un anillo con un precioso rubí engarzado.

Olimpia rio al verlo. Sin duda era mucho más bonito que un diamante.

—Sí, por supuesto. Sí a todo.

No es el tiempo el que pasa, somos nosotros.

Estoy feliz. Soy muy, pero que muy, feliz.

Desde que Martín y yo nos encontramos en París ha llovido mucho y hemos recorrido juntos muchos kilómetros. Tal y como yo esperaba, después de Londres vino Roma, Ámsterdam, Praga, Bruselas... El último año y medio nos lo hemos pasado entre inauguraciones de nuevas tiendas y planes de boda. Porque sí, hace unos seis meses, día arriba, día abajo, le di el “sí quiero” a Martín. Y desde entonces ya no he dejado de decirle que sí a todas las locuras que me ha propuesto. Aunque, bien pensado, me conoce lo suficiente para saber de antemano que no me iba a negar a ninguna de ellas.

“Olimpia, ¿qué te parece si abrimos otra tienda en Valencia y ponemos a Lola de jefa?”. “Cariño, ahora que estamos casados lo mejor será que nos compremos una casa más grande”. “¿Qué te parece si les regalamos a Gerardo y a Arturo un fin de semana en París?”. “Pelirroja, ¿no te parece que ya es tiempo de que tengamos un bebé...?”.

Y la tienda ya está en marcha, la casa es nuestro hogar ahora, Gerardo

y Arturo disfrutaron de su fin de semana especial y el bebé... El bebé está en camino.

Lo que aún me hace más feliz. Además, gracias a las lecciones de Lola y a las hormonas que, como no, se han hecho con el control de mis emociones, en antojos soy el número uno mundial.

Martín me consiente todo menos una cosa, que me tiene un poco molesta. De acuerdo, molesta no es la palabra... Cabreada se acerca más a lo que siento, pero que conste que con toda la razón. Y es que mi señor marido ha decidido que nuestra hija tiene que llamarse Olimpia como yo. Lo peor es que tal elección cuenta con el apoyo de mi queridísimo hermano y, cómo no, de mi madre. Después de todo, ella fue la precursora. Por lo que lo de ella no me sorprende, lo que me molesta es que Nico esté de acuerdo y que no dude en mostrar su apoyo a Martín cada vez que se da la ocasión, que dicho sea de paso, es una vez por semana cuando Natalia y él vienen a cenar a casa.

Y aquí no hay hormonas de por medio ni nada por el estilo. Detesto mi nombre, nunca me ha gustado y me niego a condenar a mi hija solo porque mi marido crea que si se le ponemos nacerá con el pelo rojo y un carácter de los que hacen temblar al más pintado. Absurdo, porque si tiene que ser pelirroja y borde lo será porque yo soy su madre, no porque venga en el pack del nombre.

En fin... qué le voy a hacer. De vez en cuando hay que ser generoso y ceder. Después de todo, ya he dicho que soy feliz.

Lo mejor de estos últimos meses es que, aunque Martín y yo trabajamos y vivimos juntos, todavía nos echamos de menos cuando el otro no está cerca.

Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado* (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la biología juvenil *Lazos Inmortales* (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar *Cómo sobrevivir al amor* (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de *Quédate esta noche* (Kiwi), *Íntimos Enemigos* (Versátil), *Una cita Pendiente* (Versátil), *Una noche bajo el cielo* (Kiwi), *Jimena no deshoja margaritas* (Versátil), *Solo un deseo* (Zafiro. Planeta), *Di que sí*, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, *He soñado contigo* (Versátil), *Romance a la carta* (Versátil) *Un beso arriesgado* (HQÑ) e *Igual te echo de menos que de más* (Los Libros del Cristal), *Kilo y ¾ de amor* (Los Libros del Cristal), *Deletréame Te Quiero* (HQÑ), *Contigo lo quiero todo* (HQÑ).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora



OLGA SALAR

*Una noche
en el Edén*

Una noche en el Edén

(Serie Edén nº1)

Cuando Eva decide salir esa noche, a pesar de que sus amigas la dejan plantada, lo que menos espera es terminar en el Edén, viviendo una serie de misteriosas y sorprendentes coincidencias. La mayor de ellas, Adam, un tipo que le acelera el corazón y le funde el cerebro con sus besos.

¿Pero qué le deparará la noche más tentadora de su vida?

[Comprar](#)

A romantic couple is shown in a close embrace, kissing. The woman is on the right, leaning towards the man on the left. They are in a bed with white linens. The background is softly blurred, suggesting a bright, airy room. The overall mood is intimate and affectionate.

OLGA SALAR

Una Cita
en el Edén

Una cita en el Edén

(Serie Edén nº2)

Judith es una mujer que sabe lo que quiere, y lo más importante, no tiene miedo al trabajo duro para lograrlo. Por ello cuando aparece en su vida un hombre que logra romper todos sus esquemas, cree que lo mejor es salir huyendo. El problema es que él no está dispuesto a consentirlo.

[Comprar](#)



OLGA SALAR

*Una fiesta
en el Edén*

Una fiesta en el Edén

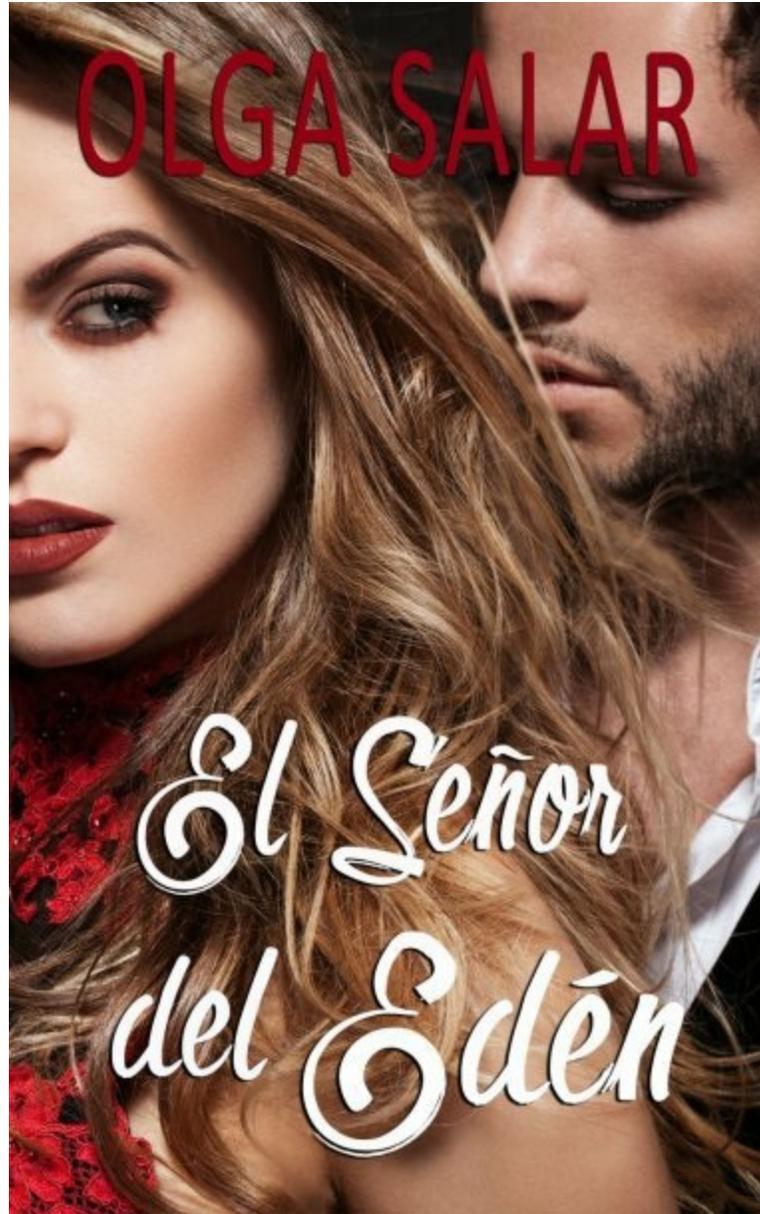
(Serie Edén nº3)

Abby está decidida a empezar una nueva vida en la que los hombres no terminen lastimándola. Para ello ha decidido dejarlos fuera y dedicar su tiempo y esfuerzo al trabajo.

Con lo que no ha contado es con su mala costumbre de verbalizar sus pensamientos, sean cuales sean, ni con la aparición de un hombre que la descoloca porque es completamente opuesto a lo que había imaginado.

En esas circunstancias está perdida, y lo peor, es que lo sabe.

[Comprar](#)



El señor del Edén

(Serie Edén nº4)

Camilla no ha tenido una vida fácil. Además, su don la ha alejado de las personas, logrando que huya del contacto físico que tanto la perturba. No obstante, cuando conoce a Sam siente que puede ser ella misma sin temor a sufrir.

El problema es que Sam tiene sus propios demonios y, por fin, ha decidido luchar contra ellos.

[Comprar](#)

Martina 1

*Agitada,
no revuelta*



*Mezclada,
no enredada*



Martina 2

SERIE COMPLETA

+

Capítulos inéditos

Olga Salar

Serie Martina: Martina agitada, no revuelta y Martina mezclada, no enredada + 2 Capítulos extra.

Martina agitada, no revuelta.

“¿Os ha pasado alguna vez que al despertar una mañana habéis descubierto que vuestra vida está patas arriba? ¿Sí? Pues eso mismo me acaba de suceder a mí, Martina Vega, treintañera, soltera, en busca del trabajo de mis sueños y del hombre capaz de soportarme.

Y os aseguro que no es tarea fácil.

Por eso, he creado el blog más Divinity de la muerte. En él cuento aquello que me sucede, que me preocupa o que simplemente se me pasa por la mente en ese momento. Para conocerme mejor, visitad Martina, agitada, no revuelta y dejadme algún comentario.

El karma os lo agradecerá.

Martina mezclada, no enredada.

Martina Vega está de vuelta. Su vida ha cambiado y ya no está agitada, ni revuelta, sino mezclada, no enredada. El amor es lo que tiene, nos transforma sin que nos demos cuenta. ¿Pero qué queréis que os diga que no sepáis todos

ya? Las mezclas, a veces, ofrecen los mejores sabores.

¿Quieres averiguar qué tipo de cóctel será este? ¿Dulce? ¿Amargo o quizás picante?

En Martina mezclada, no revuelta, tienes la respuesta.

[Comprar](#)



Olga Salar

Kilo y $3/4$
de Amor

Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor

Gabrielle sabe que los zapatos sientan bien a todas las mujeres, tengan la talla que tengan. Que calzada con unos stiletos cualquier chica puede sentirse capaz de comerse el mundo y, que las zapatillas adecuadas tienen el mismo efecto que un tacón de diez centímetros. Por ello ha escogido diseñar zapatos como medio de vida y, gracias a esa pasión que siente por lo que hace, su sello se ha convertido en la marca recurrente de millones de mujeres en todo el mundo.

Ahora está decidida a conquistar a la otra mitad de la población: los hombres. Y para ello necesita al modelo perfecto que encarne esa filosofía de vida que impregna sus diseños.

El problema es que se niega a mezclar el trabajo con el placer y, su nuevo modelo, está hecho para ser la horma perfecta de su zapato.

[Comprar](#)